

Selecta

SANDRA BREE

*Un GEO
para
mi body*



Un GEO para mi body

Sandra Bee

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Esta novela va dedicada exclusivamente a mi editora y amiga Lola Gude:

Amiga es esa hada que te ofrece su magia para inspirarte y ayudarte.

No cambies nunca.

Gracias a ti, esta historia, mi primera comedia romántica, será publicada. Yo solo te comenté una anécdota y tú hiciste todo lo demás. Me has enseñado mucho, aunque aún me queda bastante por aprender y prometo seguir siendo constante. Te mereces que Un Geo para mi body sea tan tuya como mía.

Sandra. P. Bree

Capítulo 1

Puede que esta historia de amor que os voy a contar no sea la más bonita del mundo, ni la más romántica, pero es la mía y para mí, la mejor de todas.

Uno nunca sabe dónde puede encontrar a su media naranja o si la va a encontrar. Algunos hallan el amor en la playa, en el trabajo, en un gimnasio... yo lo encontré en mi casa y no porque lo invitase a entrar, muy al contrario, se metió en mi vida a la fuerza, avasallando.

Pero no fue todo un camino de rosas. Dicen que algunas mujeres son muy difíciles de entender, pero ¿Y los hombres? ¿Quién los comprende a ellos?

En fin, voy a relataros como conocí a Daniel y me robó el corazón.

10 de agosto. 7:30 de la mañana.

El Grupo Especial de Operaciones, conocido habitualmente como el GEO, es una unidad del Cuerpo Nacional de Policía de España experto en procedimientos de alto riesgo. El GEO ha demostrado a lo largo de sus intervenciones la alta preparación y cualificación que poseen sus miembros, estando entre los mejores de Europa.

Daniel González, jefe de la 10ª, encargado de ejecutar misiones específicas, esperó que le ratificasen que ya habían cortado la corriente del edificio que iban a asaltar. Una vez confirmado, encabezó su grupo. Todos iban armados hasta los dientes con fusiles de asalto. Algunos portaban escudos y dos

transportaban el ariete hasta el portal designado.

Un vecino que en ese mismo momento iba abrir su bar para comenzar a servir los pocos desayunos que se hacían en agosto, observó al grupo de policías que se había colocado contra la pared, cerca de los telefonillos.

—¿Ha pasado algo? —les preguntó curioso.

Daniel se paró a su lado.

—¿Este es su bar?

—Sí.

—Pues métase dentro, por favor.

—Han debido cortar la luz porque el cierre es eléctrico y no puedo abrir.

Varios policías, tratando de ser amables, quisieron subir la puerta metálica a la fuerza. El hombre les detuvo, asustado:

—¡No hagan eso, por favor! Van a romperla. Ya lo hago yo, mejor.

Daniel asintió e hizo una señal a sus compañeros para que dejaran en paz al hombre y se concentraran en el asalto que estaban a punto de realizar. Miró la orden de registro. Se trataba de un piso patera habitado por africanos; una banda organizada que se dedicaba a la falsificación de documentos, bodas concertadas, venta de estupefacientes... Se pasó la lengua por los labios resecos. Esta gente solía ser peligrosa, y normalmente había tantos escondidos en el piso que debían andarse con mil ojos.

Mientras el vecino subía con tiento el cierre del bar, observó a un policía llamando a los telefonillos del portal.

—Oiga, no hay corriente—le recordó.

El agente se movió nervioso y agitó la cabeza.

—Es verdad, lo había olvidado, gracias.

Daniel miró a su hombre frunciendo el ceño. Una de las tácticas más importantes era dejar sin suministro eléctrico la zona que iban asaltar. ¿Es que acaso seguían dormidos o qué? Necesitaba que estuviesen despiertos y en actitud alerta. Un único error podía llevarlos a la misma muerte. Y perder a uno solo de los suyos era como ver caer a un miembro de su familia.

El dueño del bar, intrigado y porque cosas como aquellas no se veían todos los días, se quedó en la puerta cotilleando. Le maravillaba ver al grupo de élite, todos idénticos —con los cascos no les veía la cara— cargando con el ariete.

—Por favor, métase dentro —le dijo otro policía, detrás de él, que acababa de llegar con un nuevo grupo. Era la sección de apoyo que servía para facilitar que los de operaciones pudieran realizar su actividad.

El hombre no tuvo más remedio que obedecerlos, aunque, obviamente, no se podía quedar sin enterarse de lo que pasaba y salió en cuanto toda la tropa entró en el portal. Ya tenía preparado el tema de conversación del día.

Daniel subió los primeros escalones enfadado. Iba pensando en el novato encargado de llevar el juego de ganzúas para abrir el portal, que las había dejado olvidadas en el furgón. Para colmo habían tenido que dejar los dos vehículos algo alejados, ya que se encontraban en una calle sin salida. Menos mal que cuando estaba a punto de ordenar a uno de sus compañeros que se acercase a por ello, un vecino que iba a sacar a pasear al perro les había abierto la puerta.

—Olvídalo ya, jefe —sugirió el hombre que iba a su lado y que era capaz de leerle la mente. Lucas y él se conocían desde hacía varios años.

—Si encima hemos tenido suerte de que nos abriesen la puerta, si no, quizá hubiéramos estado esperando como gilipollas hasta Dios sabe cuándo. ¡Vamos, que hubiera dado tiempo a que no solo los del piso patera advirtieran nuestra presencia, sino todo el bloque, o el barrio entero! —murmuró entre dientes.

Lucas solo atinó a asentir.

En la primera planta Daniel respiró, calmándose. Solo había cuatro puertas y ellos iban a la letra A. Todos estaban tan en silencio que se hubiera podido escuchar el aletear de una mosca.

—¿Estamos listos? —preguntó, aferrando con fuerza su fusil de asalto.

Los dos compañeros que llevaban el ariete se abrieron paso a primera fila.

Le siguieron los que portaban los escudos.

—Cuando dé la orden, jefe.

Daniel asintió.

—Adelante.

Era uno de esos días calurosos, tan famosos en Madrid, que por la noche no dejan conciliar el sueño, y por la mañana despiertas con las primeras luces.

Me revolví en el amplio lecho buscando un pedacito de frío. Mi cama me parecía enorme, pero es que mi cuerpo, delgado y pequeño, apenas ocupaba la mitad del colchón. Aun así, los días de tanto calor, no me quedaba ni un cachito por recorrer. Así me levantaba luego al día siguiente: ¡igual que si hubiese corrido la maratón de San Silvestre!

Suspiré con fuerza y metí las manos bajo la almohada, intentando volver a conciliar el sueño, pero un ruido rítmico y metálico, constante, me lo impidió.

¡Coño, no me lo podía creer! Ya estaban de obras por algún sitio y eso que se suponía que con la crisis nadie tenía euros para poder hacerlo. Y desde luego no era en algún sitio cualquiera, no, no. Los golpes procedían de la casa de mi vecina de arriba, Inmaculada. ¡Pues sí que tenía mala leche! Ella sabía que yo estaba de vacaciones y necesitaba descansar.

Cerré los ojos con fuerza, pero a los pocos segundos los abrí, esta vez con sorpresa. Los golpes eran en mi puerta. ¡Joder! ¿Qué estaba pasando?

Con el corazón latiendo a mil por hora me puse en pie y caminé hacia la salida de la casa. Las persianas estaban cerradas, pero conocía el camino de sobra, pues tampoco tenía una casa kilométrica. Mi pisito constaba de dos dormitorios, salón, baño y cocina. Tenía una hija, Sharisse, que acababa de cumplir su primer año y por la que cada noche me levantaba un par de veces como mínimo.

Los médicos me habían aconsejado que la nena debía dormir sola en su cuna. ¡Con lo cómodas que estábamos las dos juntas en mi cama! Pero todo fuera por el bien de la pequeña y por no mandar a freír espárragos a los pediatras. Los que, por casualidad o no, cada día me decían una cosa nueva. Yo creo que me tomaban por imbécil, o tal vez inmadura. El caso es que ya

había aprendido a cambiar los pañales de tres maneras diferentes. La pobre Sharisse iba a crecer con el síndrome croqueta.

A medida que me acercaba por el pasillo, los golpes estrepitosos y exagerados eran bastante sonoros y bestiales. ¡Fuera quien fuese, parecía que quería tirar la puerta abajo!

Llegué al salón, bastante nerviosa, y pulsé el interruptor de la luz, pero no se encendió. En ese momento maldecí mi suerte de mierda y no se me ocurrió otra cosa que pensar que si tenía que abrir la puerta no me había puesto ninguna bata. A decir verdad, nunca las usaba, y si tenía alguna, seguramente estaba dobladita en algún rincón del ropero. El albornoz lo tenía más a mano, pero si me lo ponía corría el peligro de morir de un golpe de calor.

Pero de todos modos no pensaba abrir. Llevaba un corto picardías negro que dejaba la longitud de mis piernas al descubierto. Y aunque tenía un cuerpo delgado y armónico, en ese momento tenía una pinta ridícula. Despeinada, a pesar de las dos largas trenzas rubias que caían a ambos lados de mi cara para evitar los enredos, y con los ojos hinchados.

Despacio llegué hasta la puerta, cada vez más asustada. Al otro lado, los golpes y las voces llegaban hasta mí como si se estuviese iniciando la tercera guerra mundial.

Agosto, ocho de la mañana. Los ladrones se habían debido de volver muy descarados para querer entrar en mi casa con tal escándalo. Pero ¿y si lograban entrar?

Barajé la idea de llamar a la policía. Era posible que me diese tiempo de avisar a alguien antes de que aquellos energúmenos entraran en mi piso. Aunque, por otro lado, no tenía ni puta idea de dónde había dejado el móvil. Podía estar en cualquier lado, sobre la mesa de café, o en el baño...

Respiré hondo y me armé de valor.

—¿Quiénes sois?! ¡¿Por qué golpeáis la puerta?! ¡¿Qué queréis?! —grité entre el barullo de fuera. Dudaba de que alguien pudiese escucharme más que mi peque, aun así, seguí preguntando. Pretendía que los asaltantes se dieran

cuenta de que había gente en la casa y que no podían invadirme de esa manera.

—¡Policía, abra la puerta! —respondió alguien desde el otro lado.

Mi corazón ya no galopaba, ya casi se me había salido por la garganta. Decían que eran policías. ¿Y si no lo eran? Y aunque lo fuesen ¿qué pasaba? ¿Se estaba cayendo el edificio? Mi cabeza no dejaba de hacer conjeturas.

—¡Policía! ¡Abra!

—¡Ya voy! ¡No den más golpes! —chillé atacadita de los nervios. Me acerqué un poco más. Las piernas me temblaban de tal manera que tenía la sensación de seguir llevando los tacones.

¿Y si en verdad estaba pasando algo grave y necesitaban desalojarme cuanto antes? ¿No hubiese bastado con llamarme de una forma civilizada?

—¡Apártese de la puerta! —gritaron desde fuera.

Yo estaba descalza y a un solo paso de dar la vuelta a la llave. De hecho, con solo estirar un poco el brazo hubiera agarrado el tirador... pero los golpes se volvieron tan furiosos, que imaginé la puerta sobre mis pies o incluso aplastándome. En ese momento Sharisse lloró en su cuna y, sin pensármelo dos veces, corrí a sacarla de allí. La pobre estaba asustada.

Cogí a la nena en brazos y justo cuando llegaba de nuevo al pasillo de la entrada, la puerta se abrió saliéndose de los marcos con un ruido bastante desagradable. Varios escudos se abrieron paso hacía mí, empujándome hasta arrinconarme en un lugar del salón. Pero yo no podía quedarme quieta. Con Sharisse en brazos luché contra los agentes que portaban los escudos, queriendo devolverlos a la entrada. No podía saber si en verdad eran policías o ladrones, y desde luego no iba a permitir que me acorralasen para que nos hiciesen daño.

—Señora, por favor, cálmese —me dijo alguien.

Solo podía ver las sombras de un grupo de hombres. Un tipo me sujetó el brazo con fuerza y creo que eso fue lo que hizo que me quedase quieta de una vez.

—¿Sois policías de veras? —le pregunté asustada.

No podía estar segura de que dijese la verdad. El subconsciente me decía que habían entrado a robar en mi casa conmigo dentro. Ese verano había estado escuchando por televisión sobre las bandas de rumanos que desvalijaban viviendas.

—Somos policías, señora —me informó el hombre que seguía sosteniéndome del brazo. Llevaba unos guantes de cuero negro y la cabeza cubierta con ¿pasamontañas?

¡La leche! ¿Eran terroristas? ¿Y qué querían de mí? Di un rápido repaso de mi vida: vivía sola con mi nena, cobraba un sueldo de mierda como dependienta de una tienda de decoración y todavía no había terminado de pagar el piso.

Me puse a chillar como si no hubiese un mañana. Sharisse rompió a llorar, alborotada.

—¿Dónde está su marido? —vociferó uno de los policías para hacerse oír entre mis alaridos.

Sentía que estaba a punto de sufrir un ataque al corazón.

—¿Su marido se llama Osvaldo Gómez? —insistió otro.

Ahí ya me callé de repente. Sin entender.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Cómo se llama su esposo?

—No tengo.

Se hizo un largo y tenso silencio mientras todas las miradas recaían en mí y en mi bebé.

—¿No viven aquí los africanos? —escuché que alguien preguntaba.

Uno de los hombres se llevó las manos a la frente, confundido. No era el más alto, porque todos, en comparación conmigo, eran castillos andantes, con sus escudos, sus pasamontañas y sus ¿ametralladoras? ¡Tenían ametralladoras! Se me disparó el pulso de tal manera que las piernas comenzaron a fallarme.

—Tengo vecinos negros, es posible que sean africanos —respondí sin saliva, sin respirar, sin llorar, totalmente en estado de shock—, al lado.

—¿Nos hemos confundido de casa? —le preguntó uno al que parecía ser el jefe.

Les observé con los ojos como platos. Ellos se miraban entre sí.

—¿Se han confundido? —repetí, incrédula. No entendía lo que acababa de suceder. Reí un poco histérica, temblando—. ¿Cómo pueden decirme...? —No pude resistirme a decirlos que la habían cagado. Esos hombres habían entrado en mi casa tirando la puerta abajo, asustándome, empujándome. Aquello era más bien una escena de película de acción, y todo para darse cuenta de que se habían equivocado—. ¡No lo puedo creer!

¡Coño! ¿Cómo iba a hacerlo si de toda la planta yo era la única que tenía placa con mi nombre en la puerta? ¡Joder! ¿Esa gente no sabía leer? Lo decía bien clarito: Silvia Fernández. ¡Era impresionante!

—Por favor, siéntese. —Con amabilidad me llevaron al sillón. Yo no tenía lágrimas, pero lloraba ruidosamente—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo?

Respiré hondo e intenté calmarme. De repente me encontré con dos profundos ojos verdes que me miraban abochornados. Era un hombre muy atractivo. Sentí un impresionante calor y sin poder evitarlo me sonrojé.

—¿Necesita una ambulancia? —insistió él con preocupación. Aquello me devolvió a la realidad de nuevo.

—¡No! Necesito que me arreglen la puerta, no me he ido de vacaciones porque estoy en la puta ruina.

Él se mordió el labio inferior de un modo muy sexi. Por un momento mis ojos se quedaron atrapados en su boca.

—¡Pues vaya! Eso sí que es un problema.

—¿Un problema? —repetí extrañada. Me olí algo que no iba a gustarme—. ¿Me está vacilando? Ustedes han roto la puerta ¿no? Pues en mi tierra, quien rompe, paga.

—Antes la unidad tenía un seguro que cubría estas cosas, pero creo que con

esto de la crisis ha desaparecido.

—No me digas. ¿Y a mí eso qué me importa?

Inmaculada, la vecina del piso de arriba, entró en el salón como Pedro por su casa y caminó directamente hacia nosotros.

—Silvia, ¿cómo estás?

Aparte de llevar trenzas, en picardías, que se me veía hasta el carné de identidad, menos mal que me había depilado el día anterior, y de esa guisa delante de un montón de hombres altos, jóvenes y guapísimos... bueno, podía haber estado mejor.

—Ahora un poco más tranquila. ¿Has escuchado los ruidos? Los hombres de Harrelson me han tirado la puerta abajo. —Eso por no decir Los hombres de Paco, no fuese a ser que encima me llevasen presa por faltarles el respeto. Después de lo sucedido, ya me creía cualquier cosa.

—Nos hemos enterado yo y todos los vecinos. Menudo escándalo se ha montado aquí. ¿Se puede saber qué has hecho?

—¡Nada! ¡Se han confundido de casa! —Inmaculada se llevó la mano a la boca, incrédula—. Pero lo peor de todo es que ahora no saben qué va a suceder con mi puerta —le conté, mirando fijamente al policía guapo que seguía inclinado sobre mí. Olía a cuero y a colonia varonil.

Él carraspeó:

—Me llamo Daniel González, jefe de la 10ª. Ahora mismo vendrá una secretaria judicial y le explicará los derechos que tiene. —Ordenó a uno de sus hombres que hablase con la central explicándoles el error que habían cometido. Me miró con rostro imperturbable y frío. Me di cuenta de que estaba haciendo todo lo posible por no bajar la vista más allá de mi rostro. Y yo, precisamente en ese momento, necesitaba ponerme algo más de ropa y no sentir que estaba semidesnuda delante de tanta gente—. Lamento mucho lo ocurrido. —Me tendió una mano y yo la estreché no muy segura de querer hacerlo. Él llevaba el cabello oscuro revuelto sobre la frente y contrastaba con sus preciosos ojos verdes.

—Sí, le creo, pero...

Alguien llamó a Daniel y este se alejó de mí con una disculpa. Reprimí un poco el temperamento por el bien de todos y, sobre todo, por el mío propio. Nunca me habían dado tantas ganas de matar a nadie como en aquel momento.

Diez minutos después llegó la secretaria judicial y me contó que tendría derecho a indemnización y otras cosas que no entendí muy bien. Todavía seguía sin poder creermelo lo que estaba ocurriendo. Era todo tan surreal que rayaba en la demencia. Los policías entraban y salían de mi casa como si aquello fuese una jodida fiesta.

—Esto es una locura —dijo Inmaculada, observando la escena.

—No lo sabes bien. Me han dado un susto de muerte.

—¿Y ese qué busca?

Uno de los hombres estaba mirando debajo de los sofás y del parque infantil de Sharisse.

—No tengo ni idea.

Inmaculada se sentó a mi lado, en el sillón.

—Hacía un montón de tiempo que no me alegraba tanto la vista como ahora. Estos hombres son todos de calendario.

Tenía que reconocer que llevaba razón y si no hubiera sido por la manera de conocerlos, yo misma podría haberme permitido mirarlos de diferente manera.

—Inma, cuando desperté creí que eras tú haciendo obras en casa. Imagina mi sorpresa al darme cuenta de lo que estaba pasando.

—Menudo susto nos han dado a todos. Yo, en cuanto me he dado cuenta de que no había luz, me he dicho que la habían cortado...

—Por favor, señoras —dijo el jefe de la 10ª, llegando hasta nosotras con largas zancadas—, no hablen muy alto que acabamos de pedir una orden de registro para el piso de al lado.

Me eché a reír y él me miró arqueando las cejas. Señalé:

—¿Acaso creen que no les han oído? ¡Con el lío que han montado! Cuando quieran entrar ya no van a encontrar nada.

El hombre se mordió los labios. Miró a su alrededor con ojos entrecerrados. Me quedé sin aliento. El tipo era guapísimo. Se le acercó uno de sus hombres y, hablando entre ellos, se fueron a la salida.

—Son una panda de patéticos. Por lo menos me consuela que sientan vergüenza por lo que han hecho —le dije a Inma—. ¿De verdad creen que los africanos no se han enterado de la movida?

Mi vecina se encogió de hombros.

—Son unos ineptos —susurró.

Asentí.

—Inma, ¿te importa si voy a cambiarme y te quedas un momento con Sharisse? Ahora que está todo más tranquilo voy a aprovechar.

—Claro, no te preocupes.

Me fui al dormitorio y comencé a vestirme rápidamente. Me puse una camiseta de tirantes, unos vaqueros y unas sandalias. Pasé al baño, me quité las trenzas y me cepillé el pelo, lo tenía hasta la cintura. Después me lavé la cara y los dientes, y regresé al salón de nuevo.

Los policías seguían estando por allí y estuve a punto de ofrecerles un café. Solo a punto, porque no podía olvidar que me habían destrozado la puerta y me habían dado un susto de muerte.

—Señora, cuando hemos entrado se me han debido de perder unas gafas de sol —comentó uno de ellos. Por primera vez me di cuenta de que ya ninguno llevaba la cara cubierta ni parecían tan amenazadores como al principio—. Si las encuentra, me las da, por favor.

¡Y una mierda se las iba a dar! Si las descubría eran para mí. De hecho, deseaba que él no las encontrase.

—Señora, vamos a entrar en la casa de sus vecinos, cierre la puerta...

Aquella frase ya sí que me tocó la moral. Pregunté, alucinada:

—¿Qué puerta? ¿Esa que está en el suelo debajo del trozo de pared

colgando?

Alguien gruñó detrás de mí y me di cuenta de que era Daniel, el jefe de la 10ª.

—Por favor, pase al salón y no salga de allí hasta que no se le avise. —Me empujó con delicadeza hacía el sofá, pero me levanté en cuanto vi que salían todos.

La jodida puerta de mis vecinos se abrió al primer golpe del ariete y sin un solo desperfecto. ¡Había que jorobarse! Igualita que la mía, que parecía un puzle.

Por supuesto no encontraron a Osvaldo, lo que no era de extrañar. Con todo el jaleo había debido abandonar la casa al empezar todo. Al menos se llevaron a varias personas sin documentar, e hicieron un registro muy exhaustivo, eso dijeron. Sin embargo, dudé mucho de que los polis hubieran visto todos los papeles que los africanos habían tirado por la ventana antes de entrar en su casa. Inma y yo sí que lo vimos.

—¿Les avisamos? —me preguntó ella.

—No. ¡Que hagan bien su trabajo, cojones!

El jefe del grupo, con la cara roja, no sabía si de enfado o vergüenza, se acercó hasta nosotras.

—Señora, ¿ha hablado ya con la secretaria judicial?

—Sí, me ha dicho que debo denunciarlos para que me paguen los daños.

Él se tensó y enseguida noté su enfado.

—¡Esto no ha sido culpa nuestra! ¡El juez nos dio la orden de entrar!

—Es lo que me ha dicho la secretaria. Yo no sé de quién será la culpa, pero le puedo asegurar que mía no ha sido. ¿Quiere que denuncie al juez?

—Él, a su vez, inculpará a los detectives que han estado vigilando su... casa todo este tiempo.

Reí con acidez.

—¿Mi casa? De puta madre. Pues creo que alguien debería examinarles la vista porque en comparación con mis vecinos morenos yo soy más blanca

que la leche. ¿No se han dado cuenta de ello?

Reprimí el aliento a la espera de su reacción. Inconscientemente me pasé la mano por el brazo y él la siguió con la mirada. A mi vez yo también lo hice y abrí la boca, flipada. Tenía cuatro cardenales. La marca de cuatro dedos.

—¿Me han hecho esto? —pregunté, horrorizada.

Él se limitó a suspirar antes de decir:

—Ha debido ser cuando opuso resistencia.

—¿¡Cómo!?! —Arqueeé las cejas con indignación—. ¿Usted se está escuchando? ¿Cuándo he puesto resistencia?

—¿Alguien puede ayudarle a reponer la puerta? —me preguntó titubeante, cambiando de conversación—. ¿No puede llamar a su marido?

—No tengo marido. ¿Acaso no le ha quedado claro la primera que vez que se lo he dicho? —le respondí de mala leche.

Daniel apretó sus carnosos labios con un gesto intranquilo.

—¿Algún familiar?

—No, no tengo a nadie.

—Nosotros debemos marcharnos en un rato.

—¿Y no me van a arreglar la puerta? ¿Quiere decir que tengo que pasarme la noche durmiendo en el portal para que no entren en mi casa?

El tipo enrojeció y miró por unos segundos al techo.

—Voy un momento a hablar con mi jefe.

Le noté preocupado cuando salió de casa para hablar, pero me importaba un bledo cómo se podía sentir. ¡Peor estaba yo!

Encontré el teléfono y pedí información sobre la venta de puertas. Me costaba mil cuatrocientos euros la broma. Ya vería el modo de sacar el dinero, pero lo primordial era que mi peque y yo estuviésemos seguras.

Al cabo de un rato volvió el jefe de la 10ª. Esperaba que con buenas noticias, sin embargó me ignoró y se dedicó a dar órdenes a unos y otros. Yo lo seguí con la mirada hasta que, cansada de esperar, lo seguí hasta el rellano de la escalera:

—Oiga, ¿ha hablado ya con alguien?

Él tragó saliva y bajó sus preciosos ojos verdes para no mirarme de frente. ¡Madre mía, qué bueno estaba! ¿Dónde solían esconderse estos hombres durante el día? Bueno durante el día y durante la noche. En el barrio no había tíos tan guapos.

—Lo lamento mucho, me han dicho que no pueden hacer nada.

¡Qué más daba lo bueno que estuviese! Achiqué los ojos hasta convertirlos en dos rendijas.

—¿Quiere decir que piensa dejarme así? —No le dije que más o menos había arreglado el tema de la puerta porque quería que se sintiese culpable—. ¿Me van a dejar desprotegida?

El hombre chasqueó la lengua.

—Yo no puedo hacer nada.

—¿Cómo que no?! —le acusé, enfadada. Si mis ojos hubieran sido armas, él habría caído al suelo fulminado—. Espero que esto quede en tu conciencia y que no te deje dormir por las noches. —Estuve a punto de concluir la frase con un «niñato» pero pensé que si me metían en la cárcel no tendría con quién dejar a Sharisse. Sin decir nada más le di la espalda y me metí en casa. Y porque no tenía puerta, si no, la habría cerrado de un portazo.

Capítulo 2

Daniel aparcó el coche en el garaje de sus padres y caminó con paso tranquilo hasta la puerta de la casa. Estaba agradecido de haber terminado la jornada. No todo había salido tan bien como esperaba, pero no tenía que lamentar ningún daño. Al menos en lo que a él y a su equipo se refería. Otra cosa era la mujer y su hija que habían tenido que dejar desamparadas.

«Joder» se dijo una vez más al pensar en eso, «ellas no son asunto mío».

Y es que no podía dejar de dar vueltas en la cabeza al tema. Incluso su superior, al contárselo despacio cuando le dio el informe, le había dicho que, aunque esas cosas no pasaban con frecuencia, no eran del todo imposible y, como en ese caso, podía suceder.

«Olvídate de ello. Sus vidas no te incumben», se repitió.

Sin acabar de subir los dos peldaños que le separaban de la puerta, su madre abrió con una gran sonrisa en la boca. Daniel esperaba que aquella visita le hiciera pensar en otra cosa que no fuese su trabajo.

—¡Cuánto me alegra que hayas venido! Tu padre y yo pensábamos que no aparecerías después del ajetreo de hoy —le saludó con un abrazo.

Su madre era una mujer esbelta con una silueta magnífica para sus setenta años. Siempre estaba haciendo cosas. Ahora se había apuntado a clases de natación y también iba a yoga y zumba. Si Daniel no hubiera ido esa noche a cenar, estaba seguro de que ella habría sido capaz de ir a verle a su apartamento y lo habría revuelto todo para saber si lo había visitado alguna

chica en los últimos días. La mujer estaba deseando tener nuera y desde luego él no estaba muy por la labor. No es que fuera contrario a tener novias ni nada de eso. Era solo que de momento no se sentía muy preparado.

—Prometí que vendría. ¿Cómo está papá?

—De lo más insoportable. Es más cansino que dormir una vaca en brazos. No acepta el hecho de estar jubilado y se empeña en decirles a tus hermanas que lo voy a mandar todas las mañanas a un banco del parque a tomar el sol.

Daniel sonrió divertido.

—Hay que reconocer que eres capaz de hacerlo.

—¡No seas tonto, Daniel!

—No te preocupes que a papá ya se le pasará. Seguro que muy pronto encuentra algo en lo que entretenerse.

—Eso espero, te juro que como siga así va a volverme loca de remate. ¿Qué tal has llevado tú el día?

—De pena —dijo agitando la cabeza, abatido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosa, observándole de arriba abajo para cerciorarse de que no estaba herido.

Daniel respiró hondo varias veces. En un principio había pensado no decir nada por no preocuparles, pero había decidido contárselo por si lo veían por la tele. Los telediarios estaban deseosos de ese tipo de reportajes. Pasaron al salón y se acomodaron.

—Esta mañana hemos entrado por error en una casa equivocada. Después de todo el operativo montado y la que hemos liado para acceder a la vivienda, no había un Dios que abriese esa puerta blindada, resulta que el tipo que buscábamos estaba en la casa de al lado. No podéis imaginar la cara de estúpidos que se nos ha quedado cuando la pobre mujer que vivía allí, y que no le ha dado un infarto de milagro, ha dicho que estábamos equivocados. Esta mañana deseaba que me tragase la tierra. Todo era un caos, la mujer gritando histérica, el bebé llorando...

—¿Tenía un bebé? —Su madre se llevó la mano a la boca.

Daniel asintió.

—Una niña pequeña que creo que ni anda. Menudo escándalo se ha formado allí. Se me caía la cara de vergüenza. Para colmo hemos arrancado la puerta de cuajo, ella decía que vivía sola y que no tenía modo de pagarse otra, y da la casualidad de que nuestro seguro no se hace cargo. Los vecinos subían y bajaban a curiosear. Les oía decir: «se han equivocado y han entrado en la casa de una mujer y su bebé. Menuda panda de inútiles. Nuestros impuestos para esto...». Y también algunos otros como: «¿Qué ha hecho esa chica, con lo formalita que se la veía? ¡Cómo engañan las apariencias! ¡Uno ya no se puede fiar de nadie!». —Efectuó una pequeña pausa para tomar aire —. Y, por supuesto, el hombre que íbamos a buscar ya se había marchado. Ha sido una mañana de cine.

—No debes sentirte culpable, hijo, solo has desempeñado tu trabajo —le dijo su padre tras escucharle con atención.

—Lo sé. Pero en cierto modo me siento fatal.

—¿Y por qué no hacéis una colecta entre todos para pagarle la puerta a esa mujer? —preguntó la madre, sirviendo la cena.

—En primer lugar, porque el error no ha sido nuestro —respondió Daniel.

—Sí, pero pobrecilla, ¿no? ¿Dices que es madre soltera?

—Pues no sé si es soltera o no. Dijo que no tenía marido. —«Y me lo dijo dos veces», recordó—. ¡Yo qué sé, mamá! Puede que sea divorciada. De todas maneras, si les dijera a los chicos que le pagásemos la puerta entre todos, ellos pensarían que tengo interés en ella.

—¿Era guapa?

Ella... era... magnífica. No podía sacársela de la cabeza. Cerraba los ojos y veía su atractivo rostro, el estupendo cuerpo, apenas cubierto con una prenda oscura, y sus bonitas piernas.

Tenía que admitir que era una mujer preciosa, rubia y con un cuerpazo de diez. Poseía unos expresivos y bonitos ojos azules con unos rasgos muy suaves: nariz respingona y graciosa, y una boca rosada, muy seductora.

—Del montón.

—¿Del montón de las jóvenes o de las viejas? —insistió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Joven y bonita. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada, es solo que te veo demasiado preocupado, a lo mejor si hubiera sido fea no te importaba tanto —añadió con malicia.

—Hubiera sido igual, mamá.

Ella no le creyó.

—¿Y ese barrio era muy peligroso? —preguntó su padre, curioso.

—No, es normalito. Familiar, con jardines y parques y sin mucho tráfico. Un buen sitio para vivir.

—¡Hombre, pues con los vecinos que tiene esa mujer cualquiera lo diría!

—Eso mismo iba a decir yo —corroboró su esposa—. ¿Y por qué los chicos iban a pensar que ella te gusta? ¿Es así?

Durante unos minutos Daniel se llenó la boca de ensalada. Más que una cena familiar parecía un interrogatorio —le faltaba una lámpara sobre la cara—. Se limpió la boca con la servilleta.

—Pues porque ir pagando a la gente por los errores de otros no es lo normal, además, nos va a denunciar para que la indemnicen. Y no, no me gusta, ni siquiera me he fijado en ella.

Su madre se encogió de hombros.

—Tienes razón, ¿por qué te iba a gustar una mujer que tiene un hijo? Eso sería complicarte la vida.

Daniel asintió.

—Por otro lado, lo veo del todo lógico que os denuncie —siguió diciendo ella—. Espero que alguien le haya ayudado con el coste de la puerta. Pobre, extraordinario susto le habéis debido de dar.

Daniel resopló. «Desde luego, si lo que pretenden es animarme les está saliendo el tiro por la culata», pensó cabreado, con ganas de que acabara la cena.

Él siempre había sido una persona responsable y nunca había hecho nada que no fuera lo que tenía que hacer. Desde pequeño había tenido muy clara su intención de ser policía y sus notas habían sido excelentes. Nunca había faltado a su trabajo por muy cansado o enfermo que estuviese. Era un hombre seguro de sí mismo y estaba orgulloso de sus logros. Y, sin embargo, aquel día...

«Malditos los investigadores que han puesto la letra de la puerta errónea y maldito yo por no haberlo verificado. ¡Si tan solo hubiera echado un simple vistazo al buzón...!», se recriminó por enésima vez ese día. «Pero ya está hecho y a lo hecho, pecho. Aunque ¿esto supondrá una mancha en mi historial a pesar de no haber sido mi culpa?», pensó preocupado.

—¿Daniel?

Dejando de lado sus pensamientos, levantó la vista hacía su padre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Parece que tienes más hambre que el primer tipo que probó los caracoles.

Daniel frunció el ceño mientras su madre soltaba una carcajada. Se dio cuenta de que llevaba un rato comiendo sin levantar la cabeza del plato.

—Lo siento, estoy cansado, creo que no voy a tardar en marcharme a casa.

—¿No has quedado hoy con los chicos para celebrar vuestro éxito?

—No me apetecía —respondió. No estaba seguro de si tenía que celebrar algo o no.

—¿Por qué no te quedas esta noche a dormir aquí?

Daniel suspiró y negó con la cabeza. Lo único que quería era llegar a su apartamento.

Con la mente llena de remordimiento, Daniel se desvió en la autovía y, sin darse cuenta, detuvo el coche en el mismo sitio donde habían dejado esa mañana los furgones. Era tarde y las calles estaban desiertas, en parte porque

había mucha gente de vacaciones.

Tardó un rato en salir del coche. Nada más abandonar el aire acondicionado de su Mercedes, le recibió una asfixiante bofetada de calor.

Nervioso, echó a andar hacia el edificio en el que había estado esa mañana. El bar de al lado seguía abierto y él pasó con la cabeza gacha para que no le reconociesen. Vestía una camiseta negra y unos pantalones vaqueros. Nada parecido al atuendo de GEO.

Se paró ante el portal y fue entonces cuando empezó a dudar con seriedad de lo que estaba haciendo. «¿Por qué necesito asegurarme de que todo está bien?», reflexionó. Culpó a su conciencia y a su sentido del deber.

Por suerte, la enorme puerta de hierro y cristal estaba cerrada. Ese fue el momento que aprovechó para girarse y enfilarse el camino por donde había venido. Pero antes de llegar al bar volvió a dar media vuelta.

No podía marcharse después de haber llegado hasta allí. Si no zanjaba pronto el asunto no iba a poder sacárselo de la cabeza en meses.

En ese momento alguien entraba en el portal. Él llegó antes de que la puerta se cerrase. Mientras el vecino esperaba el ascensor en el vestíbulo, Daniel subió a la primera planta. Suspiró aliviado al ver que la mujer ya había reparado la puerta. Aunque «¡Tiene dos mirillas!» «¿Por qué tiene dos mirillas, una encima de la otra?», se preguntó asombrado.

Recordó la imagen de ella y su bebé, y lo conmovió. Inspiró hondo mientras intentaba decidir qué hacer. Mucho antes de darse cuenta estaba llamando al timbre. Esperó con el corazón latiéndole muy aprisa. «¿Qué voy a decir cuando la vea?», meditó. «Ni siquiera he pensado en ello».

Al otro lado de la puerta escuchó pasos, segundos más tarde la mirilla de abajo se volvió negra y después el ruido de muebles al ser arrastrados se oyó con claridad.

«¿Acaso ha levantado una barricada?», pensó con sorpresa.

La mujer abrió.

La imagen que Daniel tenía de la joven en camisón y trenzas, y más tarde

en vaqueros, no era la misma que observaba en esa ocasión. En ese momento llevaba un delgado vestido veraniego largo y vaporoso hasta los tobillos. Se había recogido el cabello en un moño flojo sobre la coronilla, del que caían varios rizos acariciando sus hombros y sus pechos, y caminaba descalza.

—Buenas noches —saludó Daniel, nervioso—. No sé si me recuerda de esta mañana.

—Claro que le recuerdo —asintió ella. Lo miraba con cautela—. ¿Ocurre algo?

—No... bueno... pasaba por aquí y me dijo mi superior que le hiciese una visita para ver que... —Incómodo, señaló la puerta. «No tenía que haber ido. ¿Para qué lo he hecho?»—. Veo que ya se la han puesto.

—Así es. Se llama mil cuatrocientos euros.

—Vaya, es... cara.

—Sí, lo es. Resulta que en agosto casi no trabaja nadie en el gremio. Pero no puedo quejarme, encima tiene dos mirillas.

—Es extraño.

—No, no lo es. Esta puerta era la única que tenían en stock y la mirilla para gigantes ya estaba incluida. Tuve que pedirle al carpintero que pusiera otra a mi altura.

Daniel disimuló una risita. Le pareció gracioso el asunto, aunque ella seguramente no lo encontraría divertido.

—Le devolverán el dinero.

La mujer le miró con sorna.

—Eso espero, he tenido que pedir un adelanto en el trabajo.

Se escuchó un golpetazo proveniente de la casa de al lado, justo la de los vecinos africanos. Daniel frunció el ceño. Esa puerta se había abierto fácilmente con un golpe del ariete y apenas tenía desperfectos.

—¿Hay gente dentro? —preguntó con sorpresa. «¿Cómo es posible si nos hemos llevado a unos cuantos y el que tenía alquilado el piso era el tal Osvaldo Gómez, que aún seguimos buscando?», pensó con estupor.

—Regresaron justo después de que ustedes se marchasen. —Ella agitó la cabeza—. Y, desde luego lo hicieron con la testuz bien alta y casi riéndose de mí.

Daniel se miró el reloj de pulsera. Tenía que informar en la central para que enviasen a un agente a comprobar si Osvaldo estaba allí. Alguien entró en el vestíbulo en ese momento y subió la escalera. La chica que en la mañana había estado acompañando a la mujer y a su hija, una rubia teñida de pelo rizado y despeinado, nariz aguileña que en ningún modo le afeaba y boca de labios carnosos, se paró en seco. Su cuerpo robusto la hacía parecer más menuda de lo que era.

—¿Qué pasa, Silvia? —preguntó con preocupación.

—Nada, Inma, está todo bien. Ha venido a ver si he sobrevivido.

Un poco dramática, la vecina se llevó la mano al corazón.

—¡Vaya, qué susto! Creí que otra vez habría problemas. Es lo único que me falta después de la tarde que he pasado hoy.

—¿Ha sido una tarde mala? —preguntó Silvia con interés.

—Ya te digo. He pasado cinco horas en el Ikea y no podía salir. ¿Puedes creerlo? ¡No imaginas qué agobio! Allí había más gente que en el comedor de Harry Potter.

Daniel se mordió los labios para no reír y por unos segundos apartó la mirada de la rubia teñida. Silvia soltó una carcajada.

—En ese sitio sabes a la hora que entras, pero nunca a la que sales. ¿Has comprado algo? ¿Qué has ido a ver?

—La verdad es que no iba a ver nada. Me hacían falta lápices y allí son gratis. Luego te doy algunos, y también me he traído cintas métricas. —Miró a Daniel con una sonrisa provocativa. —Quizá no deba contar estas cosas delante de un policía. No me va a detener, ¿verdad?

—No es esa mi intención —respondió él.

—Es un alivio saberlo. Bueno, me voy a subir a casa que es tarde, tengo los pies destrozados. —Con descaró se acercó al oído de Silvia a susurrar—:

Aprovecha cielo, este tío está más bueno que Ricky Martin comiendo torrijas.

—¡Anda ya! —contestó Silvia roja como un tomate.

—Este hombre busca que le torturen la víbora, no pierdas la oportunidad — insistió.

—¡Vete a tu casa ya! —exclamó Silvia. Mortificada miró a Daniel a ver si las había escuchado. Él miraba hacia otro lado y simulaba una sonrisa.

—Vivo arriba, señor agente, si le puedo ayudar en algo no dude en llamar.

Silvia se cubrió la boca con la mano ahogando la risa. Daniel asintió. Sus ojos brillaban divertidos.

—Gracias.

La mujer subió las escaleras que le separaban de la primera planta con lentitud. «Más lenta que una tortuga con artrosis», se dijo Daniel, que tanto él como Silvia esperaban que se metiera en su casa para continuar hablando. La vecina se estaba tomando su tiempo.

—¿Quieres pasar? —le preguntó Silvia.

—Si no le importa sí, me gustaría hacer una llamada.

—Adelante —le dijo—. Ya te conoces la casa.

Ella se apartó para dejarlo entrar. Y Daniel aprovechó para aspirar el delicioso aroma de su piel al pasar a su lado.

Capítulo 3

Daniel observó la consola del recibidor con disimulo, pero me di cuenta.

—Lo he puesto ahí para colocarlo de barrera esta noche frente a la puerta —le dije.

Si él pensaba que era tonta o una tarada me daba igual. No me iban a pillar una segunda vez en picardías. ¿Qué habría pasado si hubiese dormido en bragas o en pelota picada? Estando en mi casa podía hacerlo como me diese la gana y tampoco hubiese sido la primera vez. Ahora, por culpa de unos ineptos, esa tarde había tenido que salir a comprarme unos pijamas.

Los ojos de Daniel se encontraron con los míos.

—Esto no va a suceder más.

—¿Puedes asegurarlo?

Él negó con la cabeza y siguió caminando hacía el salón. Se sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus pantalones.

¡Menudo pedazo de iPhone X que gastaba el amigo! Eso yo no me lo podía comprar ni a plazos.

El caso es que mirándole con detenimiento me daba la impresión de que era un niño de papá. Pero ¡olé qué espaldas, qué brazos y qué trasero! Sí señor, tenía un culo estupendo. ¡Eso era un buen cuerpo y no lo que dejaba la colitis! Se notaban sus horas de gimnasio.

—¿Su hija? ¿No está aquí? —preguntó, girándose a mirarme.

Negué con la cabeza rápidamente, despertando de mis pensamientos.

—Está en su cuna, dormida. Son las once y media y ya es tarde para que esté despierta.

—¿Mañana trabaja?

—¿Quién, yo? No, estoy de vacaciones.

—¿No ha salido a ningún sitio a disfrutar de estos días de tanto calor?

Me mordí el labio inferior, porque calor sí que hacía, sobre todo desde que él había llegado.

—No, y menos mal. Hubiera tenido que regresar para poner una puerta nueva.

Él frunció el ceño.

—Los detectives que vigilaban su casa metieron la pata hasta el fondo. — Comenzó a marcar un número de teléfono y otra vez me dio la espalda.

¡Coño! No había cosa que peor me sentase que me dieran la espalda. ¡Si iba a escuchar todo lo que hablase se pusiera donde se pusiera! ¡Mi casa no era un palacio! ¿Por qué no quería que le viese la cara cuando conversaba? ¿Acaso se ponía tan feo como si hubiese mordido un limón?

Molesta, me fui al cuarto de Sharisse a cerrar su puerta para que no se despertase. No soportaba a los tíos arrogantes y prepotentes. Por lo menos este poli no era el típico que decía las cosas a gritos. No llevaba bien a la gente que cuando hablaba hacía más ruido que un sordo con una pandereta. La voz de Daniel era bonita y envolvente. Bastante seductora... ¡Stop! ¡Para! ¡Corta el rollo, Silvia María Piadosa!

Cuando me refería a mí con mis nombres, todos los que me había puesto mi madre al nacer, era porque pensaba en bobadas, y si todavía no lo hacía, sabía que poco me faltaba.

Daniel colgó el teléfono y lo puso sobre la mesa pequeña de cristal.

—Ya está. Algunos compañeros se van a acercar para comprobar si Osvaldo está en casa.

Miré con fijeza sus ojos verde musgo, hechizada por el modo que cambiaban de un tono más claro a uno más oscuro. Sabía que no tenía que

hacerlo, pero no podía apartar la vista.

—¿Pasa algo? —preguntó, incomodo.

Me mordí el labio inferior.

—¿Van a venir ahora?

Asintió:

—Sí. No tardarán. ¿Hay algún problema?

—La verdad es que sí. —Me estaban dando unas ganas de mandarle a la mierda, que si el billete hubiera sido gratis le habría enviado de ida y de vuelta—. Primero me haces madrugar un día que puedo dormir a pierna suelta, dándome un susto de narices, y ahora no me dejas ir a la cama porque quieres asegurarte de que tus compañeros vienen a casa de mis vecinos. Por lo menos espero que no despierten a mi niña —respondí altanera.

—Siento mucho las molestias que estoy causándote.

Conté hasta cinco y procuré relajarme. Suspiré.

—Daniel, ¿no tienes mujer o novia? —Antes de que él pensará lo peor, como que le estaba tirando ficha o que estaba interesada, le aclaré, malhumorada—: Lo digo porque llevas todo el día trabajando.

Él sacudió la cabeza:

—En este momento no estoy con nadie. Me gusta lo que hago, pero no es verdad que lleve todo el día en esto. Después de entregar el informe me fui a comer y luego estuve en el *gym* soltando adrenalina. Mañana tengo libre.

—¡Ah, vaya!

—Pareces sorprendida.

Me sonrojé.

—No, más que sorprendida, confusa. No creí que me fueras a contar lo que has hecho hoy.

Arqueó las cejas y se encogió de hombros.

—Tú me has preguntado. ¿Te importa que me sienta?

Antes de poder contestar, se acomodó en el sofá, sin apoyar la espalda en el respaldo, con las piernas entreabiertas y las manos sobre sus muslos. Tenía

algo irresistible que hacía que no pudiese dejar de mirarle. Me humedecí los labios al sentir la boca seca. Cogí el vaso de cola que estaba sobre la mesa y bebí un buen trago.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—No, gracias.

—Nunca he tratado con polis y siempre me habéis parecido... de otro mundo. Me ponéis nerviosa.

—Solemos causar ese efecto, aunque no entiendo por qué. Somos personas normales y corrientes con trabajos como los que puedan tener los demás.

—No estoy muy de acuerdo. No cualquiera lleva una pistola encima. Y con vosotros no he tenido mucho contacto, es posible que para hacerme el carné de identidad y poco más. Sin embargo, con los municipales, apaga y vámonos.

Él frunció el ceño de una manera muy atractiva y deslizó sus ojos sobre mí, deteniéndose finalmente en mis labios. Noté que me derretía como la manteca.

—¿Por qué? ¿Has tenido problemas con ellos?

—Velocidad temeraria y te prometo que no es por ir deprisa. —Me senté en la esquina más alejada de él. ¡Mira que el tío estaba potente! ¿Cómo podía ser que no tuviera mujer ni novia? Era perfecto. —Lo que pasa es que los demás conductores van muy rápido, yo me pongo frenética y adapto la velocidad a la de ellos.

Los labios de Daniel se curvaron en una hermosa sonrisa. En la comisura de la boca le salieron unas arruguillas que lo hicieron más atractivo, si eso era posible.

—Deberías probar a ir por el carril de la derecha.

—Ya, tendré que hacerlo para cuando me devuelvan el carné. ¿Eres gay?

—¡¿Cómo?! —Se tensó. Me miró alucinando, y no me extrañó en absoluto. ¿Cómo podía haberle preguntado eso? Ya me valía la tontería. Seguro que él estaba pensando que yo era gilipollas.

—No es por ofenderte —me apresuré a decirle—. Verás, es que hay muchos... y... tengo amigos...

—No me estarás buscando novio, ¿verdad?

—¡No, claro que no! Tú eso lo puedes hacer solo. — Sentí que mis mejillas ardían. ¿Por qué no me tragaba la tierra de una vez? ¿Dónde estaban los tsunamis cuando se los necesitaba?

Él arqueó una ceja, sonrió y sacudió su cabeza.

—No soy gay.

Suspiré. No sabía si de alivio o de ir saliendo poco a poco de esa bochornosa conversación. Mi cerebro no funcionaba cerca de él.

—Me alegro, hoy en día todos los tíos bueno son homosexuales y me parece un desperdicio para... las mujeres. —¿Pero qué estaba diciendo? ¿Por qué no podía cerrar la boca?

—Gracias por pensar que estoy bueno. —Daniel me miró de tal manera que me temblaron hasta las glándulas tiroideas. Volví a beber otra vez—. ¿Y tú?

—Yo no soy gay —respondí con rapidez, casi atragantada.

Él soltó una carcajada. Sus ojos brillaban burlones.

¡Vaya ojazos tenía el bombón! Estaba para hacerle un favor y encima darle las gracias. ¡Silvia María Piadosa! ¡Párate ya!, me regañé. Tenía nudos en el estómago.

—Me refiero a si estas saliendo con alguien.

También me eché a reír. Me sentí completamente estúpida. Me gustaban los tíos más que a Fauno el laberinto, pero no iba a decirle eso.

—No, desde que se fue mi marido no he estado con nadie. Entre la niña y mi trabajo tampoco tengo mucho tiempo, además no hay quien me aguante —bromeé. «Ni quien me guste, hasta ahora».

Ladeó su cabeza morena, mirándome con interés. Su rostro era muy viril con tupidas cejas y una mandíbula fuerte y elegante.

—¿Tu marido no te aguantaba? ¿Por eso se fue?

Reí.

—Es obvio que no entiendes mucho a las mujeres, pero es tan fácil como restarle una pera a cuatro manzanas, sumarle un mundo y darle como resultado el ancho océano. Eso es lo que decía siempre mi madre.

Él enarcó las cejas con sorpresa.

—Pues sí que sois complicadas.

—Joaquín murió en un accidente de tráfico al poco de casarnos —dije.

Sus ojos verdes recorrieron mi cara con atención. Esbozó una lenta sonrisa.

—Te ha molestado mi pregunta ¿verdad?

—Supongo que igual que a ti cuando inquirí si eras homosexual. Estamos empatados.

Afirmó con la cabeza.

—¿Era muy joven tu marido?

—Veintisiete años.

—Es una pena. Estaba en la flor de la vida. ¿Lo has superado?

Asentí. Aquello era algo que a él no le importaba. Y bueno, decir que mi esposo estaba en la flor cuando llevaba tanto alcohol en sangre, que sin soplar ya superaba la tasa, era un poco incierto. Más bien había estado tambaleándose sobre un pétalo hasta que llegó el otoño y se marchitó.

Miré a la pantalla del televisor. Lo había dejado sin voz cuando había ido a abrir la puerta. En ese momento estaban echando una de mis películas favoritas: Veintiocho semanas después. Se trataba de un hombre que se reencontraba con sus hijos tras haber vivido un apocalipsis zombi. Subí el volumen y señalé con el mando la pantalla.

—Me gusta esta peli, ¿la has visto?

Daniel negó.

—No soy mucho de televisión. Prefiero un buen libro. ¿De qué va?

—Es de terror.

—Terror no te pega mucho.

—¿Y qué me pega?

—Comedías románticas, musicales...

—Soy más de suspense y terror —interrumpí—, y como esta mañana no he pasado suficiente miedo he decidido continuar ahora —le dije con sarcasmo.

Daniel parpadeó y me miró con una mueca muy sexi.

—Ya veo que tienes mucho sentido del humor. Te encanta lanzarme indirectas. ¿Puedo compensarte con algo? —quiso saber.

Me extrañé. ¿Por qué querría hacer eso? A ver si Inma iba a tener razón y el poli buscaba que le torturase la víbora. ¡Hombre, el tío está buenísimo de la muerte, pero de ahí a que...! Por mi mente pasó la imagen de él desnudo cogiéndome en vilo y me puse cachonda de repente.

—¿Como qué?

—Te invito a pasar el día en el Zoo mañana.

Me entraron los seis males; sudor, afonía, asfixia, temblor, incapacidad de pestañear y dificultad de reacción.

—O si quieres a otro lado —añadió con prisa al ver mi cara.

Carraspeé, obligándome a salir del estupor que me envolvía. ¡Qué mono! Quería llevarme al Zoo por Sharisse. Si no, habría dicho otra cosa como a cenar, o a un pub, a la discoteca, a la cama... El único problema era que yo no estaba muy segura de querer ir con él. Por otro lado, hacía tanto tiempo que no salía que me apetecía mucho. Su mirada verde se clavó en mis ojos e hizo que me decidiera al instante.

—El Zoo está bien. Me gustan mucho los animales. Mañana iba a ponerte la denuncia, pero puedo hacerlo pasado.

Vi que él se tensaba un poco. Asintió:

—Por unos días no pasa nada.

—¿No estarás invitándome a salir para convencerme de que no te denuncie?

—No. En el informe está todo aclarado, es más, creo que si pides un psicólogo es posible que te den más indemnización.

—Ya me lo han comentado, pero para eso tengo que ir al médico y... perder el tiempo. No me compensa. Lo de esta mañana no me supone ningún

trauma. —Excepto que duermo con un pesado mueble delante de la puerta y con pijama largo—. ¿Es la primera vez que te pasa algo igual? ¿Que entras en el sitio equivocado?

—Sí —respondió sincero—. No podía creérmelo. Tenía que haber sospechado que iba a suceder algo fuera de lo corriente. El compañero encargado de llevar el juego de ganzúas las había dejado en el furgón y la unidad de apoyo se presentó más tarde que de costumbre.

—Otro policía pierde las gafas, por cierto, aquí no estaban —le interrumpí, sonriente. Me había desilusionado al no encontrarlas.

—Lo sé, las tenía en comisaría. —Me miró con fijeza, se pasó los dedos por el pelo y me sonrió con timidez. Me quedé sin aliento una vez más al ver lo guapo que era. Me invadió una sensación muy placentera—. Te hemos debido de parecer pardillos.

Me levanté y caminé al ventanal. Sabía que él tenía los ojos clavados en mí. Podía sentir su calor.

—Un poco, sí. Ven, mira.

No tardó en ponerse a mi lado. Era tan alto que tuve que levantar la cabeza para mirarlo. Fuera estaba todo solitario y en silencio. Unas pocas farolas iluminaban el parque y los jardines. Le señalé un montón de hojas de papel diseminadas por el césped.

—Todo eso lo tiraron los vecinos por la ventana mientras estabais en mi casa, antes de entrar en la suya a registrarla.

La expresión de Daniel no cambió. Guardó silencio durante un largo rato, después aspiró una gran bocanada de aire.

—No es por disculpar a nadie, pero tras habernos dado cuenta de que nos habíamos confundido, nos hemos puesto nerviosos y no hemos dado pie con bola. Lo de hoy ha sido una completa cagada que casi prefiero olvidar.

—Yo también —le aseguré—, aunque hasta que no me paguen la puerta va a ser difícil. —Suspiré. Había pensado que se iba a enfadar por no haber avisado antes de los documentos de la calle, sin embargo, él no pareció darle

mucha importancia—. Si lo miro por el lado bueno tengo que reconocer que tiene su punto divertido. Habrá que tomárselo como una anécdota.

Él sacudió la cabeza.

Llamaron a la puerta y enseguida fue a la entrada. Yo le seguí en silencio, pero de repente él se paró y me miró sobre el hombro.

—Espera en el salón —ordenó.

¿Y si no me daba la real gana? Estaba en mi casa y tenía derecho a saber todo. Negué con la cabeza.

Arqueó una ceja hacia mí y me encogí de hombros desafiante, reacia a obedecerle. Él me señaló el sofá como si yo fuese una niña pequeña.

—De acuerdo —le dije a regañadientes al ver que su rostro se había vuelto demasiado serio para mí—, me estoy perdiendo la película.

Capítulo 4

Al día siguiente todavía seguía preguntándome porqué había aceptado la invitación de Daniel para salir. En cambio, la pregunta que se hacía Inma era diferente.

—¿Por qué te habrá pedido una cita un espécimen tan magnifico?

—Lo dices como si yo fuese un espantajo. No estoy tan mal.

—No me refiero a eso, claro que no estás mal. Eres guapa y tienes un tipazo. Pero chica, tienes que comprender que, siendo viuda y con una niña pequeña, es un poco raro que de la noche a la mañana se fije en ti alguien. Lo normal es que los tipos se echen para atrás cuando hay niños de por medio.

No estaba en absoluto de acuerdo con ella, me encogí de hombros con indiferencia.

—Solo vamos a ir al Zoo. Él me ha dicho que se siente un poco culpable con lo que pasó, eso es todo.

—Si tuviese que hacer eso con todas las víctimas desamparadas que se cruzan en su camino, dejaría de ser poli para ser una ONG. Estoy segura de que es por algo más.

—Algo más, ¿como qué?

Inma movió la cabeza de arriba abajo varias veces seguidas. Resopló:

—Es obvio que va a intentar convencerte para que no lo denuncies.

Me encogí de hombros de nuevo.

—Él sabe que no puedo hacer eso si quiero que me paguen la puerta. Y la

verdad es que necesito que me devuelvan el dinero. Estoy segura de que cuando vuelva en septiembre al curro, mi jefa se va a aprovechar de mí solo porque les debo los mil cuatrocientos euros. Me dirán que me quede más tiempo y no podré negarme.

—Aun así, ten cuidado con él—insistió Inma—. Daniel es un policía, pero no le conoces de nada. Imagina que es un psicópata asesino...

—¡Venga ya! Tengo todos sus datos en el informe que me dio la secretaria judicial, también su número de teléfono anotado en mi móvil —murmuré—. Estoy pensando que no quieres que salga con él.

—Lo siento, Silvia, con los policías me pasa como con los cirujanos, no me fio de ellos. Manejan los cuchillos, llevan las caras cubiertas y todo lo hacen con guantes para no dejar huellas. —Inma frunció el ceño, mirándome—. Oye, ¿qué estás haciendo? ¿Bocadillos?

Estaba envolviendo sándwiches en papel plata. Asentí.

—Llevaré algo de comer.

—¡No me lo puedo creer! Que te lleves los potitos de Sharisse me parece bien, pero los bocatas... Ese hombre va a creer que eres una tacaña. Deja que te invite en un restaurante.

—¡Pero allí son muy caros! Y claro que no soy una tacaña, pero de donde no hay no se puede sacar.

—¿Y? ¿Quién se siente culpable, tú o él?

—¡Por supuesto que él! Pero... no sé, me da cosa no llevar nada.

—¡No seas tonta Silvia!

Inma era un poco lianta, aunque en realidad, amiga, lo que se decía amiga de las que comparten todo, no era. Por lo menos hasta aquel momento. Lo cierto es que cuando compré mi pisito, ella ya venía incluida en la planta de arriba.

—No me gustaría que pensara que soy una aprovechada. Creo que eres un poco fría en cuestión de citas —le señalé, por no decirle que era una fresca que intentaba sacar tajada de todas las situaciones. Yo admiraba a la gente

como ella, pero no tenía el valor de hacerlo.

Inma se echó a reír.

—No sé por qué dices eso. En el instituto conmovía a todos, incluido a mi profesor. Bueno, a él más que a nadie: siempre que leía alguna redacción mía solía decir que daba pena.

—¿Por qué no te puedes tomar nada en serio? —pregunté entre risas.

—Porque la vida sería un muermo.

—De todos modos, me voy a guardar la comida en la bolsa de Sharisse, por si acaso. —Lo recogí todo de la encimera de la cocina y pasé un trapo por la misma para retirar las migas.

—Allá tú si luego el poli no quiere tener otra cita contigo.

—Puede que después de hoy sea yo quien no quiera volver a verlo.

—¡Cómo puedes decir eso! ¿Pero te has fijado en él? —preguntó con sorpresa—. ¡Ojalá fuese bizca para verle dos veces cada vez que pase delante de mí! Si me prestara a su General, puedes estar segura de que yo le haría Mayor.

—¡Inma!

—Y, sin embargo, tú diciendo que tal vez no quieras volver a salir con él. ¿Pero por qué? Si amarle fuera un trabajo, no existiría el desempleo. ¿Acaso no le encuentras atractivo?

—¡Claro que sí! No soy ciega, pero de la guapura no se vive. Quizá sea un estúpido orgulloso que va de sobrado. —Que era en realidad lo que pensaba de él—. Te recuerdo que hace menos de cinco minutos tratabas de convencerme para que no saliese con él.

—He cambiado de opinión aunque, si he de decirte la verdad, es solo que prefiero ser yo quien salga con él y no tú —Se encogió de hombros—. Pero dime, si piensas que es un gilipollas ¿por qué vas entonces?

—Pues no lo sé, eso es lo que llevo deliberando desde anoche cuando acepté su cita. —Miré mi reloj de pulsera—. Ahora ya no tiene remedio, no va a tardar en llegar y yo todavía tengo cosas que hacer. —Caminé hacia la

puerta. Durante unos segundos miré con disgusto las dos mirillas. Era consciente de que todos los vecinos que bajaban por la escalera recordaban lo ocurrido al ver mi puerta. Algunos de ellos especulaban sobre si habría hecho algo ilegal. «Al diablo con ellos», pensé. Abrí enseguida—. Esta noche cuando vuelva, te cuento cómo me ha ido.

No había que ser muy lista para saber que la estaba echando, de modo que Inma asintió resignada:

—De acuerdo, ten cuidado. Si veo que no regresas llamaré al ejército. Esos sí que tienen un uniforme chulo. De todos modos, me pasaré el día escuchando a Camilo Sesto.

—Buen plan —contesté, cerrando la puerta. No pude evitar sonreír para mis adentros. ¡Menudo planazo le esperaba a Inma! La imaginé pasando la aspiradora al ritmo de Vivir así es morir de amor.

Con un suspiro eché la llave a la puerta. Me había entretenido mucho y aún tenía que vestirme. Corrí a la ducha, no sin antes meter a Sharisse y su tacatá en el baño para tenerla controlada.

Estaba emocionada. Hacía mucho tiempo que no salía a divertirme con nadie, y aunque mi cita fuese para ir al Zoo, me hacía ilusión. Desde que me había levantado esa mañana tenía el gusanillo de los nervios recorriéndome el estómago.

En el dormitorio me puse los pendientes de oro que me habían regalado el día de mi boda. Eran unos pequeños búhos con ojos verdes que decían que daban buena suerte.

«Anda, como los ojos de Daniel», recordé, poniéndome colorada.

Me miré en el espejo y, sin quererlo, mi vista se prendió en la fotografía de mi difunto marido. Cogí el marco y me senté con él sobre la cama. Me embargué de la nostalgia que su recuerdo me traía. Joaquín siempre había sido muy fiestero.

—Te habría gustado llevar a Sharisse al Zoo —le dije, sin apartar la vista de sus ojos—. ¿Qué le voy a contar a la niña de ti cuando comience a

preguntarme? —Desde luego no podía decirle que apenas le había conocido. Que solo estuvimos saliendo un par de meses hasta que por un error me quedé embarazada, y que la vía más fácil había sido la de casarnos. Nunca había llegado a enamorarme de él. En realidad, todos mis amores habían sido hasta el momento como los de las películas: duraban hora y media o un poquito más. Con Joaquín lo había pasado bien. Él era de los que decía que si la vida le daba limones, debía hacerse una limonada y buscar a alguien que tuviese vodka para hacer una fiesta.

Dejé la fotografía y seguí recogiendo cosas hasta que Daniel vino a buscarme.

Haciendo gala de una buena educación, él subió hasta mi piso. Ambos, de forma automática, nos dimos dos besos al saludarnos.

Otra vez me quedé sin saliva al verle. Vestía con unos pantalones holgados de algodón beige y una camisa de Adidas blanca con letras a un lado del pecho, en negras. Su cabello oscuro era espeso y estaba un poco revuelto sobre la frente, algo que me llamó tan fuerte la atención que tuve que cerrar los dedos en un puño para no colocarle su rebelde mechón hacia atrás.

—Voy un momento al baño y nos vamos cuando desees —le dije—. ¿Quieres tomar algo mientras?

—Un vaso de agua fría, si no te importa. Pero no te preocupes, yo paso a la cocina si me dices dónde están los vasos.

Le señalé el lugar en el que guardaba la vajilla.

—En la nevera hay una jarra, aunque del grifo el agua también sale muy fría. Dejo a Sharisse contigo, échale un vistazo, por favor. —Indiqué el carro, donde una niña rubia de mofletes rosados y ojos azules lo miraba con atención.

—Tranquila, conmigo estará bien, me gustan los niños y suelo caerles bien a ellos.

No me cogió por sorpresa. Él tenía pinta de saber desenvolverse muy bien con todo el mundo. Sobre todo, con el género femenino. Al pensar en ello

intuí que quizá Inma todavía podía bajar, fingiendo que necesitaba algo, solo para volver a verlo una vez más. Me apresuré a recoger unas toallitas húmedas y a darme un pelín de brillo en los labios.

A él le bastó con hacer unas pocas gracias a Sharisse para ganársela de lleno. La niña se parecía mucho a mí con su pelo rizado, los ojos brillantes y la sonrisa de duende.

—Estoy lista —dije, llegando hasta él.

—Entonces vámonos —contestó, llevando el vaso de cristal a la pila.

Al llegar al vehículo, un Mercedes-Benz clase A, lancé un silbido lleno de admiración. No había esperado que el poli condujese un cochazo tan elegante. Era negro, reluciente, y todo su interior estaba tapizado en cuero blanco.

Era justo lo que había pensado de él, que era un niño de papá. No creía que, siendo policía, aunque fuese de una brigada especial, ganase tanto dinero como para poder manejar algo así. Aquello me parecía un poco sospechoso y esa vez no pude evitar hacerme la pregunta de Inma ¿por qué yo?

Mientras acomodaba a la niña en la silla especial que había desenganchado del chasis del carro, él guardaba el resto en el maletero. En cuanto estuvimos posicionados, Daniel accionó el encendido del motor y un potente chorro de aire acondicionado nos bañó de lleno.

—¡Esto es una maravilla! —exclamé. Me dejé caer hacía atrás con un exagerado suspiro—. De haberlo sabido antes nos hubiéramos bajado anoche aquí a charlar.

—¿Hubieras venido si te lo hubiera pedido?

Su voz, profundamente masculina, hizo que mis mejillas ardieran como el mismo fuego. Lo miré, mordiéndome el labio inferior con una mueca traviesa. Él se estaba recreando la vista en mis piernas. Yo vestía un short corto vaquero y una camisa de cuadros remetida en la cinturilla. Llevaba el cabello recogido en un moño flojo y un montón de rizos enmarcaban mi cara en forma de corazón. Estaba a punto de preguntarle si se pensaba que yo era

una chica fácil, pero preferí quedarme con la duda.

—Por supuesto que no habría venido. Estoy de broma —le contesté.

—Lo imaginaba —dijo él, levantando los ojos, con una sonrisa canalla—. Yo también bromeaba.

Daniel no era una persona muy habladora. Me pareció prudente a la hora de hacerlo, como si de alguna manera escogiese las palabras con cuidado pensando muy bien todo lo que decía. Procuré tantearle sin agobiarle. No quería que él se tomase esa cita como algo romántico, sino como una quedada entre dos amigos. Después de todo nos acabábamos de conocer.

—Daniel, dime la verdad ¿por qué me has invitado a salir?

Él me miró de refilón unas décimas de segundo para no apartar mucho tiempo los ojos de la carretera.

—No lo sé. Ya te lo dije anoche, es posible que para quedar bien contigo.

—Pero no tienes necesidad de hacerlo.

—Así es, sin embargo, me hace sentir mejor. Además, eres una mujer muy atractiva.

Me ruboricé, halagada. Por supuesto no era la primera vez que alguien me piropeaba, pero viniendo de un tipo tan increíblemente guapo como él, con esos ojos verdes que robaban el aliento, sentí que las piernas me flojeaban. Por suerte estaba sentada.

—Gracias.

—¿Te puedo hacer yo también otra pregunta?

—Adelante, dispara —bromeé, con una sonrisa pícara. Eso me hizo recordar y pregunté a mi vez—: ¿Cuando estás de permiso llevas arma?

—Hoy no. —Hizo una pausa mientras que con disimulo deslizaba los ojos, otra vez, por mis piernas—. Comentaste que nadie podía ayudarte con el tema del dinero para reponer la puerta. ¿Es porque no tienes familia cerca?

—Sí que la tengo —respondí, clavando la mirada al frente—. Lo que ocurre es que no me trato con mi madre y mi hermano desde hace mucho.

—¿Y tus suegros?

Negué con la cabeza, evitando mirarlo. Hablar de mi familia, tanto la propia como la política, era algo que no me gustaba hacer, y cuando no tenía más remedio, el tema era tan espinoso que los sentimientos se entremezclaban; furia, dolor y angustia, batallaban a conciencia en mi interior.

—Joaquín y yo fuimos muy impulsivos y nos casamos sin pensar. Mi familia no lo aceptaba y supongo que la suya no me quería a mí.

—¿Y qué pasa con Sharisse?

—¿Qué pasa con ella? —pregunté a la defensiva. Suspiré profundamente e incliné la cabeza a la ventana para estudiar el cielo. Él no tenía la culpa de mis problemas. Por lo menos de esos problemas—. Siento haberte respondido así. Procuero dar a mi peque todo lo que necesita y hasta la fecha nunca le ha faltado de nada.

—Me refería a si sus abuelos no tienen contacto con ella.

Reprimí mi malestar y deseé que no hubiese sacado esa conversación. Agité la cabeza.

—No. Mi suegra llegó a decirme que para reconocer que Sharisse era su nieta debería llevarle la prueba de paternidad. Yo no me niego a hacérsela, pero desde luego no pienso pagarla porque es bastante cara. De todas maneras, ellos no parecen muy interesados en querer conocerla y a mí no me molesta. Hay un refrán que dice que más vale estar solo que mal acompañado.

—¿Y tu madre?

Lo miré enarcando una ceja.

—Quieres saberlo todo, se nota que eres poli.

—Es cierto, me sale la vena. Supongo que está en mi naturaleza —contestó.

—Digamos que a mi familia solo les intereso si les llevo el sueldo conmigo.

—Daniel arqueó las cejas, intrigado—. Prefiero no hablar de ello, son problemas familiares.

—Entiendo.

Dudaba mucho que lo entendiese cuando yo misma a veces no lograba

hacerlo. Al principio pensaba que mi madre y mi hermano me habían dejado de lado por aceptar casarme con Joaquín, ya que no les gustaba ni un poco, pero unos meses después me echaron en cara lo egoísta que era al marcharme de casa para formar mi propia familia sin tener en cuenta que debía seguir manteniéndolos a ellos. Mi madre cobraba una pensión de viudedad de la que podía vivir cómodamente ella sola, pero mi hermano no trabajaba porque era más satisfactorio vivir de la sopa boba. Era lo que se conocía por un nini: ni trabajaba, ni ayudaba, ni estudiaba, ni *na de na*.

—Silvia, ¿por qué te sorprende que te haya invitado a salir? No me digas que soy el primero, porque no me lo creo.

Asentí. El corazón me retumbaba en el pecho.

—Pues amigo, eres el primer valiente que lo hace desde que tengo a mi hija. Antes los tíos venían a mí como los niños a Michael Jackson. —Daniel rio divertido. Una carcajada tan sincera que me deslumbró de tal forma que por unos segundos no pude pensar—. Pero ahora me evitan como si fuese un zombi contagioso o algo peor. —No era del todo verdad. Estaba segura, y no porque fuese una egocéntrica, de que si un día se me ocurría salir a ligar lo iba a tener bastante fácil.

—Vaya, has dicho los tíos —repitió él, extrañado—. ¿Cuántos?

Noté un delicioso hormigueo en el pecho. Sonreí burlona y eché un vistazo de soslayo a Sharisse, de ese modo aproveché para mirarle a él. Los bíceps, al sujetar el volante, parecían querer reventar su camiseta y esbozaba una media sonrisa, como si supiera que estaba siendo estudiado.

—Muchos. Antes era socorrista y monitora de animación en una cadena de hoteles.

Arqueó una ceja.

—¿Qué edad tenían esos hombres de los que estamos hablando?

—Entre siete y catorce años y señores de la tercera edad. Ligaba mucho en aquel entonces.

Él soltó una sonora carcajada que llenó el interior del vehículo.

—Apuesto a que más de uno ha fingido ahogarse solo para que le salvases.
Asentí.

—Y mientras tosían me pedían el boca a boca.
Reímos los dos.

A medida que la mañana transcurría, mis nervios fueron menguando, e incluso me permití tontear con él. Por primera vez en mucho tiempo me sentí viva, feliz y sobre todo mujer. Desde el mismo momento que supe que estaba embarazada, me había volcado tanto en mi bebé que había olvidado todo lo demás. Y ese día, la Silvia risueña y alocada salió de mi caparazón y me dejé llevar por lo que me deparaba el destino.

Comimos en un restaurante cuya original decoración estaba basada en el continente africano. Por su puesto, cuando él comentó que iba siendo la hora de comer, dejó que yo eligiese entre los dos restaurantes o el quiosco. Recordando el consejo de Inma, no le dije que había llevado bocadillos, aunque en la tarde nos los merendamos a la sombra de un frondoso árbol.

Disfrutamos de las exhibiciones de los delfines y los leones marinos; el vuelo libre de las aves rapaces y de las exóticas. Dimos de comer a los monos y los elefantes, y nos fotografiamos con los osos panda. Recorrimos la fauna de los cinco continentes a bordo del autotrén y cuando salimos del Zoo, Daniel y yo íbamos más emocionados que la pobre Sharisse que cabeceaba y no podía mantener los ojos abiertos del cansancio.

Cuando llegamos a casa, Daniel, muy amable, me ayudó a sacar el carro del maletero y luego nos acompañó hasta el portal.

—Ya me quedo aquí —dijo, sosteniendo la pesada puerta de hierro para que entrase—. Muchas gracias por hacerme pasar un día tan estupendo. Hacía mucho tiempo que no iba al Zoo y me ha traído muy buenos recuerdos.

¿De verdad se iba ya? Me pasé la lengua sobre el labio inferior, nerviosa.

—¿No te apetece subir y tomarte algo fresco? —A pesar de haberlo pasado muy bien, el calor había sido intenso y en ocasiones muy sofocante. Yo, que era adicta a los refrescos, había bebido agua como los televisores antiguos,

sin control, y todavía seguía teniendo más sed que ganas de vivir.

—Es tarde —respondió.

No quise parecer una viuda necesitada de compañía y asentí. No pensaba insistirle, aunque me moría por hacerlo.

—De acuerdo, como quieras. Muchas gracias a ti por invitarnos. También yo lo he pasado genial.

Durante unas décimas de segundo nos quedamos parados, mirándonos, como si de un momento a otro alguno fuese a decir algo, solo que no lo hicimos. Terminé por sonreírle y me encaminé al ascensor. Sabía que él seguía parado en la puerta y que me miraba. En el momento que sonaba la campanilla y las puertas metálicas se abrían, escuché su voz tras de mí:

—¿Te puedo llamar otro día? Podríamos volver a salir.

Mi corazón comenzó a rebotar igual que una pelota de pin pon. ¡Claro que quería volver a verlo! Aspiré profundo y me volví a mirarle, tratando de recuperar la compostura.

—Me gustaría mucho que lo hicieras, Daniel.

Él se me acercó tanto que reprimí un estremecimiento. Tal vez quería despedirme con un beso y deseé que lo hiciese, sin embargo, él se inclinó sobre el carro de Sharisse y con dulzura acarició el cabello de la niña. Ese simple gesto llenó mi corazón. No estaba acostumbrada a ver cómo daban muestras de cariño a mi hija, excepto algunos vecinos, incluida Inma, amigas mías de soltera y los pediatras. Él se incorporó de nuevo y me miró con una sonrisa.

—Entonces quedamos en eso. Te llamo. —Sin darme tiempo a reaccionar, me propinó un rápido beso en la mejilla—. Que pases buena noche.

—Tú también. Cuídate.

Daniel esperó a verme entrar en el ascensor y se marchó.

Capítulo 5

Daniel llegó a la comisaría quince minutos antes de la hora de su entrada, como hacía la mayoría de los días, para reunirse con su superior y comentar cosas concernientes al trabajo, o sobre temas personales y corrientes, ya que se conocían desde hacía tiempo. Ese día no había mucho ajetreo en el edificio, al ser agosto, bastante gente de la plantilla estaba de vacaciones. El único que trabajaba a conciencia esa mañana era el aire acondicionado que salía por los conductos sin tregua ni pausa.

—¿Qué tal tu libranza de ayer, Daniel? —le preguntó el comisario, tras esperar que pasase a su despacho. El sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas, que miraban a un amplio y cuidado jardín recién regado.

Daniel agitó la cabeza con suavidad y tomó asiento en un sofá situado junto a la puerta. Los listones de las cortinas que cubrían los cristales que separaban el despacho de la sala general, estaban a medio cerrar, por lo que se veía todo lo que estaba pasando fuera.

—Bien, un día tan tranquilo como cualquier otro.

—Me alegro mucho. Por cierto, me comentaron que la otra noche llamaste para avisar que Osvaldo, el africano de la redada de la zona sur, estaba en su casa.

—Sí, es cierto, ¿Ha declarado ya? —preguntó—. Estoy deseando poder mandarlo a juicio por todos los cargos posibles.

Cristóbal, que así se llamaba el comisario, le miró con fijeza y rostro

inescrutable, como si tener a Osvaldo allí fuese lo menos importante del mundo.

—¿Es una manera de resarcirte de la metedura de pata?

—Por supuesto.

—¿Qué diablos se te perdió en ese lugar?

Daniel maldijo sus preguntas.

—Nada —respondió entrecerrando los ojos—. Ni siquiera sé por qué fui, pero supongo que necesitaba comprobar por mí mismo que esa mujer y su hija estaban bien y que le habían puesto la puerta.

Cristóbal frunció el ceño, molesto.

—¡No puedes hacer eso!

—Lo sé, pero... me sentía obligado. Era incapaz de pensar en otra cosa.

—Nosotros no somos responsables de eso. No habrá ningún otro motivo ¿verdad?

Daniel negó con la cabeza.

—¿Como cuál?

—¡No te hagas el tonto conmigo, Daniel! Te ha sentado como una patada en los cojones que esa mujer tenga que presentar denuncia porque esto quedará en tu expediente y no en el del juez, ni el de los investigadores. Has hecho esto porque pensabas que iba a retirarte la denuncia. ¿No es cierto?

Conocía a su comisario desde mucho antes de entrar en el cuerpo y lo cierto es que muchas veces había ido a su casa, sobre todo a celebrar su cumpleaños o los de su familia. También lo hacían los padres de Daniel, que se conocían de antes de casarse, cuando ellos eran jóvenes. Ahora Cristóbal tenía mujer y dos mellizas quinceañeras.

—No, lo siento, repito que creo que era mi deber hacerlo —respondió contundente. Nunca había desafiado a su comisario y no iba hacerlo en aquel momento, sin embargo, había cosas que escapaban a su control. No estaba dispuesto a contarle que ella tenía la etérea y elegante complexión de alguien que cuidaba su cuerpo. Que su rostro era hermoso, sobre todo cuando sonreía

y le salía un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda. Que era la mujer más divertida y simpática que había conocido. Que cuanto más tiempo pasaba a su lado, más atraído se sentía. Y sí. Había salido con ella con la intención de convencerla de que no le denunciase, pero no se había atrevido hacerlo—. En mi tiempo libre puedo hacer lo que me venga en gana. No puedo quitarme de la cabeza la cara de esa mujer cuando vio que invadíamos no solo su casa, sino también su intimidad. Estaba aterrada, y luego la cría llorando...

—No se trata de eso, Daniel —le interrumpió Cristóbal—. Lo de ese piso sigue siendo una operación abierta y esa mujer no es ninguna testigo que haya que proteger.

—No me has dicho si Osvaldo ha declarado ya —insistió, queriendo cambiar de tema.

—Tuvimos que llamar a un traductor porque al africano se le ha olvidado el español de repente. Y sí, declaró, pero no lo que hubiéramos querido. Hay algunas pruebas que le inculpan a él y a su banda, que están más o menos organizados, aunque parecen un atajo de aficionados, sin embargo, en un juicio, los documentos que se encontraron en la calle nos van a dar problemas. Un abogado puede alegar que no eran suyos y que ni siquiera estaban en su piso y es verdad. Tal vez si hubiera algún testigo que viese que los tiraban por la ventana, quizá tuviésemos alguna oportunidad para agarrarlos. No obstante, dudo mucho que alguien quiera testificar.

La imagen de Silvia le pasó a Daniel por la cabeza.

—Ella lo vio.

—¿Esa mujer? No va a querer declarar. Esa gente no tiene ninguna necesidad de meterse en estos líos.

Daniel tuvo que darle la razón. Y mucho menos iba hacerlo ella después del destrozo que le habían hecho.

Continuaron hablando un rato más y luego se reunió con su compañero y amigo, Lucas, y le contó sobre la necesidad de convencer a Silvia para que testificase contra Osvaldo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —le preguntó atónito—. Esa mujer no querrá saber nada de esto ni en sueños.

Estaban en la sala que tenían para descansar y donde el equipo solía reunirse para comentar el día o simplemente charlar. Daniel señaló la cafetera que estaba sobre la encimera. Alguien acababa de hacer café y su aroma flotaba en toda la sala.

—No tengo mucha idea, pero debe haber algún modo. Sé que está pasando bastante apuro económico y eso podría jugar en nuestro favor. ¿Me sirves uno?

Lucas le alcanzó una taza.

—¿Testificaría a cambio de dinero? Date cuenta de que sería coacción.

—Lo sé, ese es el problema. No pretendo que sea nada ilegal.

—Yo creo que puedes hacerlo de otra forma.

Daniel le observó con atención.

—¿De qué manera? En estos momentos necesito que me eches un cable.

Lucas ladeó la cabeza y se acarició la barbilla.

—Líгатela. La tía está buena. Sal con ella, échale un buen par de polvos y la tendrás comiendo de la palma de tu mano. Hará lo que tú quieras —le sugirió.

Por unas décimas de segundo Daniel imaginó las estupendas piernas de Silvia rodeándole las caderas; su boca de labios blandos y suaves contra los suyos... Agitó la cabeza.

—No quiero rollos. Tiene una cría pequeña y no me apetece meterme en estos laberintos. Será mejor pensar en otra cosa.

—No te estoy diciendo que te cases con ella, ni nada parecido. Si quieres que Osvaldo vaya a la cárcel por una larga temporada, lo mejor es lo que te he dicho. Piénsatelo. Si encima va a salir ganando. Esa lleva tanto tiempo sin estar con alguien que va a hacer que subas a la luna sin moverte de la cama.

Daniel soltó una risa forzada y mal disimulada. Por alguna extraña razón no le gustó que Lucas hablara así de ella, aunque a la larga el plan podía servirle.

—¡Qué cabrón! Tienes una mente de lo más retorcida.

Lucas enarcó una ceja al escuchar su tono sarcástico.

—Ella no tiene por qué enterarse. Cuando haya declarado te buscas una excusa y rompes con ella. Por otro lado, es posible que quizás no seas capaz de ligártela.

—¿Por qué no?

—Alguna se te tiene que resistir, macho. No eres tan arrollador ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Pues a que existen algunas mujeres que no valoran solo la parte económica, y para ser sinceros, tú no eres precisamente un tipo divertidísimo de la muerte. Algunas veces estar contigo es una tortura, hay que sacarte las palabras con sacacorchos.

—¿Estás provocándome? —le preguntó con cierta tirantez.

Lucas suspiró mientras caminaba hacia la mesa.

—No. Tú has dicho que necesitabas mi ayuda, pues este es mi plan, lo coges o lo dejas.

Capítulo 6

Salí de los juzgados con una sonrisa en los labios. Había ido a informarme sobre los tramites que debía seguir para poner la denuncia y esas cosas relacionadas con el incidente, y un hombre muy agradable me había dicho que no necesitaba, si no quería, poner denuncia. Eso sí, debía hacer varios escritos y precisamente necesitaba un documento que no me había entregado la secretaria judicial; una vez que lo consiguiese tenía que llevarlo todo al juzgado, donde se encargarían de reclamar la indemnización por daños y perjuicios.

Por un momento pensé en llamar a Daniel para que me hiciese llegar el escrito. Era la excusa perfecta para volver a verle de nuevo; estaba deseándolo. Desde el día anterior no había podido parar de recordar la cita del Zoo. No es que lo quisiera cazar como pareja. De momento podíamos conocernos y ver qué tal nos iba. Puede que... tal vez... tuviese que admitir que me encantaba ese hombre, pero claro, lo primero era lo primero. Debía pensar en Sharisse por encima de todo lo demás.

Según caminaba hacia casa, con un sol ardiente y abrasador sobre la cabeza, se me ocurrió que podía ir a comisaría y darle la sorpresa a la razón de mis pensamientos. La niña estaba con Inma y no tenía que preocuparme por ella. Con una llamada que hiciese para avisar de que iba a llegar más tarde, era suficiente.

Inma adoraba a la pequeña y no puso ninguna objeción, incluso me dijo que

la dejase a comer, que se encargaba de darle un puré. Pero yo no quería abusar y le aseguré que regresaría lo antes posible. Solo tenía que coger el tren y luego el metro. Desde luego, con el calor que hacía, si no fuera porque al final de mi destino me esperaba Daniel como recompensa, no lo hubiera hecho ni harta de vino.

El viaje hasta el distrito donde estaba la comisaría de los cuerpos especiales se me antojó largo. Lo bueno es que tanto el metro como el tren iban con asientos libres y que en su interior hacía fresco. Llevaba un vestido vaporoso, largo hasta los tobillos. La tela era muy suave, con un estampado de flores de colores sobre un fondo blanco. Esa clase de faldas estilizaba mi cuerpo y para mí, que siempre buscaba la comodidad, aparte de la elegancia, era el tipo de ropa que más vestía. Los hombres volteaban la cabeza para mirarme cuando me cruzaba con ellos, algo a lo que no terminaba de acostumbrarme a pesar de mis veintiséis años. Me llevaba pasando desde que había cumplido los diecisiete, cuando mi cuerpo había borrado sus líneas infantiles y rechonchas, cambiándolas por unas más curvilíneas y seductoras.

Antes de entrar en la comisaría, después de haber preguntado por el edificio, sentí que el pulso comenzaba a acelerarse. Recordé los días de colegiala, que siempre me pasaba lo mismo cuando el chico guapo de la clase se dirigía a mí. Ahora era el chico guapo de los GEO y ni siquiera lo había visto aún.

«Adelante, Silvia María Piadosa, tú puedes», me dije, aspirando con fuerza el aire por la nariz y soltándolo lentamente por la boca.

Atravesé con timidez la puerta de comisaría y descubrí una máquina de refrescos. Busqué en el bolso unas cuantas monedas y me apresuré a sacar una botella de agua. Entre el calor y los nervios de la emoción, tenía la boca tan pastosa que podía masticar la saliva. Bebí un trago al tiempo que buscaba con la mirada a Daniel sin encontrarlo. Una señorita de rostro serio, apostada tras un mostrador alto, me miró con curiosidad. Me acerqué a ella con una sonrisa amable.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Buenos días. Tengo que recoger una documentación, pero en realidad no sé quién debe dármela.

—Si me lo explica, salimos antes de dudas —sugirió con un tono de voz bastante cortante y autoritaria.

La mujer era más seca que un bocadillo de polvorones. No entendía por qué siempre ponían a la gente más rancia para atender al público. Por otro lado, sabía que, aunque le contase todo, tendría que volver a recitárselo a alguien más.

La policía me escuchó con atención, asintiendo cada dos por tres. Tuve la seguridad de que ella se conocía el caso como todos los que trabajaban allí, por ese simple motivo me sentí ridícula. Yo había sido la víctima, sin embargo, podía imaginarme a todos estallando en carcajadas. Seguro que alguien habría contado que iba en camisón negro, con trenzas como una escolar... Y lo peor de todo, era que la cara de la recepcionista no lo desmentía. ¡Al menos yo no tenía dos cejas que parecían dos gatos acostados como ella!

—Voy a ver quién lleva esto y ahora mismo le atienden. Puede sentarse en alguna de esas sillas.

Suspiré, comenzaba a arrepentirme de haber ido, sin embargo, ya que estaba allí no podía hacer nada más que esperar. También podía decirle a esa mujer, que era más simple que el mecanismo de un chupete, que avisase a Daniel. Aunque, por otro lado, si preguntaba tan familiarmente por él se iban a pensar yo qué sé qué y con lo corta que había demostrado ser la policía, no era cosa de hacerle un lío, que bastante tenía con haber nacido con menos cuello que un muñeco de nieve.

Al cabo de diez minutos, la misma mujer me guio por una sala repleta de mesas y ordenadores hasta un despacho acristalado.

Justo cuando iba a entrar, descubrí a Daniel sentado frente a una de estas mesas. Él no me vio, de modo que me preparé para sorprenderle. Me acerqué

en silencio y con agilidad.

—Hola, Daniel.

Él levantó la vista y me miró boquiabierto. Unas décimas de segundo después, me saludó de forma muy seca y fría con la cabeza.

—Buenos días, señora.

Fruncí el ceño. La sonrisa que había llevado en los labios en ese momento se me borró. ¿Acababa de llamarme señora? ¿Por qué actuaba como si no me conociese? Le miré con fijeza, repentinamente enfadada.

—¡Cómo que buenos días! ¿No hay un «qué tal» o «¿estás muy cansada?»—. —Agité la cabeza—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes memoria de pez? Ayer mismo...

Él se levantó de su silla mirando a todo el mundo. Parecía abochornado. Yo también miré a la sala y casi todos los ojos estaban puestos sobre mí. Me puse colorada.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó, obligado por las circunstancias.

Crucé los brazos sobre el pecho, enfadada.

—¿Me puedes decir qué es lo que te pasa? —le recriminé en voz baja. No me importaba que la persona a la que iba a ver en el despacho acristalado siguiese esperando. En ese momento lo que me interesaba era saber qué estaba ocurriendo, pero caí en seguida—. Entonces lo hiciste por eso, ¿verdad?

Parpadeó, confuso:

—¿Perdón?

La luz que entraba por los enormes ventanales a su espalda dejaba a oscuras sus facciones, pero realzaban su estatura y la anchura de sus hombros, lo que me produjo una extraña sensación de ahogo.

—Fue solo para que no te denunciase. ¿Verdad? Déjame decirte que eres más tonto que el que se cayó de espalda y se rompió la nariz. —Se escucharon varias risitas en la sala. Les hice caso omiso. No iba a permitir que nadie viese la vergüenza y la humillación que estaba sintiendo—. Puedes quedarte tranquilo, no hace falta que ponga ninguna denuncia. —Aunque

ahora sentía más ganas que nunca de hacerlo. Todavía estaba a tiempo—. Eso sí, no se te ocurra volver a llamarme nunca más porque eres más aburrido que ver crecer la hierba. —Otra vez se oyeron las risitas. Esperaba que al menos él me contestase algo, pero Daniel solo me miraba en silencio, aunque su rostro se había tornado algo oscuro.

—La están esperando, señora —dijo la policía que me acompañaba, que se había parado detrás de mí, con el ceño fruncido.

Me volví a ella.

—Dios mío, dame paciencia, por que como me des fuerza... —murmuré entre dientes.

—¿Perdón? ¿Me ha dicho algo?

—Ya voy —contesté.

Con el mentón bien alto entré en el despacho. El comisario me recibió con cordialidad y me hizo sentar en una de las sillas colocadas frente a la mesa. Intenté olvidarme de Daniel, no, del gilipollas de Daniel, para centrarme un poco en la conversación con aquel hombre. Después de hablar un rato y de escucharle las disculpas pertinentes, me entregó el documento que solicitaba.

Estaba deseando salir de allí, y si podía ser sin que nadie me viese, mejor. Pero salir, escabulléndome como si nada, era del todo imposible, porque los de fuera seguían estando todos allí, e incluso quizá hubiese alguno más. Y la agente recepcionista que hablaba con Daniel —se la veía más atacada que la nave de Star Trek—, estaba esperando para acompañarme de nuevo hasta la puerta.

Al final, armándome de coraje, mientras caminaba por donde había venido, con la mujer pisándome los talones, fingí leer con interés el documento que el comisario me había dado. Era una carta con un vocabulario tan técnico que no entendí ni una sola palabra de lo que estaba escrito, aunque en honor a la verdad, solo lo estaba leyendo por encima. Pero cumplí el objetivo de llegar a la calle sin mirar a Daniel.

De camino al metro me sonó el móvil. Miré el identificador de llamada con

el ceño fruncido.

Era él.

El imbécil me estaba llamando.

Dudé en descolgar. No tenía que hacerlo después de lo ocurrido, pero no pude resistirme y lo hice.

—¿Qué quieres? Has tenido suerte de que te haya contestado porque iba a bloquearte ahora mismo. —En cuanto averiguase cómo se hacía.

—Silvia, no me cuelgues, escucha, me gustaría hablar contigo y explicarte.

—¿Me estás tomando el pelo? En este momento estoy más quemada que el palo de un churrero.

—Lo sé, me he portado fatal, pero... es necesario.

—¿Es necesario ponerme en ridículo? ¡Venga ya! No soy imbécil y está claro que no te ha hecho ni pizca de gracia verme, pero ¿sabes algo?, al menos he descubierto tu engaño antes de que fuera demasiado tarde. — Aunque me daba pura rabia que esto acabara tan pronto. Él me gustaba de verdad.

—Me has pillado por sorpresa. No sabía que ibas a venir.

—¡Oh, sí, claro, caballero! ¿Qué habrías hecho de haberlo sabido? ¿Esconderte? No me cuentes más milongas, además, mira, voy a entrar en el metro y aquí no hay cobertura, esto se corta ya. Pi...pi...

—¡Silvia! ¡Silvia, espera! Ahora ya sí que hay cobertura en casi toda la red de metro.

Aspiré con fuerza.

—Me estoy quedando sin batería.

—Silvia, por favor, dame la oportunidad de explicártelo.

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de...

—¡Coño, Silvia, sé que eres tú!

—Adiós, Daniel. —Y esta vez colgué de verdad.

—Si ese hombre está interesado en ti vendrá a verte como la montaña a Mahoma —me dijo Inma tratando de que olvidase mi enfado. Sharisse dormía en su cuna y nosotras estábamos en el salón tomándonos un café con hielo—. ¿O era al revés?

—No lo sé, lo que he aprendido de esta vida es que si la montaña viene tras de ti... ¡Corre! Es un derrumbe.

—Eres un poco drástica, quizá debiste dejar que te contara por qué actuó así.

—Tú misma me dijiste que no me fiase de él. ¡Ya está! Hemos salido un día que fue... genial, pero se acabó. Ahora a seguir con mi vida y punto. Mañana me voy a la piscina. ¿Te vienes? Este calor es insoportable.

—Sí, es horrible, agobia más que Dark Vader con un megáfono.

Solté una carcajada.

—En serio ¿Te vas a venir o no?

—Sí, claro que voy, para mañana no tengo ningún plan. Podemos quedar pronto para coger una buena sombra.

Asentí. Lo que más necesitaba era despejarme y pensar en algo que no tuviese que ver con policías, ni puertas tiradas, ni falsificadores o lo que fuesen. Que ni me importaba ni me interesaba.

Llamaron al timbre y ambas nos miramos a la vez.

—¿Será él? —pregunté. Quizá era un poco masoquista, pero deseaba que fuese él viniendo a pedirme perdón.

Inma se levantó del sofá.

—No lo sé, voy a mirar. —Regresó al poco tiempo—. Es el cartero, tiene un paquete para ti.

¿Un paquete? Con curiosidad fui a la salida y recogí una pequeña caja de cartón y una carta. No llevaba mi nombre, aunque sí mi dirección. Extrañada, abrí primero el sobre.

—¿Qué es? —preguntó Inma sin dejar de mirarme—. ¿Te ha mandado el del GEO algo?

Negué con la cabeza. Me senté en el sofá de nuevo, con una pierna doblada bajo las nalgas.

—Aceptan mi propuesta de matrimonio. Quieren que vaya a Santiago de Compostela para conocer... a la novia.

—¿Qué?

Me llevé una mano a la boca y bajé la voz.

—Esta carta no es para mí, es de los vecinos. —Con la cabeza señalé la pared en dirección a donde vivían los africanos—. Se trata de los matrimonios concertados de los que se les acusa. Preparan bodas donde unos obtienen los papeles y la nacionalidad y otros, dinero. Establecen un periodo de tiempo y luego se divorcian. El comisario esta mañana me dijo que a veces utilizan las direcciones de otras personas para recibir correspondencia. Está claro que han usado la mía.

—¿Y el paquete?

Miré la caja, pensativa.

—No lo voy a abrir.

—¿Por qué? ¿No tienes curiosidad?

—No mucha.

—Pues lo hago yo. A mí sí me gustaría saber qué hay dentro —Inma lo agarró dispuesta a abrirlo.

La detuve:

—¡No lo hagas!

—¿Por qué?

—Imagina que es ébola u otro virus que han puesto por si esto cae en manos desconocidas.

Inma fue dejando la caja muy despacio sobre la mesa, con cuidado. Ambas la miramos como si fuese una bomba de relojería a punto de estallar.

—¿Tú crees?

Me encogí de hombros.

—Yo ya no me fío ni de mi sombra.

—Deberías dárselo a Daniel. Llámalo...

—¡No! A él, ni agua. Lo que voy a hacer es meterlo en el primer buzón de correos que vea y que lo devuelvan a... —Leí en el sobre la dirección de donde venía—...La Coruña.

Capítulo 7

Después de tener durante tres días la carta en la entrada de casa, decidí que cuando saliese iba a meterla en el primer buzón de correos que viese. Sin embargo, el paquete era diferente, ese iba a ser más complicado dejarlo. Imaginé que ébola no iba a tener, pero... Sentí un escalofrío de solo pensarlo. ¿Por qué tenían que sucederme esas cosas a mí?

Malhumorada, me puse el café en un vaso y me eché la leche de la nevera. Lo metí en el microondas mientras repasaba todo lo que debía hacer ese día. Tardé varios largos segundos en darme cuenta de que el horno no se ponía en funcionamiento. Extrañada revisé las conexiones, el enchufe, los botones...

«No me jodas» susurré cabreada. Con cualquier otro electrodoméstico se podía vivir, pero no sin microondas, tal vez tampoco sin lavadora, nevera, y por supuesto que no faltase la cafetera. Pero el microondas...

Con un ímpetu desmedido, por no decir con furia, me eché azúcar y removí el café frío. Sin quererlo empecé a calcular el coste del aparato. Ese mes estaba siendo uno de los más jodidos desde que había fallecido Joaquín, y como no sacase el dinero de debajo de las piedras o me metiese a puta, no sabía cómo iba hacer para llegar a final de mes.

Llamé a la socorrida Inma y le pedí que se quedara con Sharisse. Justo cuando salía por la puerta, mis ojos se detuvieron de nuevo en el paquete de encima del mueble y en el sobre. Sin muchas ganas rompí la carta en mil pedazos y tiré los trocitos en la papelera del portal. Nadie iba a saber que

había sido yo, así como era imposible que supiesen qué era esa carta.

El centro comercial no estaba muy lejos y me llevé el coche, a pesar de no poder hacerlo. Sabía que me arriesgaba a que me pillasen sin carné, pero esperaba no tener tan mala suerte. No iba a tardar mucho. Un pis pas y me ahorrraba el porte del microondas.

Me senté frente al volante y me puse el cinturón. No pude evitar dejar escapar un suspiro de gozo. ¡Cuánto echaba de menos conducir! No era lo mismo que manejar el coche de Daniel, pero mi Ford, aunque algo viejo, todavía estaba en perfecto estado.

Llegué al parking subterráneo en menos de diez minutos. En cualquier otra época del año me las habría visto y deseado para aparcar cerca de la puerta, pero ese día podía hacerlo donde me diese la gana, como si me apetecía hacer derrapes y trompos. Apenas había gente.

Con paso resuelto irrumpí en el espacioso centro, con suelos blancos y paredes de baldosas en tonos cremas, y busqué con prisa el electrodoméstico. Cuando lo seleccioné me di cuenta de que no había cogido carro para llevarlo, pero por no perder el tiempo lo cargué hasta el coche. No quería abusar de Inma más de lo necesario. Al llegar a casa lo desembalé y al colocarlo fue cuando me percaté de que era demasiado pequeño para el hueco y quedaba bastante ridículo.

Pensé que podía apañarme con ese. Para calentar los potitos y la leche era más que suficiente.

¿Y si algún día quería hacer pizzas?

Como una tonta me quedé mirándolo cerca de cinco minutos, como si esperase un golpe de suerte y el microondas se fuese hacer más grande de repente. Acordándome de la madre del cordero lo metí de nuevo en la caja y lo bajé al coche.

Otra vez en el parking tuve tan mala suerte de no tener ninguna moneda para el carro. Mi enfado ya era monumental a esas horas, de modo que con rabia lo cargué en brazos. Me dio la sensación de que la caja pesaba más que

hacía unos minutos, aunque lo que en realidad me pesaba eran los brazos de llevar tanto peso. Una caja grande y cuadrada no era lo mismo que el cuerpo de Sharisse.

Por suerte la devolución fue rápida y regresé a casa en apenas media hora. Estaba deseando tomarme algo fresquito y darme una ducha. Al salir del ascensor, lo primero que vi fue a Daniel llamando al timbre de casa. Él llevaba una camiseta blanca de manga corta y un pantalón oscuro. Durante unos segundos fui incapaz de quitarle los ojos de encima. Su cuerpo era magnífico. Me estremecí. Me di la vuelta y entre de nuevo en el ascensor. En ese momento él se giró hacia a mí y, con un par de largas zancadas, se me acercó. Extendió las manos hacia el microondas mientras sujetaba la puerta con el pie.

—Déjame que te ayude Silvia.

—Ah, hola, Daniel. No te había visto.

No me creyó. Por supuesto se había dado cuenta de que había tratado de escapar.

—Permíteme que lo coja yo.

Sacudí la cabeza.

—No te preocupes, puedo hacerlo yo sola. —Vi mi reflejo en el cristal donde se guardaba la manguera para los supuestos casos de incendio y estuve a punto de ponerme a llorar. Varios mechones me caían sobre la cara y la cola de caballo estaba tan floja que el pelo se me salía por todos los lados.

—Me gustaría hablar contigo, Silvia.

—Hoy no es un buen día.

—¿Qué tienes que hacer? —preguntó, curioso.

Me dio rabia de que actuara como si no hubiese pasado nada. Era tan prepotente, pero a la vez tan magnífico, que al tiempo que me robaba el aliento me ponía de mala leche.

No le contesté. Subí una pierna hasta apoyar la rodilla contra la pared y me ayudé del muslo para sostener el microondas mientras buscaba las llaves en

el bolso. Daniel soltó un gruñido y me arrancó la caja de las manos.

—¡Mira que eres orgullosa!

—Como tú.

—Otra vez tenemos un empate.

Suspiré aliviada y abrí la puerta.

—Gracias por la ayuda, pero no hacía falta.

—Lo sé.

—Es la segunda vez que vengo con un microondas. Esta mañana se ha negado a funcionar el capullo del mío, he ido a comprar otro y al traerlo era pequeño. Puedes dejarlo por ahí, en el suelo. —Al agacharse, su trasero quedó definido a la perfección en el pantalón de algodón. Yo no solía ir fijándome en culos, pero tenía que admitir que en ese hombre todo era espectacular y maravilloso—. De modo que he vuelto a la tienda a cambiarlo por este. A ver qué tal queda.

Él se giró y me pilló mirándolo. Me sonrojé.

—¿Qué te pasa? Estás colorada.

—Hace mucho calor —le respondí a la defensiva. Aparté la vista de su increíble cuerpo. Busqué unas cervezas en la nevera—. ¿Quieres una o estás de servicio?

Él la aceptó.

—No me has dicho qué es lo que tienes que hacer, Silvia.

Quise mandar a la mierda, pero esperaba que se fuese él solo. Cuando lo conocí pensé que un ser del más allá había escuchado mis ruegos y me enviaba un regalo para el *body*. Sin embargo, en ese momento estaba como loca por que saliese de mi vida. ¿O no?

—En realidad, colocar el microondas y darme una ducha.

—¿Y Sharisse?

—La he dejado con Inma. —Le enfrenté con la mirada—. ¿Qué quieres? No tengo ganas de tonterías. Hoy vienes a ser mi amigo y mañana haces como que no me conoces. Las cosas no funcionan así ¿sabes?

Él dejó la lata sobre la encimera y comenzó a quitar el precinto de la caja del microondas.

—No se trata de eso. Lo que... ocurrió, fue que el comisario cree que no debería verte hasta que no cierren el caso de tus vecinos. Si el otro día no te dije nada, no era porque me avergonzase ni nada de eso, de verdad.

Fruncí el ceño.

—Pues no era eso lo que parecía. — Él alzó la vista hacia mí—. ¿Y por qué no quiere que nos veamos?

—Piensa que te puedo poner en peligro, y por un lado lleva razón. Los africanos pueden creer que eres mi confidente.

No dije nada. Me limité a mirarlo mientras él retiraba el caucho del electrodoméstico y recogía todos los plásticos en la misma caja. Colocó el microondas en su sitio y lo enchufó.

—Ya está listo. ¿Qué has hecho con el viejo?

—Lo he tirado esta mañana. —En dos pasos llegué hasta el paquete que había sobre la consola de la salida y se lo entregué.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, pero supongo que es de mis vecinos.

—Pero...

—Lo sé, tiene mi dirección, pero créeme, es de ellos. No he querido abrirlo. Daniel lo agitó con suavidad y, después de unos segundos, lo abrió.

Con curiosidad me acerqué a él todo lo que pude. Mis fosas nasales se llenaron del *after shave* que usaba. Fui consciente de que yo no podía oler ni la mitad de bien después de haber estado corriendo de un sitio a otro cargada con una caja que pesaba horrores. Me separé un poco con disimulo.

—¿Qué hay dentro?

—Hay un pasaporte, un documento nacional de identidad, una partida de nacimiento, documentos y una llave.

—Parece de puerta blindada ¿no?

—Sí, eso parece. Es posible que sea de algún otro piso patera.

—Y lo demás, quizás, es para las bodas concertadas. Algo de eso me comentó tu comisario.

Daniel asintió.

—Me lo llevaré todo a la central para que se investigue, aunque supongo que las identidades serán falsas.

Me arrepentí de no haberle entregado la carta, pero ya era tarde para lamentaciones. Y ni muerta pensaba decirle que la había roto.

—¿A qué has venido, Daniel?

Me miró con tanta intensidad que se me secó la boca de repente. Sus ojos verdes acentuaban el bronce intenso de su rostro.

—No lo sé —admitió—. Lo del otro día no debió pasar así. Me puse nervioso. Pocas veces he querido relacionar mi trabajo con mi vida privada.

—Es bastante difícil hacer eso, de no ser que seas Superman o Batman.

—Lo supongo —suspiró hondo—. Me gusta mucho estar contigo, Silvia.

—Debe de ser eso —contesté. Pasé a su lado en dirección al salón. Estaba complacida, pero a un mismo tiempo muy nerviosa. Él me siguió—: De otro modo no vendrías a... según tu comisario, ponerme en peligro.

—No tenía que haber venido, pero te debía la explicación que no quisiste escuchar por teléfono.

Abrí los ventanales y apenas se movió la delgada tela de la cortina con la brisa del exterior.

—No tenías por qué hacerlo, pero te lo agradezco, de verdad.

—Sí, aunque sigues enfadada conmigo.

Comprimí los labios con fuerza.

—Hubo un tiempo en que era más confiada con la gente. Ahora me tomo las cosas según me vienen y de ese modo todo me afecta mucho menos. No había esperado que reaccionases así al verme en la comisaría. —Me encogí de hombros tratando de fingir que ya no me importaba—. Me hiciste sentir mal, muy mal.

—Sí, no debió ser nada agradable para ti.

Lo miré, pensativa.

—Fue como... si de algún modo, todos pensarán que te estoy acosando — Aparté la vista de él, avergonzada—, y nada más lejos de la realidad. Iba contenta porque no tenía que denunciarte.

—Ya me dijo el comisario, y no sabes cómo te lo agradezco.

—Aunque por poco me retracto. Me quedé con las ganas, no creas.

Daniel se rascó la nuca con una sonrisa sencilla, pero de esas que a un tiempo arrasaban.

—Me alegro de que no seas vengativa.

Nerviosa y con las piernas temblando como un flan, me pasé la mano por el pelo, peinando unos pocos mechones.

—Bueno, Daniel, ya hemos hablado, ahora creo que deberías marcharte.

Él asintió con una expresión afectada.

—¿Quieres que me vaya ya?

—Supongo que es lo mejor, para no ponerme en peligro —le dije con retintín. No me tragaba del todo la excusa que me había dado.

Él se mordió el labio inferior, divertido.

—Sí, claro, tienes razón. Llámame si necesitas algo o alguien te molesta.

—Si lo dices por mis vecinos, no les tengo miedo, y tampoco voy a llamarte. No sé por qué tendría que hacerlo.

Daniel se acercó de repente y enredó su mano en mi cabello. La sorpresa no dejó que me moviese.

—Me gustaría seguir viéndote, Silvia.

Olvidada de respirar, le miré con labios temblorosos.

—Tu comisario ha dicho...

—Lo sé.

—Y tú has dicho que lleva razón —susurré en un hilo de voz.

El cuerpo de Daniel se pegó tanto al mío que podía notar los latidos de su corazón. Imaginaba que él también podía escuchar los míos y estos estaban desbocados como un caballo fuera de sí.

—Me deben unos días, podíamos salir algún fin de semana.

Me quedé paralizada, tanto por sus palabras como por su posición. Estaba tan sumamente cerca que no podía pensar.

—¿Me estás invitando?

Asintió.

—Me apetece mucho pasar unos días contigo. O si quieres podemos ir a cenar, a bailar... —Me pasé la lengua sobre los labios. Hacía tiempo había dejado de ser tan impulsiva. La última vez me había quedado embarazada—. Podemos ir el viernes a la sierra y venir el domingo. Allí tengo una casa y ahora se encuentra vacía —siguió diciendo con un tono de voz bajo y ronco, excitante.

Desde luego la oferta era muy tentadora. Tanto como la boca masculina que cada vez se acercaba más a la mía. Podía sentir su aliento de miel y su calidez. Nunca había visto tan de cerca a nadie, los labios sensuales con una pequeña hendidura en el centro, la nariz recta, los ojos verdes con pequeñas pintas negras. Era guapo el condenado.

—¿Tienes una casa en... la sierra?

Creí escucharle decir que sí, pero no podía estar muy segura porque atrapó mi boca con una dulzura sublime. O era posible que no me hubiese contestado, pero tampoco me importaba mucho mientras me dejaba saborear y saboreaba a mi vez los labios de Daniel. ¡¡¡Guauh!!! Eso sí que era un beso como los de las películas, o tal vez mucho mejor. Me aparté tras unos segundos y me tomé la libertad de respirar hondo.

—Tengo que pensármelo, Daniel.

—De acuerdo.

—Si me besas no me dejas hacerlo.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga? ¿Te llamo luego?

—Sí, sí, eso es mejor. O... mejor mañana.

—A Sharisse le vendría fenomenal salir de aquí. Y a ti también te vendría genial. Te despejarías un poco de todo esto, de la puerta, de tus vecinos...

—¡Acabamos de conocernos!

—Te estoy pidiendo que te vengas conmigo a pasar unos días fuera, no que te acuestes conmigo, ni que seas mi novia.

Me mordí el labio inferior.

—A lo mejor me siento obligada a acostarme contigo y no quiero sentirme así.

Él arqueó las cejas.

—Pues por mí estaría bien. —La boca se me abrió sola—. Estoy bromeando, Silvia.

—Me lo voy a pensar de todas maneras. No lo de acostarme contigo, sino lo del fin de semana. Ahora no me viene muy bien salir.

Frunció el ceño un poco descolocado. Era posible que no estuviese acostumbrado a recibir negativas.

—Si ahora no es el momento adecuado, ¿cuándo será? ¿Cuándo comiences a trabajar en septiembre?

Me froté las manos, despacio. ¿Me estaba sucediendo eso a mí? Era la primera vez que un hombre me invitaba a salir un fin de semana después de haber tenido una sola cita.

—Daniel, he tenido muchos gastos, de verdad. Hoy sin ir más lejos...

—No lo hagas por el dinero, Silvia.

—¿Cómo no voy a hacerlo? ¡Joder! Para mí es muy incómodo ir a cualquier sitio de gorra.

Daniel inspiró profundamente. Se notaba que él nunca había estado en una situación parecida.

—Hacemos una cosa. En otra ocasión eliges tú el lugar. ¿Qué dices?

Se me escapó una sonrisa. Era un obstinado y eso me gustaba.

—Tengo que pensarlo. Te prometo que te llamo con lo que sea.

—Y si no lo haces tú, lo hago yo. Me apetece mucho estar... contigo.

Noté arder las mejillas e imaginé que se encontraban al rojo vivo. Le eché de casa antes de que me convenciese.

Capítulo 8

Ir a la sierra era un chollo. Pero un chollo que no podía aceptar.

—¿Por qué? —me preguntó Inma, muy extrañada, después de contarle todo.

—Sé que crees que soy imbécil, pero no puedo ir. Tal vez si Sharisse no existiese lo pensaría, pero de este modo no quiero arriesgarme. Tú misma me dijiste que no me fiara de él.

—Eso fue el otro día. Ahora te digo que si no vas es porque eres tonta del bote. ¿Cómo puedes rechazar eso? Yo me iría con los ojos vendados.

—Tú no tienes una hija, Inma.

Me miró con una chispa de enfado y agitó la cabeza.

—De acuerdo, gracias por recordármelo.

En el acto me di cuenta de que había metido la pata hasta el fondo con ella. Inma estaba deseando tener una relación seria solo por tener un hijo. La habían aconsejado que se inseminase antes de que se le pasara el arroz y alcanzase cierta edad, pero ella no quería someterse a nada de eso y deseaba que fuera algo natural. Había salido con varios hombres, sin embargo, había terminado con todos ellos porque no le habían hecho el suficiente tilín como para embarazarse.

—Lo siento mucho, lo dije sin pensar. No es solo por Sharisse por quien no voy a ir, también es por mi familia. Bastante mal me llevo con ellos para que ahora crean que me voy con el primero que llega, nada menos que de fin de

semana.

—¿Por qué iban a enterarse?

—Porque siempre lo hacen. Debe de haber un topo en el portal. —Inma se echó a reír divertida, olvidada ya de su enojo—. Sí, tú ríete, pero te juro que no miento.

—¿Se han enterado de lo de los GEO?

—Ellos directamente no me han dicho nada, pero la vecina de mi madre me mandó un mensaje de WhatsApp diciendo que se había enterado y me preguntó que qué tal estaba.

—Qué fuerte, Silvia.

—Sí, tenían que haberme llamado ellos.

—¡No! Lo digo por lo del topo. Es cierto que tiene que haber alguno.

Afirmé con decisión.

—Voy a llamar a Daniel y le voy a decir que no voy.

Inma se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. De momento te tocará seguir moviendo el mueble hasta la puerta todas las noches, y sobre todo dormir con pijama. Qué incomodidad pudiendo evitar todo esto durante un largo fin de semana.

—¡Es que no es tan fácil como lo pintas!

Inma no me contestó, y me sentó peor que si lo hubiese hecho. Por más que yo lo quisiera no podía permitirme ser una irresponsable.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí.

—Un café y así pruebo tu nuevo microondas.

—La puerta, el microondas ¿Qué será lo próximo?

—¿Buscarte un trabajo más renumerado? O mejor, un marido. Alguien como Daniel González, jefe de la 10ª.

Mucho más tarde, ya casi de madrugada, las paredes del apartamento

comenzaron a retumbar con una música atronadora. Prácticamente me desperté en el mismo instante que comenzó todo y corrí al comedor a encender las luces. Al principio pensé que otra vez volvían a entrar en casa los policías, sin embargo, al cabo de unos minutos me di cuenta de que se trataba de una fiesta que estaban dando los vecinos. Precisamente los africanos.

Me sentí invadida por la furia y la impotencia, aunque tampoco era la única. Por los balcones algunos vecinos gritaban para que parasen la música y otros, los más valientes, fueron directos al timbre a llamarles la atención.

Estuve mirando por la mirilla —la de abajo—. En el rellano se habían congregado un montón de personas. Pero ninguno de los africanos abrió la puerta. Yo tampoco lo hice, porque con mi suerte de mierda alguien me hubiera dicho que llamase a la policía y ya estaba tan harta de todo, que pasaba de meterme en movidas ni problemas.

Inma me llamó por teléfono por si acaso no me estaba enterando. Le contesté que Sharisse dormía y que yo me había tomado un tranquilizante. Como no me apetecía que bajase le dije también que me iba a tomar un baño con sales. Pero de golpe y porrazo se fue toda la luz en las viviendas y la música dejó de sonar. Me alegré. Busqué la linterna en el cajón de la cocina y me disponía a meterme de nuevo en la cama cuando escuché que los africanos abrían su puerta y salían al rellano.

Volví a mirar por la mirilla creyendo que con la oscuridad no iba a ver nada, sin embargo, observé a un montón de gente alumbrándose con los teléfonos móviles. Había al menos siete u ocho hombres que fueron directos a abrir la caja de electricidad colocada al lado del ascensor. Por suerte llegaron los otros vecinos, que venían del cuarto de contadores, diciéndoles que no podían tocar ningún cable. Se armó un buen escándalo hasta que llegó la policía. Los africanos culparon a los otros de haber cortado la luz y los agentes les dieron la razón, de modo que la corriente volvió y la música continuó, aunque esta vez de un modo un poco más moderado.

El resto de la noche la pasé dando vueltas a la idea de irme con Daniel. Y total, él era un partido excepcional. Me gustaba, tenía un cuerpo maravilloso y dinero. Se notaba que había chispa entre nosotros y tampoco era tan importante que me enamorase de él. Podía intentar ligarme al GEO.

Capítulo 9

Daniel se anotó un tanto en su marcador privado. Convencer a Silvia de acompañarle a su casa de la sierra había sido más fácil de lo que había imaginado.

El viernes, después de que Lucas le desease buena suerte, se marchó a su apartamento a preparar una pequeña maleta. Mientras sacaba la ropa de la cómoda de caoba, se quedó unos minutos pensando. ¿Tan bajo había caído para hacer que alguien testificase? Sabía que la detención de Osvaldo al final había sido un éxito y había desmantelado a una banda de traficantes, pero también era consciente de que para retenerlo del todo necesitaba la declaración de Silvia diciendo que los había visto tirar esos documentos al jardín. Esa detención haría que los demás departamentos se olvidarán del error de haber asaltado la casa equivocada. Lo tenía decidido. Nunca había sido su intención utilizar a nadie y jamás lo había hecho, sin embargo, esa vez lo necesitaba.

Un poco más tarde fue a visitar a sus padres para advertirles de que iba a estar fuera unos días. No era extraño en él que hiciese escapadas en solitario. Amaba la naturaleza, la montaña, el sol, el agua y, sobre todo, volar en parapente. Cuando se hallaba planeando sobre los prados y las cercas de piedra, buscando las corrientes de aire que le ascendían más alto y rápido, se sentía libre y grande; se sentía el amo.

A las cuatro llegó a casa de Silvia. Subió para ayudarla con las maletas y

nada más abrir la puerta, ella se abalanzó a sus brazos y le dio un beso en los labios. No estaba acostumbrado a que una mujer fuese tan directa. No es que las demás con las que había estado fueran conquistas difíciles, pero Silvia le sorprendió. Aun así, él no se hizo de rogar y la aprisionó entre sus brazos. Saboreó sus labios e indagó en el interior de su boca en busca de su lengua. Era dulce, caliente... Silvia gimió y él se apartó de ella con gentileza. Se enfadó consigo mismo. Debía estar satisfecho, en cambio no era así. Se recordó que solo llevaba a cabo un plan con Silvia. Y ese plan no consistía en arruinar su vida con una viuda que tenía una hija. Su vida y su carrera. Las mujeres como Silvia no solo eran atractivas, si no que eran muy inteligentes y acaparadoras. No precisamente de las que se quedaban en casa un domingo mientras su marido estaba en una redada o deteniendo criminales. Y si no la hubiera besado, no se sentiría tan abrumado en esos momentos.

Por el rabillo del ojo vio a la pequeña Sharisse sentada en el carro, jugando con un peluche azul.

—Lo siento, no era mi intención echarme sobre ti de esta manera —se disculpó ella con suavidad.

Daniel disimuló su incomodidad.

—Yo no lo siento. Me gusta mucho ese recibimiento.

Ella respiró hondo y sonrió. Sus mejillas estaban sonrosadas. Vestía una camiseta de tirantes blanca con un fino encaje en el escote en forma de corazón, y una falda larga y vaporosa hasta los tobillos. Remataba la vestimenta con unas sandalias que le hacían unos pies preciosos. Tenía las uñas pintadas de plata. Notó el nerviosismo y la incertidumbre en ella.

—¿Estás segura de que quieres venir o te estás arrepintiendo? —Los ojos azules se dilataron de una manera muy bonita y Daniel se echó a reír—. No hace falta que contestes. Si estás lista, nos vamos.

—Quiero que sepas que no suelo irme con el primero que me lo pide.

—Yo tampoco voy invitando a cualquiera a mi casa. —Con dulzura le acarició la mejilla y cogió su mentón con delicadeza. Le dio un beso rápido y

con una sonrisa dijo: —: Pero si no nos damos prisa vamos a coger tráfico.

Silvia asintió. Entre los dos metieron el equipaje en el coche. Una vez que colocaron a Sharisse, se acomodaron.

—Me has dicho que la casa está en la sierra ¿Pero exactamente dónde? — preguntó ella con una voz que le hizo estremecerse.

—En Ávila. —Arrancó el coche, obligándose a quitar los ojos de encima de ella—. ¿Lo conoces?

—Sí. He ido de acampada bastantes veces por la provincia. Tiene unos paisajes preciosos.

Daniel volvió a mirarla y recorrió los delgados hombros. Ella tenía la piel erizada del chorro del aire acondicionado. Volvió a apartar la vista.

—Habrás llevado alguna manga larga ¿No? Por las noches suele refrescar.

—Sí, como dijiste que íbamos a la sierra me lo imaginaba.

—Es un lugar muy bonito cerca de un pinar y una laguna preciosa.

—¿Por qué no te has ido de vacaciones, Daniel? ¿O ya has salido?

Él miró por el retrovisor antes de incorporarse a la autovía. No comprendía cómo ella lo ponía tan nervioso. Tal vez era su voz cálida o la manera en que se machacaba el labio inferior, o su perfume... Aspiró hondo.

—Me gusta cogerlas en septiembre. Es uno de mis meses preferidos. Sigue haciendo calor, aunque no tanto. Y por supuesto hay mucha menos gente que en agosto o julio.

—Eres de los que huyen de las aglomeraciones.

—Huir es una palabra muy profunda. Me agobio pocas veces.

—Ah. ¿Y dónde sueles ir?

—A Ibiza. Me gusta bucear.

Ella se mordió el labio inferior y hizo una mueca admirativa con la cabeza. Una reacción a la que estaba acostumbrado. Muchas de sus amigas, entre comillas, siempre le buscaban con la intención de que las invitase. Sin embargo, era verdad que no solía llevar a nadie a ninguna de sus propiedades.

—Apuesto a que tienes barco.

Él asintió.

—Una embarcación pequeña.

—Vaya —murmuró—. Eres un tipo afortunado.

Daniel se encogió de hombros y se acomodó mejor en su asiento.

—Digamos que sí. ¿Has ido alguna vez a Ibiza?

—Sí. Estuve dos veranos en el mismo hotel. Otro, en Lanzarote y luego por la Costa del Sol y la zona de Levante.

Daniel había esperado que le dijese que no conocía muchos lugares y le dio rabia su respuesta, aunque no entendía por qué.

—Es verdad, fuiste monitora y socorrista. ¿No te gustaba tu trabajo? ¿Es por eso por lo que lo dejaste?

Ella suspiró con pesar.

—Me gustaba mucho y lo pasaba genial.

—¿Qué ocurrió?

—Conocí a Joaquín, me casé, tuve a Sharisse... y me cambió la vida de la noche a la mañana.

Daniel la miró de reojo. Ella tenía los ojos clavados al frente, abstraída.

—¿Te arrepientes?

—Mi hija es lo que más quiero en este mundo.

—No te he preguntado eso.

Ella se volvió a él con una sonrisa traviesa y Daniel supo que iba a cortar ese tema en aquel momento.

—Unos se casan por la iglesia y otros por idiotas.

—¿Y tú eres de las primeras o de las segundas?

—Supongo que de las segundas. ¿Has tenido novia?

Como había imaginado, Silvia se fue por otros derroteros.

—Solo amigas.

—¿Con derecho a roce?

Daniel soltó una carcajada y asintió. Esa espontaneidad era lo que más le gustaba de ella; como cuando le preguntó si era gay.

—Sí, nada serio. Mi trabajo es lo más importante para mí y por lo que he luchado siempre. No me ha parecido correcto tener novia o prometida porque no merecería que la dejase sola en los momentos importantes.

—Pero supongo que eso es algo que también debería decidir ella.

—Bueno, tampoco me lo he planteado nunca. Pero desde luego es para pensárselo, ¿no?

Ella abrió la boca para contestar, pero Sharisse comenzó a aburrirse y lanzó su juguete varias veces al suelo. Silvia intentó entretenerla y terminó pasando al asiento de atrás junto a ella.

Capítulo 10

Sharisse se quedó dormida unos diez minutos antes de que Daniel desviase el coche por un camino de tierra bordeado de frondosos árboles. El lugar era espectacular. Naturaleza en estado puro.

—Dejamos el equipaje en casa y salimos a comprar al súper. Es seguro que en el arcón congelador hay algo, pero necesitaremos leche y esas cosas. O también podemos hacer una lista y me acerco yo en un momento mientras tú y la niña os vais instalando.

—Me da igual. Lo que tú quieras —dije. Se me hacía raro que, sin conocerme bien, me dejase estar sola en su casa. Menos mal que yo no era ninguna ladrona. Aunque por otro lado tampoco se me iba a ocurrir robar a un poli. O... ¿Era posible que él no quisiera que nos vieran juntos en el supermercado? Existía un refrán que decía: piensa mal y acertarás. Y yo solía regirme por todos los refranes.

Cruzamos un antiguo puente de piedra, y al doblar un recodo apareció la casa. Era un edificio de dos plantas con terrazas sustentadas por columnas que rodeaban toda la planta alta. El tejado era de pizarra negra y la fachada de piedras. En la parte delantera había una pequeña plazoleta para estacionar los coches. Era la característica vivienda con la que yo había soñado muchas veces. Muy parecida a las que bordeaban la carretera de Guadarrama ascendiendo el puerto de Los Leones.

Definitivamente Daniel era rico. Pero para mi decepción no buscaba nada

serio con nadie. Él mismo lo había dicho y le agradecía su sinceridad, no obstante, en el fondo de mí, tenía esperanzas de que llegásemos a algo. Estaba dispuesta a intentarlo todo, y desde luego no era por su dinero. Me parecía realmente sexi y tenía una forma de mirarme que me hacía sentir la mujer más importante, y por qué no, femenina del mundo.

—He estado pensado que estuviste muy poco tiempo casada —me dijo, pillándome de sopetón. Él quería saber de mí y yo no estaba segura de querer contarle nada. Al menos, todavía.

—Bueno, mi marido y yo fuimos felices durante meses. Luego nos conocimos.

Daniel detuvo el coche y me miró sobre el hombro.

—Vale, no quieres hablar de ello. Me queda claro.

—No me siento cómoda haciéndolo. —Suspiré con fuerza y abrí la puerta—. Estoy deseando estirar las piernas.

En el momento que yo salí, Sharisse abrió los ojos y gritó para que la sacase también. La cogí en brazos y observé la casa, admirada. Era una construcción muy bonita con contraventanas de madera.

—Esto está un poco apartado de todo ¿no? —pregunté curiosa, observando a mi alrededor. La típica cabaña chula que aparecía en las películas en medio de un bosque. Después descubrí que desde las habitaciones de la planta de arriba el paisaje era aún mejor al ver grandes montañas de fondo.

—Para ir andando sí, pero en coche, el pueblo más cercano está a unos diez minutos. No es muy grande, pero tiene restaurantes, un par de supermercados, farmacia, algunas tiendas y sobre todo disco-bares. En esta época se pone hasta el culo, en cambio en invierno apenas hay nadie. —Empezó a sacar las maletas para poder coger el carro de Sharisse, que lo había metido abajo del todo—. También hay urgencias, aunque para las cosas graves te derivan a la ciudad.

—Espero no tener que conocerlas. —Coloqué a Sharisse en su silla y me apresuré a ayudar a Daniel. No quería que pensara que yo era de las que no

colaboraban y se quedaban de brazos cruzados.

Entramos en la casa y él abrió las contraventanas y las ventanas de la planta baja para que se airease. Observé que no había polvo, por lo que adiviné que hasta hacía poco tiempo había gente allí.

—¿Vienes muy a menudo?

—Siempre que puedo. Mis padres estuvieron hace poco.

—¿Ellos vienen más?

—Lo hacen de vez en cuando. Antes mucho, pero mi madre prefiere Ibiza y tostarse como un trozo de pan chamuscado.

—Yo también preferiría la playa.

—¿Sí?

—Estos sitios me encantan y para relajarme unos días están muy bien, pero la verdad es que luego termino aburriéndome como una ostra. Soy culo de mal asiento.

Daniel soltó una carcajada y me guio a la planta de arriba. Allí, a medida que iba mostrándome la casa, iba abriendo las ventanas.

—Sharisse puede dormir aquí. —Me mostró un dormitorio grande de paredes lisas y blancas. La ventana tenía mosquitera y la cubría una cortina sencilla. Había espacio suficiente para montar la cuna de viaje—. Tú puedes dormir en la de al lado, así estarás cerca. —Era una muy similar. Tenía una cama grande con dos mesillas y armario empotrado con puertas de madera de roble—. El baño está en frente, y mi habitación es la contigua.

—¿Coincides mucho aquí con tus padres?

—No, casi nunca.

Bajamos de nuevo a la cocina. Estaba amueblada de manera muy moderna con todos los electrodomésticos que debe haber en una cocina, y más. Dos hornos, dos fregaderos, cocina de gas de seis fuegos...

—¿Os juntáis muchos aquí? —le pregunté curiosa.

—A mis padres les gusta hacer reuniones.

—¿Tienes hermanos?

—Dos hermanas y bastantes primos y tíos. Estamos muy unidos.

—¡Vaya! Eres un chico familiar.

—La verdad es que se podría decir que sí.

Eso también me gustó porque Joaquín siempre había sido alérgico a la familia.

Daniel buscó papel y bolígrafo para hacer la lista de la compra y nos sentamos en los taburetes altos que estaban junto a la isla. La encimera de mármol estaba fría y me di cuenta de que el ambiente en general no era tan agobiante como en Madrid.

—Creo que Sharisse y yo iremos contigo. No me apetece quedarme sola en una casa tan grande.

—Como quieras, pero este sitio es bastante seguro.

—No digo que no, aunque prefiero ir.

Daniel no me respondió, en cambio comenzó a decir en voz alta lo que necesitábamos: leche, pan, fruta, verdura...

No insistió en que me quedase, de modo que fuimos los tres al supermercado del pueblo. Me sorprendió el lugar por lo pintoresco: casas con chimeneas, placitas donde personas mayores estaban sentadas a la sombra mientras los niños jugaban o toqueteaban sus móviles, tiendas de ultramarinos, montón de bares decorados de un modo rústico...

Daniel aparcó el coche en una calle empedrada bastante estrecha.

—Si no te importa voy a pasar primero a saludar a mi primo. Está en esta misma calle, pero más arriba. Sería imposible pasar con el coche porque en esta época es complicado encontrar sitio. ¿Te apetece?

—Me da igual —le respondí.

—Será solo un poco. Nos tomamos una cerveza y nos vamos. —Salimos del coche y Daniel cogió a Sharisse en brazos—. Tiene una taberna. Seguro que te gusta.

—Vale, estoy seca.

La tasca estaba en la plaza principal del pueblo y era bastante grande, con

una terraza situada bajo un soportal con arcos de piedras y con algunas mesas con sombrillas. En el centro de la plaza había una fuente redonda bastante antigua rodeada de bancos, todos ocupados. Los demás edificios eran el ayuntamiento, un estanco, un par de restaurantes y un establecimiento de frutos secos de esos que habían dejado de existir en la ciudad.

El primo de Daniel me pareció un hombre más mayor que él, aunque más tarde me dijo que apenas se llevaban unos meses de diferencia, sin embargo, estaba más curtido por el sol y su piel dorada, más arrugada y seca. También tenía una importante barriga y en lo poco que le vi, supe que le gustaba más beber cubatas que a un pájaro el alpiste.

Más tarde, después de que yo me tomara dos cervezas y Daniel dos coca-colas, regresamos al coche y por fin llegamos al supermercado. El aparcamiento estaba lleno de gente y coches.

—¿Por eso no hay nadie en Madrid! Está todo el mundo aquí.

Daniel se echó a reír.

—Seguro que sí. Cada año viene más gente.

—¿Por qué? ¿Qué tiene este pueblo que no tengan los demás?

Él me señaló el cielo. Al principio no lo entendí porque no veía nada, pero una vez que saqué la cabeza por la ventanilla me fijé en todos los puntos que sobrevolaban el cielo.

—¿Son alas deltas? —Le pregunté asombrada. Nunca había visto a tantos juntos. Eran como puntos en el firmamento, de colores diferentes, yendo de un lado a otro.

—Y parapentes —respondió.

Por suerte, en ese momento encontramos un lugar y pudimos dejar el coche.

—Debe de ser chulo poder volar.

—Lo es —dijo—. A mí me encanta hacerlo. Si te apetece puedo conseguir un biplaza.

La verdad es que no me resultó difícil imaginar a Daniel volando. Era de esas personas que tenían pinta de ser capaces de hacer muchos deportes de

riesgo.

—Tengo que pensarlo porque supongo que morir es como dormir, pero sin levantarse a hacer pis.

Daniel empezó a reírse tan fuerte que la gente volvía la cabeza para mirarnos.

—Me troncho contigo, Silvia, tienes unas respuestas de lo más ingeniosas. Yo pensaba que eso era cosa de tu vecina.

Agité la cabeza con una sonrisa.

—No sé yo quién se lo ha pegado a quién.

Daniel llenó el carro de la compra mientras Sharisse y yo cotilleábamos en la sección de caza. Había cosas muy molonas que no había visto nunca y también unos prismáticos tan buenos, que en cuanto miré a través de ellos, descubrí a Daniel viniendo por el pasillo. Para ser sincera la imagen era bastante nítida y limpia, pero a un mismo tiempo, demasiado lejana.

—¿Te gustan? —preguntó cuando estuvo lo bastante cerca para que lo escuchase.

—Son originales, y tan pequeños que no pesan nada. Lo único es que... no sé, se ve fenomenal, pero tengo la sensación de que hay que regularlos. —Le vi hacer una mueca extraña; entre graciosa y reprimida—. ¿Qué?

Él miró alrededor. En ese momento no había mucha gente por allí, solo un padre con su hijo, una abuelita con su esposo y dos chicos jóvenes de unos quince o dieciséis años que no me quitaban los ojos de encima.

—Silvia, te lo estás poniendo del revés.

Noté cómo mis mejillas ardían. ¡No me lo podía creer! ¿Cómo no me había dado cuenta al ver que todo se observaba más lejos? Solté una carcajada que me salió tan natural que mentalmente me aplaudí.

—¡Lo estaba haciendo aposta!

Escuché reír a los chicos jóvenes, pero no los quise mirar por la vergüenza. Daniel también reía. Me quitó los prismáticos, los dio la vuelta y me los tendió de nuevo.

—Prueba ahora. —Claro, no había ni punto de comparación. Tenía la sensación de tocar el fondo del pasillo con solo estirar la mano—. ¿Qué tal?

Los aparté de los ojos y lo miré.

—Pues ahora me parecen igual que todos los demás. Del revés eran más originales.

Él los colocó en su sitio y me hizo una señal para que anduviésemos hacia las cajas registradoras.

—Desde luego, Sharisse no se debe aburrir contigo.

—¡Hombre, claro que no! Ella debe pensar que soy una loca. Cuando come le digo que es un avión y es una cuchara con puré.

Capítulo 11

Sharisse estaba cansada y en cuanto la dejé en su cuna se quedó dormida al instante. Bajé al salón. Daniel estaba sentado cerca de una librería bastante surtida. Su presencia en cualquier habitación no pasaba desapercibida. Su físico, así como su atractivo rostro, era impresionante.

Me acerqué lo suficiente como para oler su perfume varonil. Sabía que iba a acostarme con él. Lo estaba deseando y de solo pensarlo sentía cosquillas en partes de mi cuerpo que no tenía constancia de que existían.

—¿Te apetece una crema de chocolate? —me preguntó levantándose del sitio. Cogió una copa grande que ya tenía preparada con hielo y me la entregó con una sonrisa traviesa—. Te va a gustar.

Le di un sorbo pequeño y me deleité con su sabor.

—¡Muy buena! Es como la de *whisky*, pero más rica.

—Ven, vamos a salir un poco al porche. Quizá deberías ponerte una chaqueta.

—De momento, estoy bien.

Él asintió y extendió el brazo para tomarme del hombro. Sentí un escalofrío que comenzó en la parte baja de la espalda y subió justo hasta la nuca, donde los pelillos más cortos se me erizaron. Daniel no se dio cuenta de mi reacción. ¡Menos mal! Hubiera pensado que estaba más salida que el pico de una mesa.

Juntos caminamos a la terraza vallada y nos sentamos en un sofá de mimbre

con mullidos cojines en color granate. Los suelos eran amplios tablones de madera firme.

—Este sitio está genial —dije, nerviosa.

—¿Te gusta?

—Sí, aunque yo no podría vivir en un sitio así mucho tiempo. Los lugares tan solitarios terminan por hartarme. Puedo pasar como mucho una semana, luego comienzo a echar de menos la civilización.

Daniel sonrió.

—No es nada aburrido cuando conoces su gente, sus paisajes...Yo, cuando era pequeño, venía los tres meses de verano seguidos y lo pasaba fantástico. Me cogía la bicicleta y no aparecía por casa nada más que para comer y dormir.

—¿Y cuando te hiciste adulto?

—Vengo a menudo a volar. Me escapo todos los fines de semana que puedo y que el tiempo lo permite.

—¿Tienes aquí muchos amigos?

—Tengo alguno, pero son más compañeros de vuelo. Charlamos y a veces nos tomamos algo o celebramos alguna cena especial, pero en realidad lo que nos une es una única afición.

—El parapente.

Más allá del porche todo lo engullía una espesa oscuridad y un silencio aplastante. No corría el aire, pero el ambiente era de necesitar una manga larga.

—Aparte de tu vecina, la de arriba, ¿tienes alguna amiga con la que sigues saliendo?

—Apenas salgo desde que nació Sharisse, pero sí, tengo una amiga con la que tengo mucho contacto. Se llama Natalia y fuimos juntas al colegio. Se ha ido de vacaciones a Londres porque tiene familia allí, pero espero que no tarde mucho en venir. —Le di un buen trago a la crema de chocolate por dos razones importantes. La primera era porque estaba buenísima y pasaba

fenomenal por la garganta, la segunda porque el alcohol me hacía entrar en calor. ¡Con lo fácil que hubiese sido subir a por la chaqueta! pero no, en mi cabezonería no lo hice.

Y por consiguiente he de decir que esa noche entre Daniel y yo no pasó nada. Acabé emborrachándome y así, como entre brumas, recuerdo que me acompañó hasta el dormitorio y que cerró la puerta después de despedirse de mí. Creo que era la primera vez que conocía a alguien tan sumamente caballeroso, pero no sé si eso me terminaba de gustar mucho.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano, maldiciéndome por lo ocurrido. Sentía inquietud de saber lo que él podía pensar de mí. Por lo menos recordaba todo lo que había sucedido y sabía que yo no había hablado más de la cuenta ni había hecho el ridículo.

Me duché y me puse uno de mis vaporosos vestidos. Bajé a la cocina y preparé un desayuno a base de café, zumo de naranja y tostadas con mantequilla y mermelada. Yo solía tomarme solo el café, y por tomar algo, porque nunca había sentido hambre a esas horas. Prefería esperar a media mañana para comer.

Sharisse me llamó desde su dormitorio y subí a buscarla para que no despertase a Daniel. Me pareció muy raro que un tipo como él no se levantara más pronto, pero pensé que quizá estaba demasiado cansado del viaje y de acostarse tan tarde.

Estaba en la cocina, dando la papilla a la niña, cuando se abrió la puerta principal de casa y entró él, secándose el cuello con una toalla al tiempo que bebía agua de una botella de plástico. Me dejó con la boca abierta... hasta que reaccioné.

—Buenos días —le dije, sorprendida—. ¡Creí que aún estabas en la habitación!

—Salí a correr con la fresca.

—¿Con qué fresca? ¡No me digas que es alguna vecina o amiga! ¿Es guapa?

Daniel se encogió de hombros, con burla.

—Aquí no tengo de eso, aunque en el pueblo la panadera es lo que más se le parece. Cada día me cobra una cosa distinta por la misma cantidad de pan.

—¿De verdad? ¿Y no le dices nada?

—Sí. Le digo: Concha, eres una fresca.

Solté una carcajada y continué dándole la papilla a Sharisse. Después de todo, él no era tan serio como parecía y tenía su sentido del humor.

—Hay café y tostadas, por si te apetece algo —señalé.

Daniel enarcó una ceja y asintió.

—Voy a subir a darme una ducha y bajo enseguida. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Por primera vez en este verano me cubro con una colcha para dormir. Debería hacer esta temperatura todo el año.

—Este clima es maravilloso. ¿Y la cabeza? ¿No te duele?

Lo miré con guasa.

—Si me preguntas por la resaca te diré que no tengo. Esa crema de chocolate está de vicio.

—Estaba. Como no salgamos a comprar otra botella me temo que no tenemos más.

—Pues prefiero comprar unos pasteles que no lleven alcohol. Sería muy bochornoso para mí emborracharme dos días seguidos.

Daniel me guiñó un ojo con desenfado. Vestía un pantalón fino de deporte y una camiseta negra sin mangas. Su cabello estaba revuelto y húmedo. Su cuerpo escultural me ponía a cien por hora.

—Pues déjame decirte que estabas muy graciosa anoche.

—¿Por qué? ¿Acaso te conté un chiste y te caíste de la cama?

—Podía haber pasado.

—¿Ah sí? —pregunté, preocupada—. Debe de ser que el alcohol, como la marihuana, causa amnesia y otras cosas que no recuerdo.

Las comisuras de la boca de Daniel se levantaron en un gesto de burla.

—¿Sabes que cuando bebes, no haces más que lamerte todo el tiempo el

labio inferior? Te pones muy sexi.

—¡Venga ya! —No sé si me pondría sexi o no, lo que estaba claro es que en ese momento debía de estar colorada como un tomate—. Dúchate antes de que me digas cualquier otra tontería.

Daniel obedeció y se marchó entre risas. De un modo inconsciente me pasé la lengua sobre el labio. Me dije que quizá tenía que hacerlo más a menudo. No lo de beber, si no lo del labio.

Cuando él bajó se sentó a mi lado en la isla de la cocina y se sirvió un café sin leche y sin azúcar. Eso tenía que estar más amargo que un político tras perder las elecciones, sin embargo, él lo tomó como si nada. La tostada la comió sin mantequilla y sin mermelada.

—¿Llevas dieta? —le pregunté, curiosa.

—No. Comí fruta cuando me levanté y ahora no tengo hambre, pero de aquí a un rato, que es la hora del vermut, me como algún pincho o algo.

—Ah, es que pensaba que hacías dieta.

—Hago mucho deporte y entre diario no te creas que como muy bien, de no ser que vaya a casa de mi madre, que me ceba.

—Es que las madres son así. Por mucho que les digas que no te sigan sirviendo, que no quieres más, ellas no hacen ni caso. Son como el eco, que siempre dicen la última palabra.

—Ya te digo. —Daniel se había cambiado de ropa y esa vez vestía en tonos claros, lo que hacía que su pelo contrastara de una manera muy bonita con su camiseta blanca de Nike—. Si conocieses a mi madre sabrías que ella se lleva la palma.

Ansié conocerla.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunté.

—He pensado que podíamos ir a la laguna a nadar.

La idea era estupenda y en poco tiempo estuvimos preparados para marcharnos. Daniel decía que no estaba muy lejos, pero de todos modos nos llevamos el coche para cargar con una nevera con hielo, bebidas y fruta.

El sitio era maravilloso. La laguna estaba en una especie de valle rodeada de altas paredes de rocas y árboles. Las aguas se apreciaban verdes por el reflejo del follaje y de vez en cuando se veían las caritas de los peces cuando asomaban en busca de insectos.

—Hemos sido los primeros en llegar, pero de aquí a un rato, la gente del pueblo sube a bañarse. Si quieres nos quedamos en este llano para extender una manta y que Sharisse no se caiga.

Miré embobada hacia Daniel.

—¿Quieres ser padre?

—Nunca lo he pensado —respondió, mirándome, repentinamente serio—, pero supongo que sí me gustaría, algún día. —Se sentó sobre una piedra y se revolvió el cabello—. ¿Cómo te apañaste cuando Sharisse nació?

—Al principio, con mucho miedo. Ella era muy pequeña y yo demasiado novata. En realidad, no me había planteado ser madre hasta que pasó. Cuando ella llegó me robó el corazón. Cada dos por tres dejaba todo lo que estaba haciendo solo para acercarme a verla y comprobar que respiraba. Me asustaba incluso cuando cagaba y se ponía colorada.

Daniel rio.

—¿La criaste tu sola? —Sacudió una manta gris y la tendió sobre la hierba.

—Sí.

—Fuiste muy valiente.

Me encogí de hombros. Coloqué a Sharisse sobre la manta y le di uno de sus juguetes. Agité la cabeza:

—No pensaba si era valiente o no. Solo sé que tenía que hacerlo por ella. —Me quité el vestido. No estaba muy bronceada pero tampoco estaba blanca como en invierno. Llevaba un bikini rojo que me quedaba fenomenal. Daniel se levantó muy rápido y me señaló la espalda—. ¿Llevas un tatuaje? ¿Me lo enseñas?

Orgullosa, se lo mostré. En realidad, eran unas perlas negras que bajaban desde la nuca hasta la parte baja de la cintura, recorriendo la columna

vertebral, y me rodeaban las caderas.

—¿Te gusta?

—Es muy sensual —respondió, siguiendo las perlas de la columna con un dedo. Fue una caricia muy sutil, pero me hizo estremecer muy fuerte—. ¿Quieres algo de beber?

Asentí y le sonreí tratando de disimular que solo ese roce me había excitado, pero él se había dado la vuelta para buscar en la nevera.

—Una gaseosa. —Sacó las bebidas—. ¿Te importa si me doy antes un remojón?

Capítulo 12

Le encantaba Silvia. Admiraba su carácter jovial y alegre a un tiempo y el punto de timidez que desprendía. Pero también era demasiado inteligente como para que quisiera emborracharla por segunda vez. No se sentía muy contento por ello. Mientras algunos hacían eso para llevarse a la tía buenorra a la cama, él lo hacía para todo lo contrario. Sería un estúpido si dijese que no se quería acostar con ella. Silvia tenía unas curvas capaces de arrastrarle a la lujuria; unos andares que hacían temblar la tierra y unos contoneos que la misma Marilyn Monroe envidiaría. Pero él no podía dejar de pensar que estaba utilizándola, que en una situación normal jamás se le habría ocurrido fijarse en ella teniendo a Sharisse, que los únicos hijos que querría serían los suyos propios y no los de otro tipo que ni conocía, y que sabía que no iba a conocer nunca.

La vio salir de la laguna retorciéndose el cabello para escurrirse el agua. Sus piernas eran largas y torneadas, su vientre liso y ligeramente hundido.

—¿No te bañas, Daniel?

Levantó la mirada hacia la de ella y, por unos segundos, se perdió en sus ojos azules.

—¿Está fría?

—Bastante, pero una vez que te metes ni lo notas. —Silvia se agachó a coger una toalla y buscó un sitio por donde el sol pasaba entre las ramas de los árboles. Se frotó los hombros y los brazos enérgicamente—. Me gusta

este lugar. Tiene un paisaje muy hermoso y tranquilo, como si fuese una postal.

Daniel se levantó con la botella de gaseosa y caminó hasta ella para entregársela.

—Esta mañana he estado hablando con mi jefe.

—¿Con el comisario? —él asintió—. ¿No le habrás dicho que estamos juntos?

—No tengo la costumbre de decirle con quién me voy, ni dónde.

—Ah, ¿y qué quería?

—Sigue trabajando sobre el caso de tu vecino Osvaldo. Al parecer no va a poder acusarle de mucho y eso le preocupa. Es posible que pronto regrese a su casa.

Silvia abrió el tapón de la botella y lo miró fijamente.

—¿No podéis hacer nada con todos los papeles que encontrasteis en el jardín?

Daniel se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Estaban en la calle y cualquiera podría haberlos tirado.

—¡Pero fueron ellos!

Daniel asintió. Ella bebió un largo trago. Varias gotas de gaseosa cayeron por la comisura de su boca. Daniel las siguió con la vista hasta que ella las arrastró con la mano.

—Un buen abogado nos quitaría la razón. —Agitó la cabeza—. Será mejor que hablemos de otra cosa. No merece la pena perder el tiempo en ese tipo de gentuza, y a mí me pone de mal humor.

Silvia reclinó la cabeza hacía un lado con un suspiro frustrado.

—Pero seguro que hay gente que los vio tirarlos. Inma y yo lo vimos.

La garganta de Daniel se quedó seca de repente. ¿Podía ser tan fácil? Sacudió la cabeza. Tenía que esperar. Ella no podía darse cuenta de que todo estaba planeado.

—Es posible que buscar algún testigo sea el próximo paso que den. Voy a darme un baño antes de que esto se llene de gente. —Daniel apenas dio dos pasos en la laguna y se lanzó de cabeza.

Con una sonrisa bobalicona, Silvia se sentó junto a su hija y jugó con ella mientras miraba de extranjis al hombre.

Poco después, cuando ambos charlaban sobre la manta, comenzó a llegar gente que fue cogiendo sitio y extendiendo toallas. Casi todos los que pasaron a su lado se pararon a saludar a Daniel y, de paso, enterarse de quién era la bonita rubia que lo acompañaba.

—Por lo que veo os conocéis todos —dijo ella en un momento que se quedaron solos.

—No es un pueblo tan grande —asintió—. Si quieres volver a darte un chapuzón deberías hacerlo ahora, así luego nos podemos ir a comer a casa y no pillamos todo el atasco que todos estos pueblerinos son capaces de formar. Silvia sonrió.

—Por mí, nos vamos ya. Creo que he tenido suficiente baño.

Daniel se incorporó y la ayudó a levantarse de la manta.

—Si quieres podemos venir mañana un rato.

—¿A qué hora regresamos a Madrid?

Él se encogió de hombros.

—No sé, cuando quieras. ¿Tienes prisa?

Silvia negó.

—Ninguna. La que tú tengas, pues eres a quien le toca ir el lunes a currar.

Ambos se vistieron sobre los bañadores, que ya se habían secado, y recogieron el campamento. Una bonita muchacha morena de cabellos cortos y rizados se acercó a Daniel con una sonrisa traviesa.

—¡No sabía que habías venido, Dani!

—¡Cristina! —exclamó él. Se besaron en las mejillas—. Yo tampoco sabía que estabas aquí. ¿Llevas mucho tiempo?

—Desde primeros de agosto. ¿Tú estás de vacaciones?

—No, he venido a pasar el fin de semana. —Daniel se dio cuenta de que Silvia los miraba con una sonrisa amable—. Cristina, deja que te presente a una amiga, ella es Silvia. Silvia, Cristina es amiga desde hace muchos años.

Las dos mujeres se saludaron.

—Es un placer conocerte, Silvia. Si no me equivoco, es la primera vez que Dani trae una chica al pueblo. Mañana a estas horas todos estarán hablando de ti —dijo señalando a su alrededor. Muchos ojos no les quitaban la vista de encima—. Tienes que saber que Dani es un tipo muy fiel.

El aludido frunció el ceño con gracia. Silvia apuntó:

—Hoy en día la fidelidad solo se ve en los equipos de sonido.

—¡Es verdad! —exclamó Cristina con una carcajada—. Una frase que me voy a apuntar a partir de ahora. —Le guiñó un ojo y se volvió a Daniel—. El fin de semana pasado estuvieron tus padres. No dijeron que vendrías.

—No lo sabían. Ni siquiera yo lo sabía. Se nos ha ocurrido hace unos días.

—¿Os vais ya? —preguntó Cristina al percatarse de que estaban terminando de recoger.

Daniel asintió.

—Llevamos aquí un buen rato. Nos vamos a comer a casa. ¿Te apuntas?

—¡No! Prefiero quedarme con los muchachos, además esta tarde hemos quedado para subir a la montaña.

Silvia cogió a la niña en brazos y se alejó hacia el coche. Daniel cogió la manta y la sacudió en la orilla del lago. Cristina le ayudó a doblarla

—Es muy guapa y te pega mucho. Me gusta.

Daniel miró a Silvia, que estaba colocando a Sharisse en su silla.

—Sí, es... preciosa.

—Y parece muy maja. No dejes que se te escape. ¿Ya la conoce tu madre?

—No hay nada entre nosotros. Solo somos amigos.

—Sí, ya, claro. Y por eso la has traído aquí. ¿Crees que tus padres no se van a enterar?

Un grupo de jóvenes comenzó a llamar a Cristina.

—Anda ve, te están esperando. Hablamos en otro momento. Da recuerdos a tus padres y ten mucho cuidado en la montaña.

—Así haré. Espero encontrar una buena corriente para desplegar el parapente —contestó alegre. Levantó una mano para despedirse de Silvia.

Daniel sostuvo la manta bajo el brazo y aferró la nevera. Silvia ya había guardado lo demás en el maletero.

—Me ha caído bien Cristina.

—Es muy buena chica. Le encanta pasar largas temporadas en el pueblo y volar.

Silvia asintió.

—Entonces tenéis bastantes cosas en común.

—Sí.

La luna asomó por encima de los árboles y Daniel apagó las luces de la casa. Había salido al porche y esperaba que Silvia, después de acostar a Sharisse, se reuniese con él.

La joven no tardó mucho. Esa noche se había puesto una chaqueta de suave lana sobre uno de sus vestidos holgados. El cabello largo y rizado caía sobre sus hombros y cubría su espalda como una delgada capa de armiño.

—Veo que te has abrigado más —observó Daniel entregándole un vaso largo de tubo. Ella asintió. Miró la bebida con el ceño fruncido—: Ponche con cola. No sé si te gusta, Pruébalo.

Silvia bebió un sorbo.

—Gracias. Me recuerda a los caramelos de cubalibre de antes. Aunque te voy a advertir que no pienso beber mucho. —Con gracia, se sentó sobre uno de los sofás de mimbre y dejó escapar un sonoro suspiro—. Qué corto se me ha hecho el día de hoy. De solo pensar que mañana volvemos a casa me da muy mal rollo...

—No lo pienses todavía. —Se sentó a su lado—. Aún queda un poco. —Daniel escudriñó las espesas sombras que producían los árboles—. A mí también se me ha hecho muy corto.

—Daniel —Ella posó la mano en su antebrazo y el calor bañó sus mejillas. Él se tensó y tragó saliva. Se volvió y sintió que los ojos azules le atravesaban—. Muchas gracias por haberme invitado a venir.

La cabeza de Silvia se había acercado peligrosamente a la suya. Él cerró los ojos tratando de controlar el apetito y la necesidad que tenía de ella.

—No me arrepiento de haberlo hecho. Eres una tía muy divertida.

Silvia se pasó la lengua sobre el labio inferior. Daniel se volvió loco con ese gesto y con renovadas fuerzas luchó contra sus impulsos. Bebió un largo trago de su bebida.

—¿Solo te parezco divertida? —Repentinamente ella alzó la mano y le acarició la mejilla con suavidad—. Creí que te gustaba un poco.

Él apretó la mandíbula. Su cuerpo entero ardía por ella. Aclaró su garganta al responder:

—Me gustas demasiado.

Silvia tomó una profunda bocanada de aire. Dejó su bebida sobre la mesa y arrió su boca a la de él. Daniel pensó que podía contenerse, quizá incluso hacerle la cobra con disimulo. Por eso se sorprendió cuando fue él mismo quien se abalanzó sobre la boca de Silvia y apresó sus labios con deseo. El beso le produjo un placentero mareo. Indagó con la lengua el interior de la boca y le rodeó las mejillas con las palmas de las manos al sentir un escalofrío en la espalda. Lo atravesó una descarga de anhelo y, sin dejar de besarla, la miró a los ojos. Ella los había cerrado y parecía totalmente rendida a él. Era una tentación que lo tenía totalmente embrujado.

Daniel dio por finalizado el beso y respiró profundo. Entonces decidió calmarse para no hacer el ridículo ante ella.

—Puede que esto no sea muy sensato.

Ella frunció el ceño, confusa. Cosa que a él no le extrañó. ¿Qué idiota en su

sano juicio rechazaría a una mujer tan hermosa como aquella?

—¿A qué te refieres? —preguntó Silvia.

—Que no tienes por qué sentirte obligada.

Silvia se medió incorporó y lo besó de nuevo.

—Sé que no estoy obligada a nada, pero me apetece mucho estar contigo —susurró contra sus labios—. ¿Crees que me acostaría contigo solo por agradecimiento?

Daniel esperaba que no. Le rodeó la cintura y la hizo sentar sobre sus piernas. No quería estropear la reciente amistad que estaba naciendo entre ellos, por no decir que no quería tener una relación seria con ella. No podía tenerla. Sin embargo, no recordaba haber estado nunca tan excitado como en aquel momento, ni haber deseado tanto a ninguna mujer.

—Daniel ¿no quieres estar conmigo?

Él parpadeó. Sentía que estaba siendo arrastrado contra corriente y no tenía nada para sujetarse.

—Sí, claro que quiero. Es solo que...

—Esto no es un compromiso —musitó ella junto a sus labios—. Es una noche de... aventuras, de pasión. —Él no respondió. Solo se limitó a mirarla con fijeza—. Pero si no lo deseas... —Silvia hizo el intento de levantarse, pero él no lo permitió. Se apoderó de sus labios con movimientos firmes y seguros. Al principio con cuidado, casi con ternura, pero a medida que fueron jugando con las lenguas y mordisqueando labios, la temperatura en ellos ascendió bastantes grados.

El perfume de ella lo hizo excitarse hasta límites insospechados. Se levantó llevándola consigo y la cogió de la mano. Sin una palabra, tan solo con miradas intensas, llevó a Silvia a su dormitorio.

Con el corazón galopando en su pecho, Daniel cerró la puerta y se giró a ella. Le rodeó la cintura y de nuevo la besó. Estaba descubriendo que le gustaban mucho sus besos, y su sabor, y su olor... Se asustó, pero apartó de prisa esos pensamientos. Solo era una noche de aventuras.

La condujo hasta la cama y comenzó a desnudarla al mismo tiempo que se desnudaba él. De repente tenía prisa. La necesitaba como el aire para ser respirado.

Ella tenía un cuerpo magnífico. Tomó aliento, calmándose. Lentamente recorrió con la mirada el rostro de Silvia donde veía su inocencia y poder. Su boca, con el sabor del caramelo de cubalibre. El cuello esbelto, la curva que dibujaba su hombro, los pechos tan llenos y de un tono tan pálido que los pezones parecían dos gemas de cuarzo rosa. El vientre liso y firme, las piernas largas y perfectamente hechas para amar. Se obligó a respirar despacio. ¿Hacía cuánto tiempo que una mujer no le llamaba tanto la atención?

Su cuerpo se puso tenso cuando la mirada de ella descendió por su torso y se quedó fija en su miembro. Daniel no quiso esperar, la agarró por el talle y la acostó sobre la cama. Se inclinó sobre ella y con la lengua pintó los labios de Silvia, descendió por su mejilla hasta el lóbulo de la oreja y siguió bajando hasta apoderarse de uno de sus pechos.

Ella ahogó una exclamación y enredó los dedos en su grueso pelo. El contacto la quemó. Tomó aire al tiempo que una violenta sacudida de deseo se situaba entre sus muslos.

Daniel torturó el otro pecho de la misma manera que el primero. Lamió y chupó hasta que el pequeño botón creció entre sus labios. Se colocó sobre ella y la sujetó por las caderas. Ella jadeó, entonces Daniel la miró fijamente y preguntó:

—¿Lo quieres duro?

Silvia se estremeció de la cabeza a los pies. Sintió un cosquilleo en todo el cuerpo anticipándose a lo que vendría. Asintió.

Él volvió a lamerle los labios y masajear sus pechos. Deslizó su miembro en la húmeda hendidura varias veces antes de sepultarse en ella. Silvia gritó aferrándose a sus hombros y estrechándole contra ella. Su corazón bombeó con potencia.

Daniel volvió a pasar la lengua sobre sus labios al tiempo que empujaba con más fuerza dentro de ella. Cada vez que se alejaba, Silvia volaba tras él levantando las caderas del colchón.

—¿Es demasiado duro? —se atrevió a preguntarle entre dientes.

Ella negó con la cabeza.

—Está bien —susurró.

Un escalofrío recorrió la espalda de Daniel cuando le clavó las uñas en los hombros. Jadeaba cada vez que él se hundía en ella.

Una de las manos de Daniel se abrió paso hasta las nalgas de Silvia y empezó a recorrerla de arriba abajo. Ella tragó nerviosa. Sabía lo que iba hacerle. Nunca nadie le había tocado ahí, ni siquiera Joaquín, y aunque le daba miedo, también sentía curiosidad. Él apretó uno de sus dedos sin llegar a entrar. Silvia estalló como un volcán en erupción y se apretó contra él entre espasmos y jadeos. Daniel dio los últimos empujones antes de alcanzar su propia satisfacción.

Capítulo 13

La luz que entraba por entre la persiana me despertó. Eso y el calor del hombre que tenía a mi lado. Despertar al lado de Daniel fue algo bastante extraño hasta que recordé mi fantástica noche de sexo. Desde luego estaba claro que antes de conocerle no tenía ni la más remota idea de lo que era pasar una noche con un tío. ¿Dónde me había criado para no haberlo catado nunca de esa manera? Al acordarme me estremecí. Respiré hondo y busqué a Daniel con la mirada. Él tenía una mano sobre mi cadera y dormía plácidamente. Su cabello estaba revuelto por el sueño y aun así se le veía magnífico. La sábana le cubría de la cintura hacia abajo pero el torso, con sus formidables pectorales, se encontraba a un palmo de mi cara. Suspiré y él abrió los ojos con una sonrisa jovial y somnolienta.

Lo primero que me vino a la cabeza al ver sus profundos ojos verdes fue que lo quería duro, muy duro. Me ruboricé y el corazón me comenzó a latir a mil por hora.

—Buenos días, princesa ¿Qué tal has dormido? —preguntó con la voz ronca.

—Muy bien. —No sabía si después del trote que le había infligido a mi cuerpo durante la noche iba a poder caminar. Sentía como si me hubiese pasado un tren por encima—. ¿Y tú?

—Mejor que nunca. —Daniel deslizó con pereza la mano sobre mi vientre y de improviso me cogió un pecho. Dejé de respirar en ese instante. Me

asombraba la manera en que su mano morena contrastaba con mi piel.

Hacía apenas dos días había sentido una simple y llana atracción sexual por él, sin embargo, no sé por qué, en ese momento me sentí enamorada como una niña con su primer amor. Solo que a mí siempre me habían gustado los malotes y este era Daniel González, jefe de la 10ª del Grupo Especial de Operaciones.

—Creo que debería ducharme antes de que se despierte mi hija —le susurré. Una manera bastante sutil de decirle que se diese prisa en hacerme lo que estaba pensando. Pero él soltó mi pecho como si le hubiese dado un calambrazo y se apartó de mi lado con rapidez.

Busqué en su cara algún gesto de disgusto y no hallé nada; ni una sonrisa, ni una pizca de burla en sus ojos, ni una triste mueca, nada de nada. Era como si su rostro fuese de piedra.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, curiosa.

—¿Por qué va a ocurrir algo? —Se levantó y empezó a recoger la ropa que había por el suelo. Se vistió con una velocidad que ni los mejores modelos le superaban—. Voy a salir a correr un rato.

Me senté sobre la cama y seguí todos sus movimientos con intriga.

—¿Y se te ha hecho tarde para salir a correr?

—No ¿Por qué lo dices?

—No sé, me da la impresión de que vas a apagar un incendio o algo así.

—Es solo que voy a aprovechar mientras te duchas y atiendes a la niña. —Se sentó en un sillón que había bajo la ventana y se calzó unas deportivas—. ¿Te importa que salga?

—¡Claro que no! —¡Hombre, me jodía bastante, y no porque se fuese a correr, sino porque su comportamiento era de lo más extraño! Pero fingí no darle importancia y me levanté arrastrando las sábanas conmigo. Él ya me había visto desnuda, sin embargo, no me apetecía que me viese otra vez—. Voy a ducharme.

Escuché cerrarse la puerta del dormitorio justo cuando entré en el baño. Me

llevé la mano al pecho con una extraña sensación de desconcierto. Sabía que había pasado algo entre Daniel y yo que no comprendía, y no me refería a los polvos de la noche. No, no. Había sido cuando le nombré a Sharisse.

¡Pues qué gilipollez! Yo en ningún momento le estaba obligando a nada. De hecho, fue él quien me había invitado a ir a su casa. Lo que pasaba es que Daniel vivía en un mundo mejor, uno que era carísimo, y ni yo ni Sharisse teníamos cabida en él.

Un poco después, más relajada, saqué a Sharisse de la cuna y bajé a desayunar con ella, aunque ese día no hice más que el café y una papilla de frutas para la nena. Total, Daniel no tomaba nada, ¿para qué iba a molestarme?

Él no tardó en llegar y, como la mañana de antes, venía secándose el sudor y bebiendo agua de la botella. Esa imagen me atraía un montón. Me recordaba al anuncio de coca cola donde salía un tío bueno, descamisado, bebiendo sin plantar los morros en la botella.

—He estado pensando que tal vez te apetezca ir a la zona de despegue —me dijo caminando hacía la escalera—. O a la laguna, lo que prefieras.

El sol que entraba por el ventanal bañaba su piel bronceada, lo que me daba una mejor visión de todo el lado izquierdo de su cuerpo.

—¿Vas a volar?

—No —sacudió la cabeza—, es solo para que lo veas.

—¿Y por qué no vuelas? ¿No te apetece?

Daniel se giró en redondo a mirarme como si me hubiesen salido dos antenas de repente.

—Lo que ocurre es que quizá no aterrice donde despegue. Y tú me dijiste que no podías conducir ¿verdad?

Me di cuenta de que estaba deseando volar y de que si no lo hacía era por mi culpa.

—¿Y no puedes volver a buscarnos después? —le pregunté—. No me importa tener que esperarte.

Él pareció pensárselo unos segundos. En seguida asintió.

—Seguramente Cristina o alguno de los muchachos esté allí arriba. Alguno de ellos puede bajar el coche al pueblo. —Me miró con una intensidad que me derritió los huesos—. ¿De verdad no te importa?

—Por supuesto que no. Así veo cómo lo haces y te critico.

Él sonrió de la manera que tanto me gustaba. Sus ojos verdes brillaron con un toque de emoción. Acortó la distancia que había entre él y yo y me besó con tanta fuerza que creí que me arrancaría el labio.

—Algún día volarás conmigo.

—No tientes a la suerte. Hay varias cosas que quiero hacer antes de morirme, pero te aseguro que volar en parapente no es una de ellas.

—Eso ya se verá. —Daniel revolvió los cabellos de Sharisse y volvió a caminar hacia la escalera—. No tardo en bajar.

—Daniel —Él se detuvo en los primeros peldaños y me miró—. He pensado que, si tú quieres, puedo testificar diciendo que mis vecinos tiraron los papeles al jardín.

La expresión de su cara se tornó seria, o me lo pareció.

—Hablamos de ello después, ¿vale?

Antes de poder decir nada más, terminó de subir con una agilidad que me dejó perpleja.

No las tenía todas conmigo cuando subimos a la montaña, sin embargo, estando allí arriba todo me sorprendió, empezando por la zona de despegue donde había un chiringuito prefabricado. Diseminadas por todo un llano había mesas con bancos, sombrillas, barbacoas, y lo mejor de todo era que estaba lleno de gente. El ambiente era genial. La música sonaba de varios sitios a la vez, incluidos varios maleteros de coches que los ocupantes habían abierto. Vi niños correteando entre adultos; mujeres charlando en corrillos

mientras sus maridos, novios, o lo que fuesen, volaban. Y lo más maravilloso de todo fue ver el cielo plagado de parapentes y ala deltas de todas las formas y colores. Era un espectáculo digno de disfrutar.

Daniel enseguida me presentó a un montón de gente. Lo hacía como amigos, cosa que no me importó ya que ¿cuánto tiempo llevábamos juntos? ¿Tres días? Aunque en el fondo sentía un tironcillo raro en el pecho. Quería ser algo más.

Todos se portaron muy bien conmigo y con Sharisse, que no dejaban de hacerle monerías. Después, Daniel me entregó una emisora y me explicó cómo tenía que usarla. De modo que, si bien él estuvo surfeando las nubes, mantuvimos el contacto en todo momento. Me gustaba escuchar su voz emocionada contándome lo que iba viendo, lo que estaba sintiendo. Supe que disfrutaba con ello. Que amaba volar, y yo lo gocé con él.

En un principio, un chico muy majo llamado Raúl, era quien iba a bajarnos a Sharisse y a mí en el coche de Daniel hasta el pueblo, pero Cristina se empeñó en hacerlo ella. Y menos mal que el viaje no fue muy largo porque me hizo un interrogatorio en toda regla —o eso intentó—. Ella quería saber si Daniel y yo habíamos hablado de planes futuros, de si íbamos en serio, si conocía a su madre... Llegué a pensar que todo aquello venía porque estaba enamorada de él y, para ser franca conmigo misma, no me quedó muy claro si lo estaba o no. Sentí que tenía celos de mí y eso me causó cierta indignación. Lo bueno fue que cuando llegamos a la plaza, según estábamos aparcando, Daniel llegó hasta nosotras, abrió mi puerta y me plantó en la boca un beso de cine. ¡Pues ya estaba! Seguro que con eso Cristina ya no tenía que hacer más preguntas.

Daniel guardó el parapente, que como por arte de magia lo había convertido en una mochila grandota, en el maletero del coche. Le dio las gracias a su amiga y se despidió de ella. Nos llevó a comer a Sharisse y a mí a un restaurante de comida tradicional de Ávila. Es decir, que nos metimos entre pecho y espalda unas patatas revolconas y un buen chuletón de ternera con

patatas fritas y ensalada. Y, por supuesto, después de eso necesitábamos una buena siesta, de modo que nos fuimos a casa y, como Sharisse se durmió en seguida, nosotros nos encerramos en el dormitorio.

Lo quise duro, y lo tuve duro.

Capítulo 14

—¿Entonces vas a testificar? Si lo haces te puedo asegurar que no va a pasar nada. Osvaldo no va a ir por ti —dijo Daniel, con los ojos fijos en la carretera. Ya no faltaba mucho para llegar a casa después del maravilloso fin de semana que acabábamos de pasar.

—Ya lo sé, además no tengo miedo, y si con eso consigo que lo saquéis de mi planta, pues mejor. Aunque a veces es mejor malo conocido que peor por conocer.

—Es posible que lo deporten, pero tampoco es muy seguro. Eso sí, pasará bastante tiempo en la cárcel. Su casera no creo que quiera volver a alquilarle el piso de nuevo.

—Eso espero, aunque esa mujer no tiene remordimientos de conciencia. ¿Sabías que antes de los africanos estuvo viviendo un drogodependiente? —Él frunció el ceño y negó—. Le escuchaba decir cada cosa que se me ponían los pelos como escarpas. Al final se murió.

—¿Se murió?

—Sobredosis. Lo encontraron los padres tirado en la cama. Tenía sida y tuberculosis. Después, vinieron los africanos.

—Con estos solo tienes que acercarte a comisaría para hacer una declaración.

—¿Me atenderás tú personalmente? —Quise saber.

Él sonrió y me miró por el rabillo del ojo.

—Puedo hacerlo si quieres.

—Mientras no suceda lo de la otra vez y me dejes en ridículo o...

—Te prometo que no lo haré —dijo interrumpiéndome. Soltó una mano del volante y la colocó sobre mi muslo—. ¿Cuándo piensas ir?

—Debe ser esta semana porque la que viene comienzo a trabajar.

—No tienes ningunas ganas de ir al curro, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Me gusta mi trabajo, pero estaría mejor si respetasen los horarios, cosa que nunca hacen. Siempre tengo que estar a la carrera para poder recoger a Sharisse de la guardería e intentar no llegar tarde por la noche para no tener que pagar horas extras a la canguro. —Él me miró unas décimas de segundo antes de volver los ojos a la carretera—. Si estás pensando en si me compensa, te diré que sí. Tengo hipoteca, pago luz, gas, comunidad y otros gastos que no podría afrontar si me faltase el trabajo. Y eso me recuerda que este mes cobraré menos porque empezarán a descontarme el dinero de la puerta.

—Tengo un conocido en el hotel Arena Del Edén. Es el director general, un buen tío. Si me dejas puedo hablar con él. Tengo entendido que cuentan con guardería para los hijos de los empleados.

Se me quitó la modorra del viaje de repente. Giré todo el cuerpo para mirarlo de lleno.

—¿Harías eso por mí?

—Claro. Seguro que te pide currículum, pero sé que te dará un puesto.

—Yo tengo todos los papeles y los títulos en regla. No tengo ningún problema en entregarlos. —Me emocioné al pensar que podría volver a trabajar en lo que tanto me gustaba. Se me saltaron las lágrimas pero, por suerte, Daniel no se dio cuenta, si no hubiese pensado que era una tonta—. Ojalá me diera trabajo. No me importa si voy como monitora, socorrista, animadora o incluso como recepcionista, me da igual, de verdad.

—Sobre el sueldo supongo que eso lo debes hablar con él —redujo la

velocidad, cambió de marcha y volvió a poner la mano en el volante—. ¿Hablo con él entonces?

—Sí, sí, sí. —No me pude resistir a propinarle un beso en la mejilla—. Al final voy a ser afortunada de que tirases mi puerta abajo.

Él sonrió, pero no comentó nada.

Ya había anochecido cuando llegamos a casa. Daniel no se quiso quedar a dormir. Al día siguiente se levantaba temprano y necesitaba descansar, y conmigo cerca no iba a poder hacerlo.

El lunes me levanté con una sonrisa pensando en aquel fin de semana. Ordenaba mis documentos cuando apareció Inma. Con toda confianza se puso un café y se sentó junto a mí en el salón, esperando que le contase.

—¿Y bien? Quiero detalles.

—Lo he pasado de maravilla. Tiene una casa súper chula. Pero lo mejor de todo eso es que va a hablar con un amigo suyo que es director general de un hotel del centro y es posible que me consiga un puesto de trabajo.

—¿Ves? Yo siempre lo he dicho. Lo importante no es saber, si no tener el teléfono del que sabe.

—Mi vida cambiaría y otra vez haría lo que me gusta. Todavía estoy alucinando. —Observé a Sharisse que recorría el salón con su tacatá—. ¡Pasaré mucho más tiempo con ella! ¿A que es maravilloso?

—Sí qué lo es. —Dejó caer su espalda en el respaldo de la silla—. ¿Pero te has acostado con él o no?

—¿Eso es lo que te interesa saber? —pregunté entre risas.

—Si hubiera sido al revés tú sentirías la misma curiosidad.

—No, perdona. Yo sentiría mucha más. Habría subido anoche a preguntarte.

Inma removió el café con la cucharilla.

—Pues seguro que de haber pasado una noche con tu policía habría tenido tantas cosas que decirte que si me callase me saldrían subtítulos. Pero prefiero escucharte a ti. ¿Qué pasó? ¿Lo hiciste o no?

—Lo hice y estuvo genial. Creo que me he enamorado.

—¡No! —Inma saltó de su asiento. Yo la miré frunciendo el ceño.

—¿Cómo que no?

—¡Pues que es demasiado pronto para que pienses eso! Imagina que él no te corresponde.

—Vamos a ver, Inma, no soy rarita.

—No, solo de edición limitada.

—No le he dicho nada —la tranquilicé—. No soy tan tonta. Además, sé que Daniel tampoco se plantea nada serio. Él me lo ha comentado.

Ella se volvió a sentar soltando un suspiro.

—¡Menos mal! Me habías asustado.

Apilé mis papeles de modo que no saliese ninguna esquina fuera y los aparté al fondo de la mesa.

—Pero espero que poco a poco se dé cuenta de que me quiere y de que no puede vivir sin mí.

—Puedes seguir soñando, pero ¿sabías que la vida es como ir al peluquero? Le dices lo que quieres y hace lo que le sale de los huevos.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté curiosa.

—Que yo también espero que tú y ese macizote terminéis bien, pero no te hagas ilusiones por si acaso.

—Eres un pájaro de mal agüero.

—Pues la verdad es que no me preocupo por ti. Quien no quiero que sufra es Sharisse.

—Lo sé, yo tampoco quiero. Por cierto, voy a ir a testificar que los africanos tiraron todos esos documentos por la ventana. Al parecer un abogado puede decir que no fueron ellos si no hay testigos. ¿Quieres venir tú también?

—Prefiero que no. Suelo cagarla tanto que me sorprende que no me llamen Culo.

Solté una carcajada divertida.

—¡Inma, no va a pasar nada!

—Si me dieran a elegir entre estar contigo o ser millonaria, creo que mi chalé de dos plantas tendría un jardín enorme.

—Vale, captado. Iré yo sola. Lo importante es que ese tipo pase más tiempo en la cárcel o que lo deporten.

Inma sacó la cucharilla y se bebió todo el café sin despegar los labios del borde del vaso.

—¿Le has dicho al poli lo de la carta que tiraste?

Sacudí la cabeza.

—¡No! Y no puedo decírselo.

—Sí, es mejor que no lo hagas. Volviendo al tema anterior ¿entonces el señor don-ojos-bonitos está saliendo contigo?

Me encogí de hombros. Lo cierto era que no estaba muy segura de eso.

—Supongo que sí. Te lo diré cuando me llame más tarde.

—Recuerda que lo importante es lo de adentro. Eso lo firmó atentamente Jack el destripador.

—No me vaciles, Inma. De momento estamos liados. Por cierto, mañana me voy a acercar a la comisaria. ¿Puedes quedarte con Sharisse?

—Hombre, claro que sí, eso ni se pregunta.

Daniel me llamó justo cuando iba a ponerme a comer. Estuvimos charlando un rato y me dijo que había hablado con su amigo. Quería conocerme y había dicho que podíamos reunirnos un día de esos a comer en su hotel. La idea me pareció genial.

Al día siguiente fui a comisaria a testificar y esa vez me atendió él en persona. Y no solo eso, si no que cuando llegué me dio dos besos en la mejilla. No era plan de que me comiese los morros y que todos supiesen que entre él y yo existía un rollito. Aunque a mí me hubiese gustado mucho que la oficial que tenía dos gatos acostados por cejas se enterase.

Daniel cerró el informe cuando terminamos y se levantó de su asiento.

—¿Te apetece tomar un café? Hay un sitio aquí cerca.

—De acuerdo, pero no quiero retrasarme mucho. He dejado a Sharisse con Inma.

—Yo te llevo a casa.

—¿Has terminado por hoy?

—Luego vengo un rato esta tarde. —Me guio hasta la puerta y por el camino se despidió de un compañero que no hacía más que mirarme y sonreírme de una manera un poco extraña.

—¿Quién es? —le pregunté cuando salimos.

—Es Lucas. Es un amigo mío. A veces se comporta como un crío. No le hagas caso. Por cierto, ¿te parece si mañana vamos a comer con Francisco al hotel?

—Estoy deseándolo.

Llegamos a una cafetería muy mona con un gran mostrador lleno de dulces. Yo tomé un refresco mientras Daniel se zampaba un donut de chocolate relleno de crema. Las dos camareras que había le conocían muy bien. Le llamaban por su nombre y bromeaban con él. Otro tío seguro que se habría estirado como un gallo de corral, sin embargo, Daniel era tan natural que parecía no darse cuenta de que las dos muchachas estaban loquitas por sus huesos.

Capítulo 15

Como Daniel sabía que yo no podía conducir se pasó a recogerme a casa al día siguiente. Yo estaba muy emocionada, nerviosa e impaciente. Elegí un vestido azul que delineaba mi cuerpo sin ajustarse en exceso. Tenía un escote redondo y recatado, y de largo me quedaba por encima de las rodillas. Con el medio tacón que llevaba me quedaba estupendo, no muy juvenil pero tampoco demasiado riguroso y sobrio.

Daniel me dijo que estaba preciosa y que conseguiría ese puesto.

No me sentía muy cómoda sabiendo que él iba a estar presente en la entrevista. Hubiera preferido ir yo sola, sin embargo, no me atrevía a decírselo. Después de todo, estaba en esa situación por él.

Daniel iba muy guapo. Se había puesto pantalones de traje oscuro y una camisa blanca que resaltaba su piel morena y sus ojos oliváceos. Tenía una confianza en sí mismo que me dejaba sorprendida. Parecía no tener miedo de nada, ni de meter la pata, ni de quedar en ridículo. En cambio, yo sentía la boca seca, la lengua áspera y sudores fríos. Y todo eso fue peor cuando Daniel dejó el coche en la puerta del Arena del Edén para que el mozo lo estacionase.

Pasamos a la cafetería y, como habíamos llegado diez minutos antes, pedimos para beber. Necesitaba una valeriana, aunque me había tomado otra antes de salir. Corría el riesgo de sufrir una cagalera al día siguiente, pero en ese momento no me importó.

—Francisco es una persona muy agradable. En cuanto lo conozcas se te pasarán los nervios —dijo Daniel. Me miraba con preocupación y eso me causó ternura y otras sensaciones que había olvidado mucho tiempo atrás. Recordé a mi padre. La persona que más había querido en el mundo. Yo solo había tenido que abrir la boca y él, como un súper héroe, había corrido a mí para ver qué necesitaba.

—Estoy acostumbrada a que todo me salga tan mal que no me fio ni de mi sombra.

—Tampoco te va tan mal. He visto madres solteras en peor situación que la tuya.

—Mal de muchos, consuelo de tontos.

Daniel sonrió y me dijo antes de beber de su coca cola:

—Tienes razón. He puesto un mal ejemplo.

—Sé que tratas de tranquilizarme, y reconozco que debo parecerte idiota.

—No, mujer, aunque te veo un poco pálida.

Respiré hondo para que mis manos dejaran de temblar y, de paso, mis piernas que parecían estar bailando una jota debajo de la mesa.

—No sé por qué me pasa esto. Nunca he sido miedosa. Si no consigo el trabajo no pasa nada. El noventa y cinco por ciento de los calcetines no tienen pareja y no andan por ahí llorando.

—¡No me digas que tienes miedo!

—Al rechazo, sí. Antes no me habría importado tanto. —Miré a mi alrededor. La mayoría de las mesas estaban ocupadas, aunque quedaban algunas libres, vestidas de blanco con sus servilletas burdeos, a juego con las mullidas bases de las sillas. El restaurante era amplio con un montón de luz natural que entraba por los muchos ventanales. De repente, parada junto al atril donde estaba el recepcionista disponiendo las mesas, vi a mi actual jefa, Pilar Orlando.

Sin pensarlo solté una maldición y me escondí debajo del mantel olvidándome de Daniel y de todo. Mi único objetivo era pensar en lo que iba

a decirle si me descubría. De improvviso, Daniel se agachó conmigo y me miró con extrañeza.

—¿Ocurre algo, Silvia?

—No.

Él asintió.

—¿Quieres que salgamos un poco a que nos dé el aire?

—No. Estoy bien aquí, gracias.

—¿Y si salimos de debajo de la mesa?

Sé que debí parecerle gilipollas, pero me quedé completamente inmóvil.

—¿Por qué? —susurré—, aquí no se está tan mal.

—Porque Francisco acaba de llegar y está esperando a que salgamos.

—Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

Daniel sonrió. No me contestó, pero su forma de mirarme lo decía todo. Le di la razón y ambos salimos de debajo del mantel. Daniel fue el primero en levantarse y saludar a su amigo. Luego hizo las presentaciones.

Francisco era un hombre atractivo, alto, elegante, muy bien peinado con mogollón de gomina. Si lo hubiese visto en bañador habría dicho que era el típico chulo de playa. Sonreía mucho y no era por diversión, yo creo que más bien sus labios habían adquirido esa forma y ya no tenía modo de corregirlo, aunque también pudiera ser que se hubiese arreglado la boca recientemente y le gustaba lucirla. Sus ojos eran grandes y castaños, rodeados de larguísimas y tupidas pestañas.

La entrevista con él se trató de una conversación amigable. Al menos antes de que me descubriese Pilar Orlando que se acercó a nuestra mesa con una enorme y falsa sonrisa en su boca. Según me miró yo supe que ella pensaba con malicia en el préstamo de mi puerta.

—¡Silvia!

Me hice la sorprendida.

—¡Pilar! ¡Vaya! ¡Qué coincidencia! —Me puse en pie más agobiada que el fontanero del Titanic.

—Soy yo la que estoy en shock. Te hacía en la piscina aprovechando tus últimos días de vacaciones. Recuerda que te quiero relajada y descansada para comenzar en la tienda. Todavía me acuerdo lo que te ha pasado con la policía y se me pone la piel de gallina. —Soltó una carcajada—. No te podía creer cuando me dijiste que habían entrado los hombres de Paco en tu casa.

Esperé con impaciencia que abriesen una boca de metro bajo mis pies y me enterrase viva. Pero no pasó.

—Yo ya lo he olvidado —contesté sin querer mirar a Daniel. Sabía que todos estaban esperando presentaciones, sin embargo, yo quería que Pilar cogiese su escoba y saliera volando a su mesa. Por otro lado, aún seguía siendo mi jefa—: ¿No has salido esta semana a la finca?

—No. Están comenzando a llegar los proveedores y hay bastante trabajo. Me voy a marchar, que me esperan para comer —dijo señalando hacia el fondo del salón—, disfruta mucho.

—Tú también.

Me senté en cuanto se fue y me disculpé con los presentes.

—¡Vaya situación! —comentó Francisco—. Después de esto más vale que te dé una respuesta rápida para que puedas avisarla y que busque a alguien en tu lugar.

—Lo siento, no sabía que ella iba a estar aquí.

—No te preocupes. Mira, hacemos una cosa. Arregla durante esta semana todo lo que debas hacer. Habla con esa mujer y empieza a trabajar conmigo a mediados de septiembre, así, si te exige que por lo menos esperes los quince días de rigor, no te los pueda descontar.

—Aprovecha para finiquitar con su empresa —intercaló Daniel.

—¿Eso quiere decir que... estoy contratada? —le pregunté a Francisco con una sonrisa que no me cabía en la cara. La respuesta era muy obvia, pero yo quería oírla.

—Así es. Necesitamos monitoras infantiles para hacer talleres. Me ha dicho Daniel que tienes una peque y aquí hay servicio de guardería.

Faltó el pelo de un calvo para ponerme a gritar y a saltar como una loca, pero me contuve las ganas.

Cuando Daniel y yo llegamos a casa, como Sharisse estaba con Inma, le agradecí de una manera muy especial lo que estaba haciendo por mí. No sé por qué lo noté algo tenso. No le di mucha importancia. Comenzaba a aprender que cuando algo le preocupaba era incapaz de concentrarse a fondo. Aun así, Daniel era una de las personas más auténticas, sexis y magnificas que había conocido nunca; un caballero atento y un amante potente. Lo tenía todo para enamorarme con locura, cosa que estaba sucediendo a pasos agigantados.

Capítulo 16

—¡Daniel! Si me hubieras dicho que vendrías hoy te habría preparado el pollo al chilindrón que tanto te gusta, o las albóndigas con salsa.

—Te he llamado esta mañana, pero no me has cogido el teléfono. —Daniel abrazó con fuerza a su madre propinándole un beso en la mejilla—. ¿Dónde estabas?

—Pues estaría en Pilates —contestó encogiéndose de hombros—. Pasa, no te quedes en la puerta que hoy hace un calor de mil demonios. —Con prisa, recogió su teléfono móvil de la encimera de la cocina, se puso las gafas que llevaba colgadas en el cuello con un cordón muy fino y observó las llamadas perdidas de Daniel—. ¡Qué rabia! No he debido de escucharlo. Tengo que comprarme uno nuevo porque este me está fallando ya.

Daniel se lo cogió de las manos y lo estudió con el ceño fruncido.

—¿Tan pronto? Solo tiene unos meses y aún está en garantía. Tal vez si no te diera por bajar el sonido es posible que lo escuchases. Lo tienes en modo vibración.

—¿En qué modo? Te prometo que yo no he tocado nada. —Daniel le tendió el teléfono y ella lo volvió a mirar—. ¡Lo que te digo! ¡Yo no entiendo estas cosas! —Lo dejó sobre la mesa—. Por cierto ¿ha pasado algo? ¿Hoy no trabajas?

—Tengo turno de noche, pero necesito deciros algo. ¿Está papá?

—Sí, en el jardín leyendo. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de vino blanco si está muy frío, si no, no quiero nada.

—Vale ¿pero es algo malo lo que vas a contar? —le preguntó con curiosidad. Enseguida se ponía nerviosa— Sabes que no recibo bien las noticias desfavorables.

—No te preocupes mamá, no es nada malo. Yo diría que es muy bueno.

Ella suspiró con alivio.

—¿Es posible que se trate de esa mujer que llevaste a la sierra?

El rostro de Daniel enrojeció y sacudió la cabeza.

—Para nada. Precisamente no es de ella de lo que voy a hablar.

—Pero dime, Daniel, esa mujer es la misma a la que tirasteis su puerta en agosto ¿verdad?

—Es solo una amiga.

—Ya, ¿pero es ella? Cristina me dijo que tenía una hija y haciendo un repaso...

—Sí, es ella. Pero no hay nada entre nosotros. Solo somos amigos.

—Es la primera vez que traes una mujer a casa.

Daniel aspiró profundo. Había esperado esa conversación desde que llegó de Ávila y al ver que no había salido en los días posteriores, imaginó que ya no tendría lugar. Estaba equivocado.

—No la he traído a casa —respondió.

—Aquí no, pero la llevaste a la sierra. Al menos tenías que habérmelo comentado. Se ha enterado todo el mundo menos yo.

—Al parecer tú también lo has hecho.

—Pero la última. Siempre me pasa lo mismo, soy la última en enterarse de las cosas.

—Si hubiera sido algo importante te lo habría contado, o si me hubieses preguntado. Han pasado más de cuatro semanas desde que la llevé y nunca me has dicho nada.

—Esperaba a que me lo contases tú.

Daniel agitó la cabeza, ofuscado.

—Me voy con papá, que no me quiero entretener mucho.

La mujer le observó salir y algo en su actitud le dio muy mala espina. Corrió a la nevera a por el vino y, cargando con tres vasos, se apresuró a salir al jardín.

Daniel esperó a que se sentaran alrededor de la mesita de mimbre. Se encontraban a la sombra de un gran porche que cobijaba varios bancos llenos de cojines y un columpio balancín. Más allá se hallaba la piscina y el pequeño huerto de su padre.

—¿De qué se trata? —insistió su madre, nerviosa.

—¿De qué se trata el qué? —preguntó el padre.

—Daniel ha venido a contarnos algo, Manuel —contestó ella sin quitar los ojos de su hijo.

—De acuerdo —asintió Daniel compadecido de la impaciencia de su madre—. Tengo que decirles que he pedido el traslado y me lo han concedido.

—¿El traslado? —La mujer abrió los ojos como platos—. ¿Pero por qué? —preguntó, sin entender.

Manuel posó la mano sobre el brazo de su esposa, intentando calmarla.

—Vamos, a ver hijo. ¿Dónde te han asignado?

—Lo pedí a Barcelona, pero me lo han concedido en Mallorca, lo que creo que es mucho mejor.

Manuel asintió. La madre de Daniel suspiró exageradamente.

—Ah, bueno. Pensé que te ibas a marchar fuera de España.

—¿Qué dices mamá? —rio—. Es un traslado, no una emigración.

—¿Tienes algún motivo para marcharte? —preguntó su padre llevándose el vaso a los labios. Le conocía bien y sabía que no era tan impetuoso para hacer algo así. Si bien no le extrañaba que quisiera trabajar en otras provincias, debido a que le gustaba viajar, lo que no comprendía era que fuese tan rápido, de la noche a la mañana y sin haberlo comentado si quiera con ellos.

—No tengo ningún motivo. Es solo que me aburre Madrid y me apetece

hacer algo distinto. Llevo meses dándole vueltas, y de hecho se lo dije al comisario hace un par de semanas, pero no quería decir nada hasta no saber la respuesta. Hoy mismo me lo han dicho.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó Manuel.

—De momento solo será por un par de años, pero como vosotros podéis ir a Ibiza cuando queráis, nos seguiremos viendo bastante.

—¿Y qué vas a hacer allí? Tendrás que buscarte un apartamento o algún lugar para vivir. ¿O es que te vas con alguien y ya sabes dónde te instalarás? —quiso saber su madre, asimilándolo todo.

—Ya me buscaré algo, mamá. Eso no me preocupa nada.

—Parece que lo tienes muy decidido —advirtió Manuel—. Si eso es lo que quieres hacer, lo veo muy bien por ti. Nosotros te apoyaremos en todo lo que te haga falta.

—Yo tengo una pregunta —añadió la madre sin dejar de mirar a su hijo—. ¿Eso significa que no vas a volver a ver a esa mujer o te vas con ella?

—Ya te he dicho antes que entre Silvia y yo no hay nada. Solo somos amigos, eso es todo.

—¡Bueno, vale! Lo que ocurre es que yo comenzaba a hacerme ilusiones y pensé que tal vez... Pero nada. Si me dices que solo mantienes una simple amistad, no insisto más.

Daniel se puso en pie en cuanto acabó su vaso. Manuel le imitó:

—¿Te marchas ya?

—Sí. Tengo cosas que hacer.

—No nos has dicho cuando te marchas —preguntó su madre con la cara levantada hacía él.

—Para finales de octubre o principios de noviembre. Aún me tienen que dar la fecha.

Manuel le acompañó hasta la puerta y regresó junto a su esposa.

—Pues yo creo que ha debido de pasar algo —insistió ella, preocupada.

—¡Claro que ha pasado algo, Candela! Daniel ha cometido un fallo garrafal

que seguramente salga en su expediente al tirar la puerta equivocada. Estoy seguro de que es por eso por lo que necesita cambiar de aires y es algo muy comprensible. No debe ser muy agradable estar en mente de las demás comisarías por ese tema.

Entre muecas, la mujer terminó por asentir.

—Tienes razón. El día que ocurrió se le veía destrozado. ¿Sabes qué pienso, Manuel? —dijo repentinamente emocionada—. Me gustaría hacerle una fiesta de despedida. Tendré que avisar a la familia y a sus amigos. ¿Qué te parece?

—Está bien. Será bueno que se lleve un grato recuerdo, pero tampoco te pases con los invitados.

—No, solo los más allegados, aunque también voy a invitar a esa chica. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Creo que Silvia, aunque no sé... Escúchame bien, espero que no quieras hacer de Celestina.

—¡Claro que no! Son amigos y me apetece conocerla. Le diré a Cristina que me ayude porque no quiero que vengan las chicas antes de tiempo y que Daniel se dé cuenta. Ella podrá conseguir los teléfonos de todos.

—Haz lo que quieras.

—Quizá ponga una carpa en el jardín por si llueve, porque en octubre ya se sabe. A él le va a encantar esta fiesta. —Manuel asintió, cogió el libro que había sobre la mesa y se dirigió al interior de la casa. Candela le siguió—: Me va a dar mucha pena no tenerle tan cerca, pero bueno, podemos ir una temporada larga a Ibiza. A lo mejor deberíamos ir para navidades...

No podía dejar de pensar en Silvia, sin embargo, se resistía a llamarla. Nunca lo hacía. Esperaba todas las noches a que fuese ella quien se pusiera en contacto. Oír su voz le levantaba el ánimo y hacía que miles de mariposas

revoloteasen en su estómago. Ella le hacía reír con sus bromas. Esas charlas se estaban volviendo adictivas y las esperaba con impaciencia. Le contaba lo que hacía, lo que había hablado con su antigua jefa, cómo llevaba el arreglo de sus papeles... Cuando se puso a trabajar en Arena del Edén le relataba su día a día. Se alegraba mucho por ella. Pensaba que merecía ser feliz, aunque sabía de sobra que en cuanto supiese que había pedido el traslado, la iba a decepcionar. No podía hacer nada al respecto. Desde un principio su relación era tan solo una... aventura, nada serio. Y él lo tenía muy decidido. Que Silvia le gustase mucho no significaba que la amase. Admitía que le tenía mucho cariño. Que el sexo entre ellos era auténtico. Pero estaba decidido a que el día que se enamorase, iba a disfrutar a tope con su novia antes de tener hijos. Aun así, aprovechaba cada instante que se veía con ella. Siempre que tenía un rato libre se acercaba a verla. Si era en el hotel se tomaban un café, y si era por la noche en su casa, cenaban juntos. Los fines de semana se iban al parque, al campo, al lago...

Pero el tiempo pasó volando y la fecha de su traslado estaba a falta de cuatro días. Era sábado y se marchaba el martes. Y lo peor de todo era que todavía no se había atrevido a comunicárselo a Silvia. Sin falta iba a hacerlo esa noche. Iba a ser la despedida. O eso había planeado hasta que le llamó su madre pidiéndole que fuera a casa porque precisaba verle. Daniel trató de convencerla de ir al día siguiente pero, ante su insistencia, él llamó a Silvia para decirle que tenía trabajo y que se verían el domingo para comer.

Al subir los primeros escalones de la casa no pudo dejar de apreciar la cantidad de coches que había aparcados por los alrededores. Reconoció algunos que pertenecían a sus amigos. Sonrió involuntariamente y con naturalidad se arremangó las mangas de la camisa. Le habían preparado una fiesta de despedida. Agradeció llevar los pantalones de pinzas y los zapatos en vez de las deportivas y el chándal.

Entró en la casa y se hizo el desconcertado cuando todos en el salón gritaron:

—¡SORPRESA!

De pronto todo fueron besos, saludos y risas. Alguien encendió el aparato de música y parte de los invitados se abrieron paso hacia el jardín donde una enorme carpa blanca ocupaba una gran extensión del césped. Era finales de octubre y seguía haciendo bastante calor todavía, aunque no tan asfixiante como en el verano.

Daniel buscó a su madre entre la gente. Le había parecido verla nada más entrar, pero enseguida había desaparecido. La encontró junto a unas mesas donde habían colocado bebidas. Se quedó sin respiración. Silvia estaba al lado de ella y lo miraba con timidez. Tenía las mejillas sonrosadas.

Daniel se acercó en largas zancadas y besó a su madre en la mejilla.

—Gracias por la fiesta.

—De nada. Sabía que te haría ilusión. Mira a quién hemos invitado —le señaló a Silvia. Él la observó frunciendo el ceño:

—Hemos hablado hace un rato y no me has dicho nada.

Ella sonrió con su mueca de duende.

—Me has dicho que tenías trabajo.

A Candela le habría encantado quedarse a cotillear un poco, pero alguien reclamó su atención.

—A veces venir a ver a mi madre es un trabajo —respondió él con burla—. ¿Cómo han conseguido tu teléfono?

—Creo que tu compañero se lo dio a Cristina. Ella me hizo prometer que no te diría nada, pero sé lo de la fiesta desde hace días.

Daniel tragó con nerviosismo. Ella estaba muy hermosa con un vestido de seda violeta que se ajustaba a su cintura, aunque quedaba flojo sobre el pecho ya que el escote era más bien alto. La falda tenía vuelo y era tan corta que involuntariamente los ojos se iban a sus preciosas y torneadas piernas.

—Estás espléndida —murmuró devorándola con los ojos impregnados en lascivia.

—¿Te parece? —Coqueta, se giró para que pudiese ver su espalda

completamente desnuda.

—De infarto —asintió, recorriendo con la vista las perlas negras de la columna—. ¿Te han presentado?

—Sí, tus padres han sido muy amables conmigo y creo que me han presentado a todo el mundo —soltó una carcajada— pero no me pidas que te dé nombres.

Por su actitud, nadie le había dicho el motivo de la fiesta, pensó Daniel. Eso le preocupó porque sin duda iba a acabar enterándose.

—Me alegro mucho de que estés aquí. Quería hablar contigo Silvia y...

—Perdona que te interrumpa —le dijo ella—. ¿Qué es lo que se celebra? No me queda claro si es tu cumpleaños o algo de que te han ascendido... —Se encogió de hombros—, creo que nadie lo sabe con certeza.

Daniel no pudo contestarle. En ese momento fueron a saludarle algunos amigos y sin quererlo tuvo que apartarse de ella. Más tarde la buscó.

Silvia había salido al jardín y observaba a la gente, incomoda. No conocía a nadie y se encontraba sola.

—Silvia, ven. —Daniel cogió su mano y tiró de ella hacía el interior de la casa.

—¿Dónde me llevas? —susurró, divertida, al sentirse arrastrada por las escaleras.

Él la miró con ojos excitados. Había mucha gente en la fiesta, sin embargo, solo la veía a ella.

—Me apetece estar contigo un rato a solas.

Ella se mordió el labio, animada.

—Se supone que eres el centro de la fiesta.

—No creo que nadie nos eche de menos.

—Eso es cierto, aquí hay más gente que en la cabalgata de los reyes magos.

Daniel era consciente de que no debían desaparecer. Sin embargo, su cerebro no funcionaba y no obedecía más órdenes que las que le dictaban su afán y su deseo por ella.

—Esta vez no te preguntaré si lo quieres duro o no.

Silvia se pasó la lengua sobre el labio inferior.

—¿Por qué?

—Porque lo sé. —Subió directamente al dormitorio que una vez había sido suyo. Lo habían convertido en un despacho.

Estaba exaltado, rodeando la delgada cintura de Silvia contra sí. La besó con fuerza queriendo que ella llegase al mismo grado de excitación en el que él se encontraba. Lamía sus labios, absorbía su aliento, bebía de su lengua. Besó toda su cara, las mejillas, los ojos, la frente, la barbilla y otra vez sus labios, introduciéndose cada vez más en su boca.

Las manos de Silvia rodearon el cuello de Daniel acariciándole el pelo y él le cubrió el trasero con las suyas. A ambos les costaba respirar.

—¿Quieres que te lo pegunte? —susurró él levantándole las faldas hasta la cintura.

Silvia sacudió la cabeza.

—Duro —respondió entre jadeos.

Con impaciencia le quitó el tanga y la cogió en vilo. Entró en ella con suavidad al principio. Resbalaba como un pez en la mano, sin embargo, pronto notó cómo se contraían los músculos a su alrededor.

Silvia apretó sus piernas en torno a su cintura y le clavó las uñas en la espalda a través de la camisa.

Contra la pared de su antiguo dormitorio, Daniel le hizo el amor con una pasión arrolladora. Ni siquiera le preocupó que alguien pudiese subir a buscarlos. Lo único que le importaba era tener a Silvia como la tenía en ese momento. Solo quería marcarla a fuego y que todos supieran que ella era...

¡De nadie! ¡No podía hacerlo! ¡No podía ser suya!

Capítulo 17

Un surtido de diferentes botellas formaba una línea horizontal sobre la mesa, y justo delante de ellas se hallaban un montón de vasos de plástico colocados a la perfección. Los camareros se encargaban de pasar con distintas bandejas entre los invitados para que pudiesen saborear las exquisiteces que habían preparado. Yo probé casi de todo; risottos, canapés de muchas clases, unos tacos mexicanos que estaban riquísimos, nachos con queso que me apasionaron... Puede que no lo estuviese pasando muy bien en la fiesta, pero al menos me iba a llevar un par de kilos en las caderas.

Daniel había desaparecido hacía un rato y al final fui a ver si lo encontraba. Estaba deseando que todo eso acabase ya. Cuanto más tiempo pasaba más me decía que no tenía que haber ido. La culpa había sido de Cristina que me convenció para darle la sorpresa. Y hombre, yo sabía que en verdad le había sorprendido bastante verme allí, pero también sabía que él debía estar con sus invitados y atenderlos a todos y no estar todo el tiempo pendiente de mí. Pensaba ponerle una excusa. Lo tenía bastante fácil. Decir que me había llamado Inma y que Sharisse tenía unas décimas de fiebre. Le convencería para que él se quedase con su gente.

Lo encontré en una estancia que estaba junto al salón, sentado en un sillón, charlando con Lucas, el compañero de trabajo. Toda la casa tenía un aire fresco y femenino, y no me extrañaba, porque Candela, la madre de Daniel, me parecía un tanto cursi. Por descontado que ellos disfrutaban de una

posición económicamente elevada. Me había dado cuenta al estar en Ávila, pero ahora que los conocía era un hecho comprobado.

Según me acerqué a ellos escuché que Daniel le decía a Lucas:

—No tenías que haberle dado su número a Cristina ¡joder, tío! Eres el único que sabe que he pedido el traslado porque ya no me apetece estar cerca de ella y coges y ¡pum! Parece mentira que me hayas hecho esto.

Me detuve en seco. ¿Hablaban de mí? El corazón comenzó a latirme a mil por hora. Deseché esa pregunta rápido. ¿Cómo podía estar hablando de mí después de lo ocurrido en su dormitorio?

—Tú querías romper con ella y decirle que te marchabas a vivir a Mallorca. Pues de esta manera ha sido más fácil. ¿O qué? ¿Pensabas decirle que solo te la ligaste para que declarase contra Osvaldo? Deberías darme las gracias por allanarte el terreno.

Me quedé tan pasmada que por unos largos segundos fui incapaz de reaccionar. Sé que siguieron hablando, aunque mis oídos no escucharon nada entendible. Di varios pasos atrás, como en trance. No quería saber más. Me dolían tanto esas palabras que estuve a punto de romper a llorar allí, en medio de todo del mundo.

Alguien se aclaró la garganta a mi lado, cosa que agradecí y que me ayudó a recuperar el aplomo. Me giré y vi que era Cristina. Ella parecía tan alucinada como yo misma.

—¿No me digas que están hablando de ti esos capullos?

Aspiré profundo porque no quería que mi voz saliese temblorosa ni nada por el estilo. Yo era una mujer fuerte, hecha y derecha.

—Al parecer, sí.

Cristina parpadeó, miró a los hombres y volvió a mirarme a mí, esta vez con un brillo de ira en sus ojos.

—¡¿Estos de qué van?!

—¿Tú no sabías de verdad que Daniel me estaba utilizando? —le pregunté haciéndome la dura. Fingiendo que cosas como esas me pasaban a diario y no

me afectaban.

—Te prometo que no —me contestó atónita—. Él me dijo que erais amigos, aunque por el beso que presencié el día que voló, imaginé que muy buenos amigos. Es cierto que ha pedido el traslado, pero yo no... no pensaba que iba a ser ningún impedimento para que pudierais seguir con lo vuestro. ¡Joder, qué fuerte! ¿Ha ligado contigo para que testificases en un caso?

Asentí.

—¿Daniel ha pedido el traslado? ¿A dónde?

—A las Islas Baleares. Va por dos años dentro de unos días —frunció el ceño—. ¿No te lo ha dicho?

—No. —No sé si sentí más ganas de llorar o de ponerme a gritarle como una energúmena. Hacía apenas dos horas que había estado haciéndome el amor. Me había besado, me había dicho lo mucho que le gustaba y ahora de repente me enteraba de que no le apetecía estar conmigo—. ¡Es un cabrón! —escupí rabiosa.

—¿Quieres que le llame y lo habláis?

Negué con la cabeza.

—Tranquila. Solo tengo que decirle un par de cositas y me importa una mierda si su querido amigo las escucha.

Según caminaba con paso firme hacia ellos, sentí que Cristina me seguía. Daniel me vio y se puso en pie fingiendo una sonrisa. Respiré profundo tratando de calmarme.

—¿Te he dejado mucho tiempo sola? —preguntó. Él se percató de mi cambio de actitud y dejó de sonreír. Clavó sus ojos en los míos.

—¿Si lo único que te interesaba era que testificase contra mi vecino, por qué no me lo dijiste? ¿Por qué mierda te acostaste conmigo? ¿Tenías obsesión con hacerme el daño completo o es que eres así de... cabrón con todas?

El rostro de Daniel se congeló. Me recordó al primer día que fui a verlo en comisaría y disimuló no conocerme. No contestó.

—He sido una estúpida —le dije luchando contra el llanto. Me dolía la garganta de retener los sollozos, pero no iba a llorar—. Eres la persona más despreciable que he conocido en mi vida. —Con furia me pasé la mano por la cara retirando las asquerosas lágrimas que caían sin yo quererlo—. Espero que te vaya bien en las islas, y también espero que algún día te paguen con la misma moneda. —No pude seguir hablando. A mí alrededor sentí murmullos, pero yo solo miré a Cristina que tenía cara de no poderse creer lo que estaba pasando.

Me abrí paso a la puerta y en la calle rompí a llorar. A los pocos segundos salieron detrás de mí. Yo pensaba que era Daniel para disculparse, para darme sus razones, para consolarme, en cambio era Cristina que me traía el bolso y la chaqueta de lana gruesa que había traído.

—¿Necesitas que te lleve a casa o algún lado? —me preguntó con amabilidad.

—No, gracias. —Saqué del bolso el paquete de clínex y me limpié la cara—. Voy a coger un taxi.

—¡No seas tonta, Silvia! Yo te llevo, ven, lo he aparcado ahí delante.

Me dejé llevar. No tenía mucho sentido negarme cuando estaba deseando llegar a casa y pensar con claridad todo lo que había pasado.

—¿Por qué haces esto? —me atreví a preguntarle después de estar sentada en el coche—. Eres amiga de Daniel y no debería importarte todo esto.

—Lo sé —respondió seria—, pero yo también he escuchado al gilipollas de Lucas. Y para serte sincera, antes de que tú llegaras, le oí que comentaba a un amigo de Dani que los niños suelen ser un estorbo en una relación. —Ladeó la cabeza—. Ahora creo que se refería a tu hija.

—Pues es posible. Ya lo creo todo.

—Te juro que iba a decirle lo imbécil que es, pero ¿sabes qué pasa? —negué. Cristina estaba realmente enojada—, que tengo fama de ir jodiendo las fiestas de los demás o de armar alborotos. No he podido hacer eso por Candela.

—Lo comprendo, Cristina. No te preocupes. Yo tampoco he reaccionado como debía. En mi mente pienso que tenía que haberle dado un bofetón.

—Se lo hubiera merecido.

—Pero no habría servido de nada. Daniel lo hubiera encajado sin decir ni una palabra. ¡Que le jodan!

—Yo sí que voy a reclamárselo. Si es verdad que ha pedido el traslado para no estar contigo, eso ha sido de cobardes.

—Y de estúpidos—añadí—. No hace falta cambiar de ciudad para romper con alguien. Pero lo que peor me ha sentado... Todo me ha sentado mal, pero... Daniel me subió al dormitorio hace un rato y... en vez de decirme nada, me...me... ¡Si es que soy una imbécil! Me engañó. Me hizo creer que... que estaba muy interesado en mí.

—¡Menudo cerdo! —Cristina golpeó el volante con las manos—. ¡Joder! Es que no entiendo por qué ha hecho eso. Dani no es así.

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue ducharme y quitarme el maquillaje. Nunca me había sentido tan engañada. Daniel era cruel. Un chulo prepotente. Pero yo no iba a llorar más. Él no merecía ni una sola de mis lágrimas. ¡Así se ahogara en Mallorca y le comiese un tiburón!

¿Cómo me había podido engañar? Volví a preguntarme de forma inconsciente. Porque por mucho en que me empeñase en sacarle de mis pensamientos, era del todo imposible. Daniel González, el jefe de la 10ª, me la había metido doblada.

—No necesito a ningún hombre a mi lado. Mucho menos uno falso, mentiroso, déspota y patético —me dije. En un arrebato de ira estrellé el móvil contra el suelo. La pantalla se rompió y varias piezas pequeñas salieron volando. Me acordé de la madre que me parió de muy malos modos y de veinte formas diferentes—. ¡Seré estúpida! ¡Guauh! Ahora tampoco tengo

móvil. Si es que eso es lo peor que me puede suceder. Quedarme sin móvil el mismo día que me quedo sin novio.

Decididamente la suerte no estaba de mi lado. En realidad, nunca lo había estado.

Subí a por Sharisse, pero no le dije a Inma que Daniel y yo ya no estábamos juntos, aunque sí que él se marchaba a Mallorca.

—Las relaciones a distancia no suelen funcionar —me dijo con el mismo pesimismo de siempre.

—No tenemos nada serio —contesté como si no me importase no volver a verlo nunca más.

—Escucha, Silvia. No te aconsejo que tengas sexo cibernético, o como se llame. Luego lo puede subir a las redes y te encontrarías en pelotas por todas partes.

—No pensaba hacerlo.

—¿Quieres tomarte algo?

¿Tequila? De buena gana me hubiese metido una botella entera entre pecho y espalda. Pero negué. En casa me esperaba una tableta de chocolate puro.

—Estoy cansada. Quiero relajarme y dormir pronto.

—¿Estás bien?

No, no lo estaba. No podía decírselo. Cierto que algo se debía reflejar en mi cara, pero es como cuando te ven bostezando y preguntan si tienes sueño. ¡Pues no, estoy cantando ópera en silencio!

—Sí. Estoy a punto de tener el periodo y por eso estaré un poco de bajón.

—Debes saber que la inactividad sexual es peligrosa y produce cuernos. Lo digo por si vas a estar mucho tiempo sin ver a Daniel...

—Por mí que se vaya con quien le dé la gana. —Cogí a Sharisse y me despedí.

Tampoco conocía a Daniel de tanto tiempo. ¿Quién se enamoraba en mes y medio? ¡Pues yo! La gilipollas de Silvia María Piadosa Fernández.

Me propuse con firmeza no pensar más en ello. Di a mi nena una papilla de

cereales y la llevé a dormir. Puse la televisión, me serví un *whisky* largo, me abrí el chocolate y apagué la luz. Pasé de ver Ghost. El cuerpo de Patrick Swayze me recordaba al de Daniel. Y lo mismo ocurrió con Jason Statham en Los mercenarios, Brad Pitt en Troya... Al final vi Johnny English de Mr. Bean y acabé dormida y borracha.

Capítulo 18

Pensé en Daniel el día que se debió marchar a las islas. Y digo debió porque no sé si lo hizo. Supongo que sí. No volvimos a tener contacto. Me dediqué a mi hija y a mi trabajo, el que me encantaba. Al principio hacía talleres de manualidades y teatro con los niños, pero al final Francisco me sumó a los jubilados. Hacíamos juegos, clases de baile, clubs de lecturas... Cada día era especial, y siempre que lo deseaba me acercaba a la guardería a ver a Sharisse. Al final de la jornada me reunía con Francisco y nos tomábamos algo y charlábamos. Era un tipo muy majo, aunque iba de sobrado y se lo tenía muy creído entre las chicas del personal. A mí no me vacilaba porque en un par de ocasiones dejé muy claro que esas tonterías no me atraían en absoluto. Yo creo que en el fondo le imponía un poco.

Los fines de semana yo no trabajaba, de no ser que se celebrase algún evento especial. Pero cuando sucedía eso lo hacía con gusto. Disfrutaba mucho rodeada de gente. Además, había un señor mayor que, de vez en cuando me regalaba los artículos de aseo personal que se colocan en los cuartos de baño. El pobre se pensaba que eso me hacía feliz y yo lo aceptaba por no hacerle un feo. Era una de esas personas que siempre habían vivido en hoteles y no tenía muchos amigos.

Y había dos ancianas que todos los días me esperaban para el desayuno—no era muy normal que me sentase en su mesa—, pero ellas insistían y compartíamos beicon, huevos (fritos o revueltos), salchichas, cereales,

postres y zumos. Me hacían reír mucho y me recordaban a las chicas de oro. Había bastantes huéspedes como ellos a los que llamábamos *long stay*: personas alojadas por largas temporadas.

La comida, de menú, se servía en una sala adyacente a la cocina de uso exclusivo para los empleados. La cena era de bufet y nos permitían servirnos del comedor, siempre y cuando no fuéramos en grupo y llamando la atención.

En el mes de diciembre comenzamos a preparar talleres para hacer un Belén viviente por un lado y la obra musical de Jesucristo Superstar por otro. Muchos huéspedes quisieron apuntarse. En algunas escenas incluso debían salir algunos empleados para hacer de seguidores de Jesús o habitantes de Nazaret. Fue muy divertido organizar todo, aunque también algo estresante. A esto se le unió la decoración navideña y puse a los más pequeños a trabajar en guirnaldas de colores y adornos.

Una noche que llegué a casa me encontré a Inma esperando en mi puerta. Estaba emocionada. Nunca la había visto tan radiante.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté, curiosa.

—¡No! Te he visto llegar desde la ventana.

Abrí la puerta. Inma tomó a Sharisse en brazos y entró en la casa haciéndole carantoñas.

—Y dime ¿te ha tocado la lotería? ¿O es que te apetecía hacerme una visita?

—Nada de eso —respondió. Metió a la niña en el parque y le quitó el abrigo. —Estoy teniendo una relación seria con un hombre.

Sabía que ella salía de vez en cuando con un grupo de amigos y a veces se ligaba a alguien. Era libre y mayor de edad y podía hacer lo que le saliese de las narices. Sin embargo, era la primera vez que me comunicaba algo así de manera... oficial.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Muy poco. Hace unas semanas solo. —Se acomodó en el sillón mientras yo encendía la calefacción y llevaba el abrigo de Sharisse y el mío al

ropero—. Pero me ha pedido vivir juntos.

—¿Tan pronto?

—Le conozco desde hace mucho tiempo. Es un compañero de trabajo. Siempre nos hemos tratado como amigos, pero me confesó que sentía algo especial por mí.

Me senté a su lado con las piernas cruzadas. Me dio apuro preguntarle si no se estaba precipitando en eso de vivir juntos. Cambié la pregunta por otra:

—¿Y tú qué sientes por él?

—Me gusta mucho.

—¿Y antes no?

—Igual que antes no, ahora sí.

Sonreí. Esa frase era de José Mota, el humorista.

—Estoy hablando en serio, Inma.

—Lo sé. Hace unos meses era yo la que me preocupaba por ti y ahora toca al revés.

—Llevas razón. Pero yo no pienso hacerte dudar como hiciste conmigo, aunque tenía que haberte escuchado desde el principio. De modo que, si tú eres feliz con este tipo, me alegro mucho por ti, Inma. Te lo mereces. —La miré con pena. Poco a poco me había acostumbrado a tenerla cerca—. Dime por lo menos que no te marcharás de aquí.

Ella asintió.

—Tengo pensado vender el piso o alquilarlo.

—¡No me digas! ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Puedes descartarme como sospechosa. Yo no soy el topo que se chiva a tu madre de lo que haces.

Solté una carcajada.

—Espero que tanto si vendes como si alquilas, sea gente normal, por favor. Procura mirar las credenciales; nada de traficantes, falsificadores y esas cosas.

—No te preocupes, todavía voy a tardar varios meses —me guiñó un ojo—.

Queremos irnos juntos en primavera. Además —se puso colorada— él también quiere tener hijos.

—A ver si ahora vas a ir a niño por año.

Por su cara me di cuenta de que eso no era ningún problema para ella. Para mí sí. Los regalos en los bautizos últimamente se subían a la parra. Aunque tenía que reconocer que por primera vez marchaba económicamente mejor que nunca.

—Por cierto —dijo—, ha venido esto por correo certificado para ti. He tenido que firmarlo, pero como me dijiste que cogiera todo menos denuncias... —Me entregó un sobre grande—. Creo que es de los juzgados.

—¿De los juzgados? —Me puse nerviosa. No sabía qué podía encontrarme.

Lo abrí con tijeras porque venía en un sobre acolchado. En su interior había un montón de documentos. Inma esperó a que yo lo revisase.

—Es de cuando entraron este verano los GEO en casa. Me dicen que no me pagarán nada por daños y perjuicios porque la cuantía no asciende a diez mil euros. Sin embargo, me ingresarán el coste de la puerta, aunque no dicen cuándo.

—Esto puede tardar incluso años. Qué decepción ¿verdad? ¡Después del pedazo de susto que te dieron esos...! ¡Diez mil euros! Esto es para mear y no echar gota.

Me encogí de hombros.

—Que me tirasen la puerta abajo también me ha traído cosas buenas. Antes de todo eso apenas cruzábamos palabra tú y yo y al final te has convertido en una verdadera amiga. Gracias al cielo no me han traumatizado ni nada por el estilo —Señalé con el mentón el mueble de la entrada—. Ya no lo pongo delante de la puerta. Eso sí, duermo con pijama largo y peinada.

Nos reímos de la broma. Inma se puso en pie.

—Me voy a marchar ya. Solo quería darte la noticia y el sobre.

—Gracias. Oye, en el hotel vamos a hacer una cena en Navidad. ¿Te parece si te consigo dos invitaciones?

—¿Os convidan a los empleados?

—No. Quien me invita es Francisco. Después de esto especularán si entre él y yo hay algo, pero me da igual.

—¡Hombre! Pues me encantaría ir. Así conoces a Mario y yo a Francisco. Ya es hora de ponerle cara.

—Hecho. Pero no pienses mal. Entre él y yo solo hay amistad. Nada más.

Inma asintió. Comprendía que yo me hubiese vuelto tan cauta. Y si antes hacía caso alguna vez a mi corazón, hacía tiempo que solo usaba la cabeza. Ganaba más siendo práctica que una romántica bobalicona.

—¿No has vuelto a saber nada de... ese? —preguntó, dudosa.

—No —sacudí la cabeza—. Ni quiero hacerlo. Los hombres son como las batidoras... crees necesitar una, pero no sabes realmente para qué.

—Bueno, eso es por tu mala experiencia. Para mí son como el café... Los mejores son calientes, fuertes y te tienen despierta toda la noche.

¿Por qué creí escuchar las palabras «lo quiero duro»? Me estremecí. Le cogí el brazo con cariño y la acompañé a la puerta. A los pocos segundos la escuché entrar en su casa.

—Será mejor que nosotras también vayamos a dormir. —Cogí a Sharisse en brazos. La pobre estaba muy cansada. En la guardería me decían que era una niña muy afable y juguetona y adoraba las piezas de montaje. Se quedó dormida enseguida.

Me di un baño relajante y no pude evitar pensar en Daniel. Cada vez que lo hacía sentía dolor, pena y sobre todo rabia y humillación. Y... lo echaba terriblemente de menos. Solía decirme que solo era por el buenísimo sexo que habíamos tenido, y que en esos momentos me faltaba, pero en el fondo me mentía a mí misma.

Al día siguiente me estaba tomando un café en el comedor de los empleados mientras hacía una lista con las cosas que estaba preparando para ese día. Francisco entró con su eterna sonrisa, trajeado y elegante como siempre.

—¿Cómo estás? Hoy no has pasado por el salón y te estaban esperando esas ancianas. —Se sentó en el taburete que estaba a mi lado. Le miré y él soltó un silbido al verme—. ¡Vaya cara! Parece que has pasado mala noche. ¡Menudas ojeras! ¿Se puede saber qué has estado haciendo, o es privado?

—Intentar dormir solamente —respondí—. Estaba tan cansada que caí en la cama como un tronco, pero a la media hora me pasó como a las jirafas y ya estaba despierta.

—O sea, que no has pegado ojo.

—Muy poco. Estoy molida. ¿Por qué lo preguntas? ¿Necesitas algo?

—Me han dicho que hay que poner un árbol de Navidad en el vestíbulo. Se lo diría a Miriam, pero no me entusiasma cómo lo hace ella.

—No me extraña, tiene el sentido del gusto en el culo. No te preocupes, convenceré a los mayores de diez años para que me ayuden a decorarlo. Hazme algún cartel pidiendo colaboración en el tablón y esta tarde lo ponemos.

—Sabía que podía contar contigo.

Sin aviso me dio un beso en la mejilla que me dejó inmóvil. Eso no lo hacía con las demás empleadas. Tampoco me gustó que lo hiciese conmigo. Antes de poder decirle nada se marchó peinándose el engominado cabello. Miré a mí alrededor a ver quién había por allí y sobre todo quién lo había visto. Dos de las monitoras charlaban con un camarero y no me miraron ni una sola vez durante los minutos que estuve haciéndolo yo.

Capítulo 19

El cielo estaba completamente encapotado y auguraba una buena tormenta. Daniel observaba desde la ventana cómo amanecía. Paseó sus ojos sobre las casas bajas que se anteponían a su grandiosa vista del océano. A los lejos, las aguas bravías se mecían en un torbellino de desorden. Las olas rompían en alta mar y la espuma desaparecía con rapidez para emerger de la misma manera. Era un paisaje salvaje que siempre le había fascinado. Por lo menos antes de trasladarse a vivir allí de manera permanente.

La alarma del iPhone volvió a sonar y la apagó con un solo movimiento del dedo. Estiró los músculos de la espalda de camino a la ducha y recordó a la mujer a la que había acompañado a su casa la noche anterior. Era una psicóloga con la que había quedado para tomar algo. Desde lo de Silvia no había salido con nadie y tampoco le había apetecido. La cita fue un fracaso total. La psicóloga era bonita; rubia, ojos claros, piernas largas —quizá demasiado delgadas y sin forma—, agradable. Pero definitivamente no era su tipo; su conversación demasiado seria era aburrida y monótona, y su forma de gesticular, un tanto forzada, le recordó a un robot. Como un caballero le dijo que la llamaría y se despidió temprano con la excusa de tener una gestión al día siguiente. En realidad, no era una excusa, pero él prefirió pensar que sí.

Media hora después estaba en comisaría poniéndose el uniforme de asalto. No había dormido mucho. Otra vez había tenido pesadillas. Siempre la misma. Se trataba de Silvia. Soñaba que al no estar él cerca le ocurría algo;

un accidente, alguien que le hacía daño... No podía evitar sentir miedo por ella y no paraba de repetirse que era solo culpabilidad. Se sentía muy culpable. Sobre todo, de echarla tanto de menos. En esos momentos se daba cuenta de que le importaba una mierda que Silvia tuviese una hija. La niña había llegado antes que él a su vida y no podía competir con ella. Pero también se dio cuenta de que no debía competir con nadie, ni siquiera compartir a Silvia. Sharisse nunca había sido ni un obstáculo ni un problema. Solo era una parte muy importante de la mujer por la que se sentía sumamente atraído. Hubiera estado bien que Cristina, después de echarle la bronca del siglo e insultarle —le había llamado-cerdo-machista-cabrón— le hubiera abierto los ojos con respecto a lo que pensaba de la niña. Sin embargo, lo único que le dijo fue que había perdido a una gran mujer. Y sabía que tenía razón. Silvia era auténtica y él estaba confundido. Desconocía sus propios sentimientos. Se sentía en el mismo infierno pidiendo un nuevo traslado que no le concedían y sin atreverse a marcar el número de teléfono que todas las noches observaba en su agenda del móvil. No lo hacía por orgullo y porque en el fondo sabía que ella no le iba a perdonar ni aunque se arrastrase. La había mortificado y, sobre todo, decepcionado. Ninguna mujer en su sano juicio perdonaría algo así. Él, de haber sido mujer, tampoco lo hubiera hecho.

—Estas son las órdenes. —Un agente le entregó un fólder con la operación que debían hacer. Se trataba del registro de una banda de sospechosos de varios atentados. En aquella ocasión buscaban explosivos, armas y cualquier cosa relacionada con ello.

Daniel estudió los planos del chalé que iban a asaltar. Después, se guardó la orden de registro y entró en el furgón recordando una vez más a sus compañeros de lo precavidos que debían ser. A las ocho en punto estaban en la calle frente a la casa. Se trataba de un edificio bastante sencillo, de dos plantas e independiente. Para acceder había una puerta de hierro oscura y una de garaje de igual forma y color, aunque enorme, al lado.

No se terminaba de sentir cómodo en ese grupo. No eran mala gente, pero él sabía que algunos habían estado esperando el ascenso a jefe de equipo y que, con su llegada, les había hecho polvo. Tampoco confiaba mucho en ellos. No llevaban tanto tiempo juntos, y no sabía ni cómo se compenetraban, ni de qué pie cojeaba cada uno.

Envió a dos hombres a que saltasen el alto muro de piedra caliza y les abriesen por dentro. Cuando lo hicieron, entraron todos rodeando la casa para asegurarse de que nadie escapase por las ventanas. Un fuerte trueno silenció el golpe del ariete que abrió la puerta principal. Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.

El interior de la casa se llenó de adrenalina. Agentes recorriendo la planta de abajo con pasos ágiles y silenciosos. Otros, la de arriba, aferrando con fuerza sus fusiles de asalto. En un dormitorio hallaron a dos hombres desorientados. Se acababan de despertar. Los registraron a pesar de estar en ropa interior. Después los pusieron de rodillas sobre la plaqueta del suelo.

Un gran viento racheado comenzó a empujar las contraventanas. La tormenta descargó con toda su furia sobre la isla. La casa se llenó de portazos y golpes descolocando al equipo. Daniel se dio cuenta de que algunos estaban más interesados en el temporal que en lo que estaban haciendo. No le dio tiempo a llamarles la atención. Uno de los detenidos, de cuerpo fibroso y atlético, empujó con fuerza al policía que iba a ponerle las esposas. En cuestión de segundos le arrebató el arma de la funda y disparó al tiempo que se giraba.

Daniel quedó momentáneamente petrificado. Sentía el impacto en su clavícula, cerca de donde latía el pulso de su yugular. El aturdimiento duró unas décimas de segundo. Con su cuerpo grandote se lanzó sobre el sospechoso y lo redujo. Lo soltó cuando sus compañeros le colocaron los grilletes.

—Lo siento mucho, señor —murmuró el agente culpable de haberle dejado escapar—. Acabo de llamar a la ambulancia.

—¿Está todo bien inspeccionado? —preguntó Daniel con voz ronca y áspera, a nadie en especial.

—Sí. Se está haciendo un recuento de lo que hemos encontrado: varias granadas de humo, detonadores, un par de explosivos plásticos, *miniblasters* con adaptadores, armas de fuego de calibre mediano y dinero. La secretaria judicial ya viene para acá.

Daniel salió de la habitación. De reojo se miró la sangre que cubría su hombro y que se deslizaba por el costado y el brazo. No era un dolor insoportable. Tampoco era una herida grave puesto que podía moverse con facilidad. Se detuvo junto al agente femenino que hacía el inventario. Tras él salieron dos de sus hombres observándole entre sorprendidos y admirados.

—Señor, debería sentarse en algún lado y esperar que venga la ambulancia. Está perdiendo mucha sangre —dijo uno de ellos.

La mujer que anotaba los objetos en el cuaderno levantó la vista hasta Daniel. Le había faltado muy poco para que la bala le atravesase la garganta. La sangre manchaba su chaleco. Él, en cambio, se mantenía sin pestañear ni mover un solo músculo de su cara. Desde que ella lo conocía le había llamado la atención lo guapo que era. Pero también que no parecía querer ser muy sociable y, excepto cuestiones de trabajo, nunca había hablado nada con él.

—Señor —musitó, asustada. Era la primera vez que veía a un hombre herido de bala.

—Estoy bien. Termine el inventario.

Daniel buscó un baño. Se arrancó las prendas superiores y presionó con fuerza una toalla sobre la herida. Con la mano libre abrió el grifo del agua y se mojó la cara. Comenzaba a sentir mareo.

Los truenos siguieron retumbando en el exterior con más fuerza todavía. Entre el ruido le pareció escuchar la sirena de la ambulancia. Suspiró aliviado y esperó a los auxiliares de transporte sanitario.

No puso ninguna objeción en subir a la ambulancia. El día se había

convertido en noche y el cielo no dejaba de iluminarse con los cientos de rayos que zigzagueaban en todas direcciones. No llegó a perder el sentido en ningún momento. Estaba enfadado y triste. Se sentía solo, lejos de la gente que quería. Incluso se enfadó un poco más cuando Lucas fue el primero en llamarle por teléfono.

—¡Menudo susto, tío! El comisario ha dado la noticia aquí y nos hemos quedado todos un poco mal. Yo el primero, por eso necesitaba llamarte y saber cómo estabas.

Daniel gruñó.

—Estoy bien. No ha sido más que un rasguño.

—¿Un rasguño? Por un rasguño no te dan la baja. Cuenta, el comisario dice que por apenas unos centímetros sigues vivo.

—Ha podido ser peor —bajó la voz para que no le escuchase nadie. Acababa de entrar una enfermera colocando sábanas dobladas en un armario—. Lo increíble es que no sentí dolor en el impacto. Ahora sí me está molestando un poco.

—Debes cuidarte. ¿Has perdido mucha sangre?

—No tanta como para transfundirme. Hoy y mañana estaré en observación por si surge alguna complicación y luego me mandan a casa a descansar.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vienes para acá?

Se pasó la mano sobre el vendaje. La enfermera se le acercó.

—¿Le duele? Puedo decir que le pongan más analgésicos.

—Sí, gracias —contestó—. No, Lucas, no hablaba ahora contigo. No sé lo que voy a hacer. Mi intención es ir a pasar las navidades a casa. Quizá adelante el viaje, aún no he pensado en nada.

—Piénsalo pronto o, de lo contrario, seguro que tus padres viajarán a verte.

—Lo sé. Y hablando de ellos, te voy a colgar porque es posible que estén llamándome y tengo la línea ocupada.

—¡Espera! Hace mucho que no hablamos y no es porque yo no lo intente. Dices que no, pero estoy seguro de que estás enfadado conmigo.

—No quiero hablar de ello.

—Venga, Dani. Sé que metí la pata. No sabía que estaba la viuda escuchando...

Daniel frunció el ceño.

—¿Quieres hacer el favor de llamarla Silvia?

Lucas guardó silencio durante unos largos segundos. Después, suspiró hondo.

—Te pillaste con ella, ¿verdad?

—No me apetece hablar de eso.

—Lo siento, Dani. Fue un mal plan.

—Fue el peor de todos. Pero no te culpo, Lucas. Fui yo el que no supo ir de cara. Primero, no debí hacerte caso. El plan era rastrero. Y, en segundo lugar, no debí dejar que las cosas llegasen tan lejos.

—Ya, pero si yo no le hubiese conseguido el teléfono de la... Silvia, a Cristina, no hubieran acabado así las cosas.

—Eso sí que fue una putada —admitió. Se acordó de su madre—. Venga, que te cuelgo. Hablamos en otro momento.

La enfermera regresó con el analgésico. Lo estaba poniendo en el porta sueros cuando llamó la madre de Daniel, completamente asustada. Le costó un triunfo tranquilizarla.

—¡Francisco! ¡Qué alegría verte!

El hombre se giró hacia la voz de una mujer. Sonrió al descubrir a Cristina. Se acercó con un par de largas zancadas y le propinó dos sonoros besos en las mejillas.

—Yo sí que me alegro de verte preciosa. ¿Qué haces por aquí?

—Pasaba a una tienda cercana y me acordé de que Silvia trabajaba aquí contigo. Podía haberla llamado por teléfono, pero lo que tengo que decirle

prefiero que sea a la cara.

—Entra, nos tomamos un café. Te noto preocupada ¿ha pasado algo?

Cristina asintió.

—Es Daniel. Lo han herido en acto de servicio.

Francisco se sorprendió.

—¿Qué me dices? ¿Está bien? ¿Es algo grave?

Ella se encogió de hombros. Caminaron hacia la cafetería mientras le contaba lo ocurrido. Francisco avisó a un camarero para que llamase a Silvia. La esperaron en una mesa redonda situada junto a un enorme ventanal.

Silvia no tardó en llegar. Frunció el ceño al verlos juntos. Cristina se levantó.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Claro —respondió Silvia—. No esperaba...verte. —Se dieron dos besos.

Francisco le retiró la silla y ella se sentó. Cristina también lo hizo.

—¿Qué tal tu peque? —preguntó Cristina rompiendo el hielo.

—Bien. Ha espabilado mucho en estos meses. ¿Y a ti qué tal te va?

Francisco se levantó y se disculpó con ellas dejándolas solas. No estaba dispuesto a tomarse a bien una mala reacción de Silvia cuando Cristina le contase lo que le había pasado a Daniel.

—Me va bien, Silvia. Te estarás preguntando porqué he venido a verte.

—La verdad es que sí. Estoy muy intrigada. —Cruzó los brazos sobre la mesa—. Ahora, te advierto que si has venido a decirme algo de Daniel, no quiero saberlo.

—Imaginaba que dirías eso, por eso he venido a verte y no te he llamado por teléfono.

—Cristina, es serio, después de lo que pasó no quiero...

—Yo soy la primera que piensa que la mayor cobardía de un hombre es despertar el amor de una mujer sin tener la intención de amarla. Pero creo que te gustaría saber que han herido a Daniel durante un asalto.

Silvia apretó los labios. Fue ese gesto lo único que se permitió hacer.

—¿Cómo está?

—Según su madre, bien. Le pudieron extraer la bala sin tener que dormirle entero. Se encuentra en observación.

—¿Fue un disparo?

—Sí.

—Ese es el riesgo que corren los policías. —Silvia irguió los hombros—. Supongo que estará de baja.

—Le han dado para varias semanas.

—Si hablas con él dile que se mejore de mi parte. Voy a volver al trabajo que hoy tengo bastante lío.

—Perdona si te he molestado.

Silvia sacudió la cabeza y la miró con fijeza.

—No lo has hecho, Cristina. Es solo que ya no tengo ninguna clase de relación con Daniel. Si las cosas hubieran sido de diferente manera, que lo hubiésemos dejado porque no funcionase o algo así... pues quizá ahora le llamaría para ver qué tal le va. Pero bien sabes que me hizo mucho daño. Jugó conmigo y con mis sentimientos, y saber que tuvo que aguantarme para sus planes, a pesar de no gustarle mi hija... es doblemente doloroso.

—Tienes razón —asintió—. Si he venido a contártelo es porque me caíste bien y me gustabas para Daniel. Yo sé que le atraías mucho, Silvia.

—Él ya había pedido el traslado. Iba a dejarme sin decirme nada.

—Tienes razón. Y eso es lo más extraño de todo.

Silvia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Creo que ponía distancia entre vosotros porque se estaba enamorando de ti.

—No lo sé, y lo cierto es que ya no tiene caso. —Silvia se puso en pie y le sonrió con amabilidad—. Me ha gustado volver a verte, Cristina.

Francisco fingió no estar mirándolas. En silencio calculaba lo que le podía estar afectando a Silvia esa noticia.

Capítulo 20

Me fui al baño. Tenía ganas de llorar y no quería que nadie me viese. Me imaginaba a Daniel herido, lejos de su familia en Mallorca y sentía pena por él. Podía llamarle por teléfono por lo menos para escuchar su voz, pero era posible que él tampoco quisiese hablar conmigo. Si había puesto un montón de kilómetros entre los dos había sido por algo.

Me acerqué al lavabo y miré mi reflejo en el espejo. Tenía un nudo en la garganta que me hacía daño y no me dejaba respirar. No pude contener las lágrimas. Hubiese dado un mundo por estar a su lado en ese momento. Lloré en silencio hasta quedarme seca. Me lavé la cara y compuse mi aspecto. Cuando salí del baño estaba como si no hubiese sucedido nada. Muchas veces me había dicho mi madre que tenía madera de actriz y debía de ser cierto.

En el centro del vestíbulo se levantaba un magnífico pino que por pocos centímetros no tocaba el altísimo techo. De hecho, habíamos tenido que bajar la estrella de la punta porque de otro modo no entraba.

Alrededor del árbol había unos cuantos niños colocando bolas de colores, cintas rojas y lazos dorados. Un mozo había colocado las luces pero, aunque las habíamos probado, todavía no las teníamos encendidas. Todos los huéspedes que entraban o salían se detenían a mirar el trabajo que estábamos haciendo.

—Silvia, tengo las dos invitaciones que me pediste. —Francisco me sorprendió. Estaba a mi lado y no le había oído llegar—. ¿Has conseguido

canguro? Ya te he dicho muchas veces que si traes a Sharisse contigo no hay ningún problema.

—De verdad que eres un cielo —le dije, sincera—. No me explico por qué las mujeres no te quieren.

Él pareció ofenderse.

—¿No me quieren? ¿Quién dice eso?

—Si lo hicieran no me habrías pedido a mí cenar esa noche juntos y lo harías con alguien que...

—Deseaba mucho que fuese una de mis encargadas favoritas.

—¿En serio?

—Desde que entraste aquí siento una conexión especial contigo. Te has convertido en una amiga estupenda.

Oír la palabra amiga me dejó más conforme.

—La sobrina de Inma se va a quedar con Sharisse. Es estudiante, necesita dinero y no tenía planes para esa noche. De todas formas, luego no me gustaría regresar muy tarde.

—No te preocupes, cenamos y nos vamos.

—Si es así, luego te invito a una copa en casa.

—Hecho. —Me dio las dos invitaciones—. Hay algo que te quiero preguntar desde hace tiempo, pero nunca me atrevo.

—¿Tú, tímido? No me lo creo.

Francisco se echó a reír. Asintió:

—Lo soy, aunque no lo creas. Lo que ocurre es que contigo ya tengo cierta confianza.

—Adelanta, dispara.

—Sobre eso es. Disparos.

Supe al instante que iba hablarme de Daniel.

—De acuerdo, pregunta.

—Cuando Dani me habló de ti me dijo que erais amigos. Me gustaría saber si él y tú... ya sabes, ¿Estáis juntos?

Se había puesto colorado al preguntarlo y no sé por qué me enternecí mucho. Con lo alto y prepotente que se le veía y, sin embargo, estaba nervioso como un flan.

—No tuvimos nada serio, ni siquiera llegamos a los tres meses, y me alegro de ello. Daniel es una persona bastante insegura e inmadura.

—¿No funcionó?

—No intentamos nada serio —repetí—. Simplemente nos conocimos y nos acostamos varias veces. —Algo en el rostro de Francisco me advirtió que estaba celoso—. Te lo cuento porque lo has preguntado y porque hay confianza, ¿no?

Él asintió.

—¿No sentías nada por él?

Negué con la cabeza. Los niños estaban terminando de poner los adornos.

—Algún día te contaré la historia completa.

—Me parece interesante.

Me encogí de hombros con una sonrisa.

—No tiene desperdicio. En fin, señor director, mis amigos y yo te concedemos el honor de proceder al alumbrado del abeto.

Francisco se inclinó en una media reverencia con una sonrisa que pretendía ser excitante, y de manera elegante caminó hacía el cuadro de luces. Hubiera estado bien poder enamorarme de ese hombre. Era atento, educado e incluso guapo. Sin embargo, no me hacía suspirar, ni soñar con él. No despertaba en mí esas burbujas en el estómago cada vez que lo veía, y no lo echaba en falta si no estaba cerca de mí.

Esa noche, antes de llegar a casa, me pasé a comprar una pizza pequeña y un helado de chocolate. Acosté a Sharisse e intenté relajarme en el salón, sin embargo, no hacía más que pensar en Daniel. Me odiaba por hacerlo. Él no se

merecía ni uno solo de mis pensamientos. Sin poder evitarlo, como si algo tirase de mí, miré su fotografía de perfil del WhatsApp. No me sorprendió que tuviese una imagen de una vista aérea, tal vez echa en alguno de sus vuelos. Se trataba de un atardecer sobre prados dorados.

Antes de darme cuenta le llamé por teléfono. El corazón parecía que se me iba a salir por la garganta. Comunicaba. Suspiré aliviada y colgué. Me llamé tonta por haberlo hecho. No podía imaginar lo que hubiera pasado si él me hubiese contestado. ¿Qué le habría dicho?

Me metí a dormir, pero tardé mucho rato en hacerlo. Solo daba vueltas y vueltas, pensando, recordando...

El sábado de la semana siguiente la sobrina de Inma vino a cuidar de Sharisse para irse conociéndose antes de la cena de Noche Buena. Como yo no tenía un traje para ese día aproveché y me fui al centro acompañada de Inma. Pasamos un día estupendo; Comimos en un restaurante que hacía carne a la brasa y en *grill* y por la tarde nos fuimos a El Corte Inglés. Todos los vestidos con purpurina y brillantes me llamaban la atención. Luego me los probaba y no me veía tan estupenda, pero a priori me encantaban al igual que la seda y los rasos.

—Prueba este. —Inma me entregó uno negro que se ajustaba al cuerpo como un guante. Era largo hasta los tobillos con una abertura lateral a la altura del muslo. El cuello estaba diseñado en forma de corazón y tenía tirantes con perlas de cristal Swarovski.

—¡Qué bonito es! ¿De verdad no lo quieres para ti?

—Mi cuerpo no es tan estilizado como el tuyo. Me haría parecer más baja de lo que soy. Yo tengo que buscarme algo corto.

Pasé al vestidor y salí para que me viese.

—Te queda maravilloso y es tan sexi... Vas a tener a Francisco toda la noche babeando detrás de ti.

—¡Pobre, ni que fuera un caracol!

—¡Claro que no! En ningún momento he dicho baboso, arrastrado y

cornudo. Solo que babearía por ti.

—No seas mala, Inma. Ya le conocerás, es buena persona, aunque al principio parece un poco chulo y dominador. Y su sonrisa te va a recordar a Jordi Hurtado, el del programa Saber y Ganar. Tiene dientes Profidén, como la marca de pasta de dientes.

Arqueó una sola ceja.

—Será que los dominadores te atraen.

—Eso es lo malo —confesé—. Le veo guapo, pero no despierta en mi nada más que amistad.

—A veces eso es más que suficiente.

—No lo creo. Joaquín era mi amigo y llegué a sentir mucho cariño por él, pero no le amaba.

Inma se echó el cabello rubio teñido hacia la espalda. Se había puesto unas mechas platinas que resaltaban bajo los focos de la tienda.

—Te dejó algo muy bonito —me recordó.

Me giré delante del espejo. El vestido me sentaba genial.

—Sharisse fue lo mejor. ¿Me llevo este entonces?

—No tienes ni que dudarlo. Tendrás que mirar zapatos.

Regresé al vestidor y cerré bien las cortinas.

—Inma ¿has pensado que vas a hacerte en el pelo?

—A mi sobrina se le da bien peinar. Le diré que me haga algún recogido chulo. ¿Tú qué vas a hacerte?

—Había pensado en una trenza de espiga.

Poco más tarde encontramos un vestido perfecto para ella. Era bonito, aunque para nada de mi estilo. Estaba confeccionado en satén crema, recubierto con un encaje del mismo color. La falda llevaba un poco de vuelo y terminaba bajo las rodillas.

Había mucha gente en el centro comercial, aunque no tanta como para estar abarrotado. Muchos de los pasillos estaban recubiertos por una especie de moqueta granate que, de tanto uso, tenía unas prominentes arrugas.

—¿Qué te parece si culminamos con un café y un trozo de pastel? Aquí al lado hay un sitio muy bueno —sugirió Inma.

—Vale, pero no corras mucho. Se me enganchan los tacones en esta alfombra de mierda y al final veo que me voy a caer.

De repente, Inma se puso a toser de tal manera que yo creí que se estaba ahogando. Iba a palmearle la espalda cuando me susurró:

—Es Daniel. —Señaló al frente con su puntiagudo mentón.

Levanté la cabeza y allí lo encontré. Iba con otro hombre que reconocí como uno de sus primos al que me presentaron en la dichosa fiesta de despedida.

Daniel también me vio porque se paró en seco. Abrió los ojos con sorpresa.

—No te detengas —murmuró Inma.

Jamás en la vida me había puesto tan nerviosa como lo estaba en aquel momento. Fue como si a mi alrededor todos se hubiesen callado de repente y solo era consciente del loco latir de mi corazón. El tacón se me enganchó en la alfombra y caí en el pasillo cual larga era. Las bolsas que sostenía en la mano salieron disparadas. Escuché exclamar a Inma, pero no me atreví a levantar la cabeza, ni a mirar a nadie. No sabía si echarme a reír, o a llorar, o... ¿Por qué no me levantaba?

Unas manos fuertes me agarraron y me alzaron en el acto. Sabía que era Daniel aun sin verlo. Sentí su olor. Su calor. Alcé los ojos a él.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó preocupado.

Sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Había olvidado cómo era su voz.

No, no estaba bien, pero asentí y sacudí las rodilleras de mi pantalón. Aclaré la garganta.

—El orgullo es el único dañado.

—Por suerte no te ha visto mucha gente —dijo con tono prudente.

Me había visto él y eso era suficiente para mí. Podía imaginarlo riendo con su primo, contándoselo a la familia.

—Gracias por ayudarme. —Lo miré. Llevaba el pelo algo más largo que en

el verano y un rebelde mechón acariciaba su frente. Estaba tan guapo y atractivo como siempre. Se me vino a la cabeza un montón de cosas, entre ellas la conversación con Lucas. Me espigué, sonreí a su primo que me reconoció en ese mismo momento y me dio dos besos. Me volví a Daniel tratando de parecer fría y distante—. Me comentó Cristina que habías tenido un accidente en el trabajo. Veo que ya estás bien. Te has recuperado pronto.

—No fue mucho, una pequeña herida.

—Me alegro. Tenemos que marcharnos. Da recuerdos a tu familia, Daniel.

Él asintió, se apartó de mi camino para dejarme pasar, pero su voz me detuvo:

—¿Cómo está tu hija?

Conté hasta cinco antes de volverme hacia él. Me acerqué despacio, con cuidado de que la alfombra no me volviese a jugar una mala pasada.

—No es necesario que preguntes si no te interesa.

Daniel frunció el ceño.

—Pero me interesa —me dijo, serio.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo. Ella era una molestia para ti.

Me cogió del codo con firmeza y agitó su cabeza.

—Me gustaría hablar contigo, Silvia. Necesito explicar...

—No, ya no. —Hice que me soltase el brazo con un movimiento brusco—. Esta vez no tienes nada que ganar.

Daniel tragó.

—Tampoco que perder —respondió, frío. Carraspeó y se aclaró la voz—: Lo lamento. Lo lamento muchísimo. No sé por qué lo hice.

—Lo sabes muy bien. Necesitabas mi declaración.

—Me arrepiento mucho de haberlo hecho así.

No podía creerle. Levanté la barbilla, desafiante.

—¿Te refieres a lo de tomarme el pelo? ¿A seducirme? ¿A engañarme?

Sus ojos cobraron un profundo color verde oscuro.

—Sí.

Me sorprendió su aplastante sinceridad.

—Yo también, ¿pero sabes realmente lo que siento? Haber compartido unos meses de mi vida contigo. —Me volví furiosa y caminé hacia la salida. Inma lo hizo a mi lado.

Al llegar a la calle mis piernas temblaban como un flan. No podía decir que no me alegrase de ver a Daniel. Desde luego era obvio que seguía estando colada por él. ¿Por qué, después de lo que me había hecho? ¿Después de saber que él veía a mi hija como un estorbo?

—Silvia, ¿estás bien? —preguntó Inma. Cargaba con las bolsas de las compras. Le cogí las mías.

—No me he hecho daño. La alfombra estaba blanda. ¡Qué vergüenza! ¡No me digas que no he podido caerme en otro momento! ¡Siempre estoy haciendo el ridículo delante de él! Parece que me ha mirado un tuerto.

—Ha sido mala suerte.

—¿Mala suerte? —La miré y me di cuenta de que ella estaba reteniendo la risa. Apreté los labios con fuerza—. Qué hostia me he dado ¿verdad?

Inma chascó la lengua.

—Ya te digo.

—No te cortes, puedes reírte.

—¿Estás segura? —Ni siquiera esperó a que respondiese y en cuestión de décimas de segundo comenzó a desternillarse. Tenía risa de bruja—. ¡Ha sido súper gracioso!

Fue inevitable que me contagiara sus carcajadas. Era cierto. Había sido muy, muy gracioso. Me preguntaba qué era lo que pensaba Daniel de mí y de mi torpeza. Al volver la cabeza hacía la entrada lo vi. Estaba parado, observándonos. Él no reía.

—Vámonos, Inma, me apetece un pedazo de pastel con mucha nata.

Me cogió del brazo y fuimos a la pastelería sin dejar de reír, comentando la jugada.

Capítulo 21

Fregué los platos de la cena y con el trapo en la mano fui al comedor. Me parecía raro no escuchar a Sharisse, sobre todo cuando en la televisión echaban sus dibujos animados preferidos.

La encontré dormida en el carro con la mandíbula clavada en el pecho. La niña era tremendamente elástica. De haber sido yo la que se hubiese quedado dormida así, con seguridad al día siguiente tendría tortícolis. La llevé a su cuna y, justo en el mismo momento que me disponía a sentarme, llamaron a la puerta.

Teniendo dos mirillas cometí un error grave. Abrí sin molestarme en mirar. Era Daniel.

Se me puso la piel de gallina. Durante unos instantes fui incapaz de moverme, y lo que es peor, incapaz de apartar la vista de sus ojos. Él me miraba de una manera tan... excitante, que lo único que me provocaba eran ganas de llevármelo a la cama. Sentí mi cuerpo arder. Tragué saliva varias veces seguidas, calmándome.

—Ahora no puedo atenderte. Iba a meterme en... a dormir. —Empujé la puerta con velocidad, pero él fue más rápido y encajó el pie en el hueco.

—Necesito hablar contigo.

—Yo contigo no —dije jadeando, sin dejar de apretar. El maldito no quitaba el pie del medio y le di una patada, aunque con mis zapatillas de estar por casa ni siquiera lo notó.

—Es preciso que lo haga, Silvia.

Fruncí el ceño. Era imposible cumplir mi objetivo mientras él no se apartara de la puerta. Suspiré hondo, vencida, y terminé de abrir.

—¿No vas a dejarme en paz hasta que lo hagas?

Él negó con la cabeza.

—No quiero molestarte, Silvia, y comprendo que no quieras siquiera verme.

—No lo comprendes puesto que estás aquí —respondí furiosa. Me aparté y le indiqué que entrara. No quería que los vecinos se enteraran de mis cosas.

Él pasó hasta el salón.

No creí que lo volvería a ver nunca más en mi casa. Ni en mi casa ni en ningún lado, mucho menos a esas horas. Cerré la puerta tratando de insuflarme valor y pregunté, impaciente:

—¿De qué se trata?

—¿Puedo sentarme?

Recogí varios cojines que había en el suelo y los apilé en una butaca. Asentí.

—Adelante.

Daniel se quitó la cazadora de piel, que dejó sobre los cojines, y eligió el sofá. Llevaba un jersey de lana oscura pero sus músculos duros y magníficos del pecho y los brazos se definían con precisión. Lo miré con fijeza hasta que él alzó una ceja con incertidumbre.

Cogí una silla y la puse al otro lado de la mesa de café para poder mirarle a la cara.

—¿De qué necesitas hablar? —insistí, rompiendo de una vez por todas el tenso silencio que se había creado entre nosotros.

—No te han vuelto a molestar tus vecinos ¿verdad?

La pregunta me sorprendió un poco, aun así, agité la cabeza.

—No. Últimamente están más tranquilos. Espero que estas fiestas se lo tomen con calma.

—Me alegro mucho.

—¿Qué pasó con Osvaldo? Supongo que mi declaración al menos sirvió para algo.

Daniel asintió.

—Fue de gran ayuda.

Crucé los brazos sobre el pecho. Su sola presencia me excitaba. Me hacía recordar situaciones que habíamos compartido unos meses atrás.

—Es una pena. Hubieras podido hacer más fuerza si no hubiese destruido aquella carta.

Confundido, Daniel frunció el ceño.

—¿Cuál?

—¿No te lo dije? Venía con el paquete que te entregué. Decía algo de que habían aceptado el matrimonio y de que estaba todo preparado en... Galicia. Creo que en La Coruña, pero la verdad es que no me acuerdo bien.

Él resopló. Deslizó sus ojos sobre mi cuello.

—No, no me comentaste nada de esa carta.

—Es posible que nuestra conversación no fuera muy fluida o... sincera.

Levantó su mirada a la mía.

—Era una prueba.

—¿De verdad?

Puso los ojos en blanco.

—Es un delito destruir pruebas.

Junté las muñecas y tendí las manos hacía él. Me estremecí al pensar en las esposas porque se me apareció en la mente un cabecero, una cama...

—¿A qué esperas? ¿Me vas a detener? Pero yo también puedo decirte que si hablo con algún abogado puede acusarte de coacción.

Él encogió sus amplios y extraordinarios hombros.

—No he venido a discutir contigo, Silvia. Solo necesitaba decirte que he sido un imbécil. Todo este tiempo te he echado mucho de menos. Te prometo que sabía que no debía engañarte, sin embargo, no sé qué me pasó. Lo vi tan

fácil...

Me espigué, ofendida.

—¿Fui fácil?

—No me refiero a eso.

Hice un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah, no lo adornes, Daniel! Fui gilipollas.

Con el rostro impasible me miró directamente a los ojos.

—Quiero arreglarlo.

Fruncí el ceño, dudosa.

—¿Cómo? No creo que esto tenga ninguna clase de...

—Vivamos juntos.

Me puse en pie como un resorte. Lo miré de hito en hito. Él no parecía bromear.

—¿Estás loco?

Él también se puso en pie. Llenaba la habitación con su presencia.

—Lo digo en serio. Me he...enamorado...

—¡No digas tonterías! —le interrumpí. ¿Cómo se atrevía a tratar de engañarme otra vez?— ¿Estás de broma? Te oí cuando hablabas con tu amigote. Pediste el traslado solo por no estar cerca de mí. ¿Qué es lo que buscas ahora, eh?

—Estoy diciendo la verdad. Silvia, te amo. Es cierto que me he dado cuenta tarde...

—Bastante tarde.

—¡Pero es la verdad!

—¡Pero yo ya no te creo!

Se dirigió hacia mí mirándome con el ceño fruncido. Estaba la mesa pequeña en medio, pero aunque no era una buena barrera, me escudé detrás de ella.

—Déjame que te lo demuestre —pidió él.

—No, Daniel. —Se me agarró al pecho un nudo que no me dejaba respirar.

Pero esta vez no iba a llorar. Prefería soportar ese dolor a dejarle ver que sus palabras me afectaban. La duda de que quería conseguir algo más de mí estaba latente en mi cabeza—. No confío en ti.

Él asintió.

No podía culparla de no confiar en él. Se lo había ganado a pulso. No tenía que haber ido a su casa, pero después de verla en el centro comercial, se había dado cuenta de que necesitaba luchar por ella. Quizá se estaba comportando como un memo al rogarle por su amor. Pero no le importaba. Era posible que no creyese en él, sin embargo, iba a demostrarle que no era la persona que había conocido.

Dio un paso hacia ella y absorbió el perturbador aroma del perfume que usaba. Era muy hermosa y tan sensual que sintió la sangre correr por sus venas como lava ardiente.

—Daniel ¿puedes irte, por favor?

Sus palabras le golpearon como el mejor puñetazo en el centro de su vientre. Inclino la cabeza ligeramente.

—Sharisse nunca fue una molestia. Estaba celoso de ella.

Silvia dejó de respirar. Lo miraba con sus hermosos ojos azules abiertos como platos.

—Prefiero que no hables de mi hija —murmuró en voz baja, apenas en un susurro.

—No entendía que formaba parte de ti.

Silvia dejó escapar un leve suspiro.

—Cuando tengas tus propios hijos lo entenderás. Si es cierto que algún día los quieres, porque ya no sé si las cosas que me contabas eran verdad o mentira.

Daniel puso una expresión crispada.

—Voy a quererlos, y serán tuyos.

Ella arqueó las cejas.

—¿Has bebido, Daniel?

Con una amarga sonrisa ante la pregunta, negó con la cabeza.

—Puede que esa sea la impresión que dé, pero estoy hablando en serio.

—Perdona que no te crea. Te has metido un chute de alcohol por vena y no hablas con coherencia. Sal de mi casa ahora.

Enojado, cogió su cazadora y se abrió paso hacia la puerta. Se giró antes de llegar y la miró con fijeza. Deslizó sus ojos por el maravilloso cuerpo femenino. Vestía una camisa de diminutos cuadros rojos y blancos que trazaban la forma de sus pechos y unos tejanos ajustados a sus preciosas piernas.

—Soy culpable, sí. Quise alejarme de ti cuando supe que si seguíamos viéndonos iba acabar como un corderito detrás de ti. Podía haber roto la relación contigo pero la distancia entre nosotros era muy importante para mí. ¿Sabes por qué? Necesitaba pensar, aclararme y no venir a verte solo cuando te deseara. No te cierres, Silvia. Voy a hacer todo lo posible para que me conozcas bien. Para que comprendas lo que hice y porqué lo hice.

—¡No puedes hacerme esto, Daniel! Vienes aquí como si no hubiera sucedido nada entre nosotros, pero las cosas no son así, no son cuando tú quieres o como tú quieres. —Comenzó a balbucear de forma ininteligible. Al final lo miró, confundida—. ¡Te denunciaré por acoso!

Daniel tensó la mandíbula unos segundos y afirmó con la cabeza.

—Entonces, tendrás que hacerlo. —Le costó una barbaridad no acercarse a ella y besarla—. Adiós, Silvia. Echa la llave.

Ella salió tras él, furiosa.

—¡No tienes ningún derecho, Daniel!

Él se paró a mirarla. Silvia respiraba con fuerza y su pecho subía y bajaba de una manera muy provocativa. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios brillaban como las cerezas maceradas en licor.

—¿Derecho a qué? ¿A pedirte que eches la llave?

—¡A todo! Tú me apartaste de tu vida.

—Y he vuelto a recuperarte. ¿No crees en las segundas oportunidades?

Silvia lo miró sin saber qué decir. Daniel salió y cerró la puerta antes de que reaccionase. Se quedó en el rellano esperando que echase la llave. Tardó unos minutos —Silvia era muy terca— pero al final terminó haciéndolo.

En la calle respiró el frío aire de la noche. La niebla se arremolinaba a ras del suelo y apenas había gente deambulando. Caminó hasta el coche y se dirigió directamente a su apartamento. Sabía por Cristina que Francisco había invitado a Silvia a cenar en Noche Buena, y también sabía por ella, que entre su amigo y la mujer que él quería no había nada, de modo que no debía preocuparse. Sin embargo, era inevitable sentirse celoso.

Al día siguiente se levantó temprano. El médico le había dicho que no moviese mucho el brazo e intentase llevar un cierto reposo. Y por culpa de no hacerle caso, tenía el hombro resentido. Pero él no era hombre de quedarse inactivo por mucho tiempo.

Se masajeó la zona afectada con suavidad a través de los vendajes y se vistió. Poco después entraba en comisaria con una media sonrisa en los labios. Todos sus compañeros le saludaron con júbilo.

—¿Se puede? —preguntó en el despacho del comisario, abriendo la puerta.

Cristóbal se levantó de la silla giratoria y le saludó con un fuerte apretón de manos. Se habían visto el mismo día que Daniel había regresado a Madrid, ya que había esperado en casa de Candela su llegada.

—Pasa, pasa. ¿Qué tal te va la herida?

—Mejor, aunque me sigue molestando un poco.

—Es normal. Es muy pronto para que ya hagas vida normal. Lo que no sé es cómo los médicos te dejaron salir del hospital. Toma asiento.

Daniel obedeció.

—¿Has sabido algo de mi traslado?

—Esto no es así de fácil, Daniel. Cuando lo pediste la primera vez tuviste

mucha suerte y te lo dije. Ya sabes que yo no quería que lo hicieras, pero he tenido que reemplazarte y ahora mismo no se te puede readmitir aquí porque estamos completos. Lo estamos mirando en otras comisarias si estás decidido.

—Lo estoy.

—Ya, ya. —Le pidió calma con un gesto de manos—. De momento continúa con tu baja, después tómate las vacaciones que se te deben. Esperemos que para entonces ya haya alguna vacante.

—¿Y si no es así?

Cristóbal se encogió de hombros.

—Tendrás que regresar a Mallorca y esperar tu plaza. —Daniel asintió resignado. Él era el único culpable de lo sucedido. Sobre todo, después de que Cristóbal pusiese el grito en el cielo al enterarse de que dejaba su comisaria. Todos habían tratado de convencerlo en vano, ahora se arrepentía de no haberles escuchado— ¿En Noche Buena vais a cenar en casa?

—No, vamos al Arena del Edén, como siempre. Los padres de Cristina ya reservaron mesa para todos.

Cristóbal juntó las manos sobre la mesa del escritorio.

—No entiendo. Tu madre me comentó que allí está... esa mujer. ¿No te fuiste...?

—Sí, bueno, no quiero hablar de eso. —Se puso en pie.

El comisario asintió. Comprendía que ese era un tema demasiado personal para hablarlo con él, a pesar de la confianza que se tenían. Después de todo era su jefe y no un amigo de vuelo.

—Creo que los chicos también se van a reunir una noche para cenar. Todavía nadie me ha dicho nada, pero huelo que no tardarán en hacerlo. ¿Vendrás tú también?

Daniel asintió. Tampoco estaba al corriente, pero pretendía despedir el año con su grupo.

—Seguro que Lucas me dice algo. —Tendió una mano a Cristóbal—. Me

marcho. Le dije a mi madre que iba a ir a comer a casa.

—¿No te quedas a dormir allí?

—Aguanté un par de días. —Se encogió de hombros—. Prefiero mi apartamento. Si me descuido es capaz de darme de comer como si fuese un inválido. No quiero molestar a nadie.

—No creo que Candela piense lo mismo.

Daniel le sonrió. Cristóbal conocía demasiado bien a su madre.

Tuvo que contenerse durante todo el día por no ir a ver a Silvia. No deseaba que se sintiese agobiada. Aun así, nada le impidió enviarle un gran ramo de rosas rojas.

Capítulo 22

La huésped que iba a hacer de María Magdalena en Jesucristo Superstar cogió un catarro tremendo y no pudo ir a ensayar la obra. Era un papel de los más largos y complicados y me preocupé. No tanto por la chica —Dios me iba a castigar por eso— pero no teníamos suplente para el musical.

Francisco me notó intranquila y vino a curiosear.

—Seguro que encuentras la solución —me dijo tomándoselo a la ligera cuando le conté lo que pasaba.

No estaba tan segura, de modo que lo miré pensativa y pregunté:

—¿Por qué no lo haces tú?

Arqueó las cejas, alucinado.

—¿De María Magdalena? ¿Estás hablando en serio?

La verdad es que sí que lo hacía, pero al verle la cara lo negué y me eché a reír como una boba.

—Es una broma. ¿Te lo habías creído?

Él soltó un suspiro.

—¡Joder, Silvia! ¡Me habías asustado!

—Bueno, es que necesito una María Magdalena y no sé dónde voy a conseguirla. Las demás chicas ya tienen sus papeles y sus cosas y como no tire de alguna limpiadora...

—Que no puedes —dijo interrumpiéndome.

La verdad es que no podía manejar al personal como si yo fuese la jefa de

todo y no el último mono de la empresa.

—Pues por eso. No sé qué voy a hacer.

Francisco se encogió de hombros, pensativo.

—Espera a ver si se recupera. Todavía faltan varios días.

—No lo creo. Lo normal son tres días de subida de fiebre y otros tres de bajada. Estamos a lunes y el jueves por la tarde, Navidad, hacemos la representación. Va a ser imposible que se ponga bien para ese día.

—Hazlo tú.

Solté una carcajada tan sonora que varias cabezas se giraron a mí.

—¡No!

—¿Por qué? Te sabes el musical entero.

—Porque ya tengo un papel. No quería decírtelo para que te llevases la sorpresa.

Me sonrió con burla y sus ojos brillaron con malicia.

—¿Quién vas a ser?

—No, no pienso decírtelo. Es más, les he dicho que si alguien te lo chiva le echo del espectáculo.

—Si lo pregunto me lo van a decir y lo sabes —rio divertido y confiado—. Anda, dímelo.

No quería reírme y me mordí el labio inferior. Sabía que iba a sorprenderlo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Lo estoy deseando. Por favor, por favor.

—De acuerdo. Sé que te vas a partir el pecho de la gracia, pero voy a ser Judas.

Francisco rompió a reír con fuerza.

—¡Venga ya! ¿Será verdad?

—¡Pues claro que sí!

—No te imaginó haciendo de Judas.

—Pues lo hago fenomenal, solo que he pensado que, en vez de ahorcarme, me voy a ahogar con mi propio cinturón. ¿Qué te parece?

—Que no voy a poder parar de reír en toda la actuación.

Empujé su espalda con suavidad, echándolo de allí.

—Y ahora que te lo he contado déjame pensar, que tengo que encontrar una María Magdalena.

—Silvia —me llamó una de las monitoras. Tenía las manos manchadas de pinturas de haber estado dibujando detalles para el escenario—. Preguntan por ti. —Señaló a un muchacho que sostenía un ramo de rosas rojas.

Miré a Francisco con el ceño fruncido.

—¿Será para algún cliente?

Se encogió de hombros.

—No sé. Vamos a ver.

Lo seguí. Por alguna extraña razón pensé en Daniel y en lo que me había dicho la otra noche. Pero él no me mandaría flores. No iba a conquistarme así. ¿Verdad?

Sin embargo, el ramo de unas hermosas y aterciopeladas rosas rojas era para mí y me lo enviaba él. Me sentí un poco ridícula con las flores en el brazo y todo el mundo mirándome. Sobre todo, porque Francisco seguía a mi lado y yo no sabía qué decirle. Sé que era libre de hacer con mi vida lo que me diese la gana, pero de alguna manera me sentí culpable y... mal.

—¿Es tu cumpleaños? —me preguntó con las cejas arqueadas.

Noté que estaba tan incómodo como yo. Negué con la cabeza y no me hizo más preguntas. Se marchó alegando que tenía muchas cosas que hacer.

Fui a la sala y dejé las rosas en un bonito jarrón con agua. Maldije a Daniel. No entendía a qué venía ahora toda su insistencia. Era como el perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer. Le aparté de mis pensamientos y me metí de lleno en encontrar a mi María Magdalena. E incluso se me pasó por la cabeza decírselo a Inma, pero al final, una de las niñas que hacía de leprosa, convenció a su madre para hacer el papel.

Con una preocupación menos entré en el aula donde daba la clase de zumba. Subí a la pequeña tarima enmoquetada, conecté el móvil al equipo y

les dediqué a mis alumnos una sonrisa. Sin embargo, me quedé loca cuando vi a Candela, la madre de Daniel, colocada en primera fila con otra mujer de edad parecida.

Candela vestía unos apretados leggins negros y una camiseta azul turquesa con tirantes cruzados en la espalda.

—¿Alguien nuevo? —pregunté de forma automática, aunque obviamente conocía la respuesta.

Tanto Candela como la señora que tenía al lado levantaron las manos con una gran sonrisa.

—Bienvenidas, me llamo Silvia. ¿Están preparadas? ¿Han hecho alguna vez zumba? —ambas asintieron—. Si ven que no pueden seguir el ritmo no pasa nada. Al principio es normal.

—Vamos a darlo todo —dijo Candela haciendo reír al resto de los alumnos.

Comencé a poner las canciones que utilizaba en la clase y para mi sorpresa me di cuenta de que Candela era una mujer con bastante energía, y sobre todo muy jovial. Pronto me olvidé del *shock* inicial de verla y me relajé. Esas clases eran muy divertidas y llenas de marcha.

Al acabar los estiramientos, ellas dos se quedaron y el resto se fueron marchando poco a poco. Yo me tomé mi tiempo en desconectar el equipo, apagar el aire acondicionado y beber agua. Todo eso esperando que se marchasen y me dejasen sola. Pero las cosas nunca salían como yo quería.

—Silvia, estaba deseando saludarte —dijo Candela acercándose a mí. Me dio un par de sonoros besos que me dejaron en el sitio—. Te quiero presentar a Rosa, mi hermana.

La otra mujer también me besó.

—Encantada de conocerte, Silvia. Me han hablado mucho de ti.

Me sentí un poco incomoda.

—Gracias. Es un gusto teneros en la clase —indiqué—. No lo había esperado.

—Me dijo Daniel que estabas aquí y hemos decidido venir. ¿Te enteraste de

lo que le pasó? —preguntó Candela.

Asentí.

—Me lo dijo Cristina. El otro día coincidí con él en el centro y vi que estaba bien.

—Sí, hija, solo fue un susto, pero a mí por poco me mata de un infarto. Ya puedes imaginarlo, él allí solo, lejos de todos nosotros... —Sacudió la cabeza—. ¿Nos tomamos un café o no puedes?

—Bueno, iba a darme una ducha...

—Sí, nosotras también. Pero después podemos tomarnos algo.

No me entusiasmaba demasiado quedarme sola con las dos señoras, si bien sentía mucha curiosidad por saber qué era lo que estaban haciendo allí. Salimos de la sala y cerré la puerta con llave. Subimos a los vestuarios. Yo tenía mi taquilla en el primer vestíbulo de los tres que había. Ellas las tenían en el segundo por lo que fue un alivio poder desnudarme sola, aunque nos reunimos en las duchas.

—Silvia, me han dicho que vas a cenar la noche del veinticuatro aquí. —La voz de Candela llegaba algo apagada por el agua de la alcachofa, pero como estaba en el cubículo siguiente al mío, la escuchaba perfectamente.

—Sí.

—Entonces esa noche nos veremos porque venimos a cenar aquí con la familia de Cristina.

Abrí la boca, flipada, y estuve a punto de ahogarme cuando el chorro de agua se coló en mi garganta. Tosí con fuerza. Nadie me había advertido de ello.

—¿Estás bien? —preguntó Candela cerrando su grifo.

Apreté la puerta con las manos, no fuera a ser que se le ocurriese entrar en mi ducha.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Y venís toda la familia esa noche? —Lo que me interesaba saber era si Daniel iría. Los demás me daban igual.

—Sí. Podríamos sentarnos juntos.

Esa mujer desvariaba. Y yo estaba más agobiada que Spiderman en un descampado. ¿Acaso no sabía lo que su hijo me había hecho?

Cerré el grifo y cogí la toalla que colgaba de la puerta. Me envolví en ella al tiempo que me secaba la cara.

—Lo que ocurre es que Francisco ha reservado una mesa para cuatro. Vamos a ser dos parejas. —Salí de mi cubículo.

Rosa se estaba secando y Candela se untaba crema en el vientre y en las caderas.

Fui directa a mi taquilla y empecé a vestirme. Estaba segura de que Candela quería algo de mí. Ella no era tonta y debía saber que su hijo y yo no estábamos juntos desde que él se había marchado a las islas.

—Lo entiendo. De todas maneras, nos estaremos viendo y echaremos algún baile juntas. ¿Llevarás a tu hija?

—¿Tienes una hija? —preguntó Rosa. —Eso no me lo habían dicho.

Fruncí el ceño. ¿Entonces qué tanto le han hablado de mí?, me pregunté.

Candela contestó antes de hacerlo yo.

—Tiene una bebé, pero yo no la conozco todavía, aunque lo estoy deseando. Daniel me ha hablado mucho de Sharisse. Se llama así, ¿verdad?

Asentí, más confundida que un daltónico en un semáforo.

—Ella se quedará con una canguro. No me gusta sacarla por la noche.

—¡Yo que estaba deseando conocerla! —se lamentó Candela.

—Tendrá que ser en otra ocasión. —Pude haberle dicho que Sharisse estaba allí mismo en la guardería, pero no me salió del... de las narices.

—¿Y si vienes a comer en Navidad a casa? —Candela miró a su hermana y está asintió con una sonrisa.

—Es cierto. A tu hijo le encantará. ¿Qué dices, Silvia?

—Digo que no —respondí sentándome en el banco para calzarme. Ellas seguían enrolladas en las toallas, observándome con interés—. Si algo sé de Daniel es que no le gustan las sorpresas. Por otro lado, seguramente nos sintamos incómodos. Además, esa tarde hacemos la obra de Jesucristo

Superstar en el salón de actos.

Rosa se marchó a su vestíbulo a vestirse, pero Candela se sentó a mi lado en el banco.

—Él está muy arrepentido de lo que hizo.

La miré con sorpresa. ¿Lo sabía todo?

Candela meció la cabeza con suavidad.

—Hija, qué se le va a hacer si una tiene un hijo que es gilipollas. Puedes reírte si quieres, pero tengo que admitirlo. Daniel siempre ha sido una persona muy recta y nunca se ha preocupado por otra cosa que no fuese su trabajo. Cada vez que le veo aprovecho a decirle que se busque novia, que se case, que me dé nietos. Pero ¿me ha hecho caso? ¡Pues no! Sin embargo, cuando te llevó a la sierra yo supe que tú eras distinta a las demás. Daniel nunca llevaría a alguien a quien no apreciase a un sitio tan especial.

—Apenas nos conocíamos.

—Pero la atracción existía. Existió desde la misma noche que él fue a averiguar si te habían puesto la puerta o no. Y cuando descubrió que todo estaba bien, en vez de marcharse por donde había venido, llamó a tu puerta.

—Eso es porque le hice sentirse culpable por lo ocurrido aquella mañana. Su conciencia...

Candela agitó una mano, despectiva.

—¡Bah, eso son chorradas! Su sentido del deber era seguir su camino. En cambio, no lo hizo. Cuando se acercó a ti aquella primera vez no tenía ningún plan.

—Se le ocurrió después —murmuré.

—Porque le interesabas.

—Le interesaba más detener a mi vecino para que su cagada conmigo no fuese tan sonora.

—Esa fue la excusa que él mismo se dio.

—¿Eso te lo ha dicho él? —pregunté con curiosidad.

—No, pero le conozco. Le he parido. —Candela se puso en pie. Yo me la

quedé mirando con fijeza.

—¿Estás haciendo de Celestina con tu hijo?

—No me gusta verle así. —Se encogió de hombros—. Es posible que no se atreva a decirte nada después de todo, pero...

—Lo ha hecho. —La dejé con la boca abierta. Creo que hasta bizqueó un poco.

—¿Ha hablado contigo? —Asentí—. ¿Y qué ha pasado?

No era muy boyante tener esta conversación con ella, máxime cuando sabía que Rosa estaba escuchando desde el otro vestíbulo. Apostaba a que ni siquiera se atrevía a mover un músculo no fuese a ser que se perdiese un poco de conversación.

—Soy yo la que no quiero estar con él.

—Lo entiendo. Me da mucha pena que pienses así. ¿Crees que no se pueden arreglar las cosas entre vosotros?

¿Lo deseaba?

Sí.

¿Era posible?

No en ese momento.

Capítulo 23

El miércoles, veinticuatro de diciembre, Daniel detuvo el coche delante de la casa de sus padres. Se puso la gabardina que había colocado en el asiento de atrás y cerró la puerta con el mando de la llave. La familia ya estaba reunida y solo faltaba él. Saludó efusivamente a todos e intercambió varias palabras con ellos. Hacía poco que los había visto, pues todos le habían visitado nada más regresar de Mallorca para interesarse por su salud.

—¿Una última copa antes de marcharnos? Daniel, ¿qué quieres tú?
—preguntó su padre con un vaso vacío en la mano.

—Una cerveza sin alcohol, que tengo que conducir.

—Tú siempre tan responsable, cariño—dijo Rosa abrazándolo con afecto—. Es por eso por lo que eres mi sobrino favorito.

—No hace falta que lo digas cada vez que nos vemos, tía Ross. A los demás sobrinos nos haces sentir mal —bromeó Fátima, una de las hermanas de Daniel.

Ambos se parecían mucho físicamente: altos, cabello negro, piel morena y ojos claros. Susana, a quien llamaban Susi y era la pequeña de los tres hermanos, era mucho más parecida a Manuel, con el cabello castaño, ojos color de caramelo fundido y de constitución robusta sin llegar a ser obesa.

—Hay que tratarle con cariño. Daniel ha estado al borde de la muerte
—replicó Rosa.

—¡No exageres, tía! —rio él—. No es más que una herida.

—Una herida de guerra —afirmó Fátima regalándole una mirada dura. Ella odiaba la profesión de Daniel y a la menor oportunidad que tenía no dudaba en recordárselo.

Candela se acercó a ellos y le entregó a Daniel un botellín. Se la veía feliz entre sus parientes, riendo y charlando con todos. Y en el fondo lo estaba el doble después del susto que le había provocado su hijo.

—Qué guapo estás, Dani —dijo Cristina cogiéndole del brazo y tirando de él hasta apartarlo de su tía y de su hermana—. Cuando te vea quien yo me sé, se va a quedar con la boca abierta.

—¿Tú crees? ¿Estoy bien?

—Ya te he dicho que sí, pero hazme el favor de no ser el egocéntrico de siempre.

Él apretó los labios.

—No me gusta tu sinceridad.

—Lo sé, la verdad suele joder.

Daniel suspiró y la miró con el ceño fruncido.

—Dijiste que ya no estabas enfada conmigo, pero creo que estabas mintiendo.

—Es verdad y no debería. —Cristina agitó sus cortos rizos oscuros—. Me dio tanta rabia lo que hiciste y me pareció tan inverosímil, que si me lo hubieses hecho a mí te habría pateado los huevos.

—Déjalo ya, no voy a volver a tocar ese tema contigo.

Cristina asintió:

—Es cierto, total no es a mí a quien tienes que convencer.

—Comienzas a fastidiarme.

Ella no se sorprendió con sus palabras.

—Dani, te prometo que algún día se me pasará. Mientras, te toca apechugar con las consecuencias.

Él asintió. ¿Cómo tenía que explicárselo para que entendiese que estaba muy arrepentido?

Cansado de escuchar sus pullas se escapó de su lado en la primera ocasión que tuvo. Prefería estar con sus primos. Al menos ellos no le ponían la cabeza como un bombo.

Más tarde llegaron al hotel. Muchos invitados ya estaban allí y el rumor de las conversaciones se mezclaba con los cánticos navideños que salían de los altavoces. En todos los rincones fluía la magia de fiestas tan entrañables como aquellas. Cintas de colores, lazos y bolas decoraban las paredes y los techos. Un gigante árbol prendido con diminutas bombillas les dio la bienvenida.

Sin poderlo evitar, la buscó a ella entre la gente. Esperaba descubrir la lustrosa cabellera rubia entre el mar de cabezas. Aceptó un Martini durante el cóctel de la recepción, mientras los invitados seguían llegando.

Había muchas mujeres bonitas y la gran mayoría acompañadas. El olor de los perfumes saturaba la sala.

Entonces la vio pasar. Maravillosa. Gloriosa. Una diosa entre simples mortales. Se le aceleró el pulso. Silvia charlaba con Inmaculada al tiempo que saludaba a otras personas. Supuso que eran huéspedes.

Dejó su vaso en la bandeja del primer camarero con el que se cruzó y caminó con paso firme hacia ella. Los cristales de los tirantes del vestido de Silvia atrapaban las luces de las lámparas de brazos que colgaban de los altísimos techos. Volvió a decirse que ella estaba espectacular. Jamás había visto a una mujer tan hermosa.

—Silvia —la llamó antes de que se marchase.

Observó que Francisco y otro hombre se habían detenido un poco más adelante. Había estado tan atento a ella que había obviado el hecho de que iba acompañada.

La joven se giró a él con una sonrisa, pero sus labios se quedaron suspendidos en un «¡ohhh!!»

Daniel terminó de acortar la distancia entre ellos y la besó en las mejillas. Olía a flores, a monte, a nieve y a viento.

—Estaba deseando verte —murmuró junto a su oído—. Estás preciosa. Ella parpadeó con sorpresa. Llevaba las mejillas sonrosadas.

—¿Cómo... cómo estás? —se atrevió a preguntarle. Le había devuelto los besos por educación.

Él se desprendió de la corbata, desabotonó el primer botón de la camisa de seda y le mostró el cuello. Llevaba la herida cubierta con una gasa.

—Bien. Ya no me molesta mucho, excepto porque me aprieta el cuello de la camisa.

La piel de Silvia adquirió el tono de la tiza. Sus ojos azules se dilataron.

—¡Han podido matarte!

—Soy un hueso duro de roer —respondió sonriéndola con sensualidad. De pronto estiró la mano al ver que Francisco se acercaba y le saludó—. ¿Qué tal va todo?

—Bien, Daniel ¿Y tú? Vi el otro día a tu madre por aquí y la pregunté por ti.

—¿Mi madre ha estado aquí?

—Sí. Se ha apuntado con tu tía a clase de zumba. Silvia es la monitora encargada de esas clases.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Si su madre había estado con Silvia podía imaginar que en alguna ocasión habrían hablado de él. Se enfadó. Esperaba que nadie se estuviese atreviendo a meterse en sus cosas.

Silvia le presentó al otro hombre. Mario era la pareja de Inmaculada. Estuvieron charlando durante varios minutos hasta que las puertas del comedor se abrieron y Francisco ofreció el brazo a Silvia y se despidieron de él.

Daniel se reunió con su familia y escogió un lugar junto a su madre. Durante la cena la estuvo interrogando sobre sus clases de zumba y Candela admitió que había tratado de que Silvia lo perdonase.

—Prefiero que nadie se meta en mis asuntos, te lo pido por favor, mamá.

—¿Acaso lo he estropeado? —preguntó la pobre mujer, confundida.

Daniel negó.

—No has hecho nada, lo que ocurre es que soy yo el único que debe arreglar esta situación. —Recordó las palabras que le dijo Silvia el día de la fiesta de despedida en su casa. «Ojalá alguien te pague con tu misma moneda» y la gracia estaba en que ese alguien era ella.

El resto de la cena la pasó más bien callado y taciturno. Sus ojos no hacían más que viajar a la mesa de Silvia donde parecía divertirse mucho. Y cuanto más se divertía ella, peor lo pasaba él. Se aferró a una de las botellas de Vega Sicilia único reserva y bebió para intentar calmarse, pero no surtió efecto.

Algunas personas comenzaron a levantarse de la silla y fueron hasta la pequeña pista central a bailar al ritmo de la orquesta. Él aprovechó el pasodoble para ir al aseo. Se lavó la cara y peinó sus oscuros cabellos hacia atrás. Había dejado la chaqueta y la corbata en su silla. Clavó los ojos en la gasa de su cuello. No sabía por qué había querido que Silvia lo viese. Desde que la conoció hacía cosas que no comprendía.

—Tengo que hacer que se vayan sus dudas sobre mí —se dijo mirándose al espejo. Se sentía un poco mareado, nada que no tuviese que ver con el Vega Sicilia. Sonrió. Estaba borracho.

Agitó la cabeza y salió. En ese mismo momento Silvia salía del aseo de mujeres. Ella se quedó parada, sorprendida. Se mordió el labio inferior de una manera muy inocente.

—¡Oh, vaya, Daniel! ¡Qué coincidencia! O eso, o... ¿Me estabas esperando?

Él rio con ojos brillantes.

—Lo hubiera hecho si hubiese sabido que estabas aquí.

Ella enrojeció y se volvió a lamer el labio. Daniel reconoció ese síntoma de repente.

—Tú también has abusado del vino esta noche ¿verdad?

Silvia apretó los labios con una sonrisa burlona.

—Sí, creo que... me he pasado un poco —suspiró hondo—. Pero no se lo

digas a nadie —susurró.

Daniel era incapaz de apartar los ojos de sus labios. La boca de Silvia le hacía perder la poca cordura que le quedaba.

—Tengo ganas de ti —dijo antes de darse cuenta. Y en la misma línea de incertidumbre se apoderó de sus labios. Sintió el calor de sus besos y gimió.

Los ojos de Silvia ardieron cuando él se apartó, la miró fijo.

—No podemos hacer esto —le susurró ella.

Daniel inclinó la cabeza y le cubrió los labios con los suyos. Con suavidad la metió dentro del aseo del que él había salido y cerró el pestillo.

Silvia le devolvió el beso y él se excitó con su reacción. La estrechó con fuerza contra su cuerpo. Suspiró contra los blandos y deliciosos labios femeninos.

Ella le rodeó los hombros y se puso de puntillas para poder explorar mejor el interior de su boca. Después, le desabotonó la camisa hasta abrirla completamente. Le observó el torso y enseguida comenzó a lamerlo. Desde luego él no pensaba desaprovechar la ocasión. Con una mano masajeó las nalgas de Silvia al tiempo que la otra le fue subiendo el vestido hasta más arriba de las caderas.

—¿Te quitas el tanga o lo hago yo? —inquirió Daniel hundiendo los labios en su cuello.

Silvia le apartó y le miró con el ceño fruncido. Por un momento Daniel creyó que la magia del momento había pasado, sin embargo, ella llevó las manos a los tirantes del vestido, los sacó de los hombros y dejó que la prenda cayese hasta sus pies. Llevaba un sujetador de encaje negro a juego con el tanga y unas medias negras que llegaban a la altura de los muslos sujetas con ligas.

Daniel dejó de respirar. Sus ojos persiguieron las manos de la joven que se aferraron a la cinturilla del tanga y lo bajó muy despacio por las piernas.

—¿Vas a venir o seguirás con la boca abierta? —dijo ella en un tono provocador lleno de sensualidad, observando cómo él se la comía con los

ojos.

Daniel no se hizo esperar. De buena gana le hubiese quitado la elaborada trenza, pero tampoco quería que los acompañantes de Silvia pensasen mal de ella. Se acercó de nuevo y la tomó de las caderas al tiempo que lamía sus labios. La piel de Silvia comenzó a arder. Sus pezones se tensaron empujando el encaje negro.

Daniel la apretó contra la pared, le levantó las manos y se las sujetó a ambos lados de la cabeza. Ella levantó la barbilla y le sostuvo la mirada.

Daniel tragó saliva.

—No muevas los brazos de ahí —ordenó. Ella asintió.

Vaciló solo un instante antes de deslizar los pantalones y el bóxer más abajo de las caderas. Se metió entre las gloriosas piernas de Silvia y la cogió en vilo haciendo que le rodease la cintura con ellas. Después volvió sujetarla contra la pared y con una sola mano sostuvo las dos de ella por encima de sus cabezas. Inclino la cara y comenzó a saborearla de nuevo, mordisqueando cada centímetro de su boca. Un estremecimiento de placer atravesó su cuerpo antes de introducirse por completo en ella. Estaba húmeda, caliente, confortable. Embistió con suavidad.

Ella se soltó de su mano y le hundió las uñas en los hombros. Jadeó cuando llegaron los primeros espasmos de placer. Daniel gimió y la condujo al éxtasis. Ambos no tardaron nada en alcanzar el clímax.

Capítulo 24

¡No podía creer lo que acababa de hacer! Con todas las cosas que me había dicho a mí misma sobre él, de que nunca lo perdonaría, y a la mínima ocasión me entregaba a Daniel como si estuviese desesperada.

Puede que mucha culpa la tuviese el vino que no había dejado de beber en toda la cena. Pero claro, había bebido porque tenía la boca seca desde que lo había visto, tan guapo y elegante frente a mí, saludándome como si tal cosa. Aunque en honor a la verdad el vino tampoco era culpable del todo. La responsabilidad total debía achacarla al calentón del momento.

«Esto no es más que un tropiezo. Un simple desliz», me dije mentalmente.

—¿Te ayudo?

La pregunta de Daniel me sacó de mis pensamientos. Él ya se había vestido y estaba terminando de abotonarse la camisa. Yo estaba subiéndome el vestido y colocándome los tirantes.

—No sé dónde he metido el tanga.

Él se giró y lo cogió del lavabo. Recordé que en mi efusividad lo había lanzado cual tirachinas. Se lo arranqué de las manos con un gruñido.

—¿Qué ocurre, Silvia?

Levanté la cabeza mientras subía la prenda por mis piernas.

—¿Qué te parece a ti que pasa? —Él agitó la cabeza, sin entender—. Pues que esto no debía haber pasado. No tenía que haber dejado que me arrastrases aquí. Si se da cuenta alguien...

—No nos han visto entrar. No tienes que preocuparte.

—¿No entiendes que yo trabajo aquí? —De solo pensar que alguien podía pillarnos me revolvía el estómago.

—Te prometo que nadie se dará cuenta. —Abrió el grifo y mojó una de sus manos. Después la llevó a mi barbilla y comenzó a limpiar algo. Me miré en el espejo y vi la marca de mi pintalabios.

—Tengo toallitas en mi bolso —dije, buscándolo con la vista.

—Cuando te he encontrado en el pasillo no llevabas bolso.

—¿No? —Ahora no estaba segura de si lo había dejado en mi silla o en el aseo de mujeres. Suspiré ruidosamente y me acerqué al espejo para verme de cerca. Me pareció escuchar una risa, pero no podía ser. Me giré para advertirle a Daniel que allí había alguien más, sin embargo, era él quien reía—. ¿Qué te parece tan gracioso?

Apoyó la espalda contra la puerta y se cruzó de brazos sin dejar de reír. Le sostuve la mirada.

—Me ha gustado —dijo él.

—¿Sí? ¿El qué? ¿Que no sepa donde haya dejado mi bolso?

—No. —Estiró los brazos y me cogió del talle. No puse mucha resistencia y dejé que me apretase contra su torso—. Me gusta tu ropa interior, me gusta tu cuerpo...

Me desenredé de sus brazos y me alejé mirándole con dureza, o intentándolo.

—Esto no cambia nada entre nosotros, Daniel.

—¿Cómo que no?

—¡Claro que no! ¿Qué pensabas? ¿Que porque echásemos un polvo iba a caer rendida a tus pies? Recuerda que hace meses comenzamos esto como una aventura.

Él abrió muchos los ojos y se enderezó.

—¿Y qué ha significado lo de hoy?

—Un... escarceo. Un rollito.

—Vuelve a decirlo —sugirió él, riéndose de nuevo—. Se te traba un poco la lengua y no te entiendo muy bien.

—¿Sí? —Sentí arder las mejillas. El efecto del vino no se había pasado aún y él se había dado cuenta. Me volvió a rodear la cintura de nuevo.

—Ya te dije una vez que me gustaba verte así. —Me dio un lengüetazo en los labios. Después otro y otro, hasta besarme con fuerza.

—Aquella vez me llevaste a la cama y no me hiciste nada —susurré contra su boca.

—No me lo recuerdes. Pasé una noche horrible.

No sé por qué en ese momento pensé en Inma y en Francisco. Lo miré preocupada.

—Daniel, me tengo que marchar. Seguro que estarán empezando a intranquilizarse por mí.

—Diles que has salido un poco a tomar aire fresco.

—¿Contigo?

—Si quieres. —Se encogió de hombros y se inclinó de nuevo a besarme.

Aparté la boca de su trayectoria y se encontró con mi mejilla.

—Me marcho.

—De acuerdo. Déjame que mire y te hago una señal para que salgas —dijo de mala gana.

Me dio pena que aquello se acabase ya, pero asentí. No podíamos estar toda la noche encerrados en un aseo.

Daniel abrió la puerta lo suficiente para salir él. En mi impaciencia me olvidé de que tenía que darme la señal y justo cuando me disponía a seguirle, asomó de nuevo. Nuestras cabezas colisionaron como dos coches de choque. Del impulso yo caí de culo en el suelo del aseo. Daniel dio varios pasos atrás.

Inevitablemente me eché a reír. Tanto, que era posible que mis carcajadas se escucharan en varios metros a la redonda. Daniel volvió a entrar con la mano sobre la frente, dolorido, cerró la puerta y se refrescó con el agua del grifo.

—¡Menuda azotea dura que tienes para lo pequeña que eres! —dijo mirándome a través del espejo. Yo seguía en el suelo, incapaz de levantarme. No tenía fuerzas de nada y no podía parar de reírme— Mañana vamos a levantarnos con un buen dolor de cabeza. —Se inclinó y me tendió la mano. Yo se la cogí y de un leve tirón me levantó. Puso sus manos en mis mejillas y me estudió, preocupado:

—Deberías ponerte hielo o si no mañana te saldrá un buen chichón.

—Estoy bien. —Suspiré profundo y me calmé.

Su preocupación me causó mucha ternura. Pasé a su lado hacia el espejo para mirar por mí misma cuáles eran los daños y para que no se diese cuenta de lo ñoña que me estaba poniendo. Me froté el lugar del porrazo y al verme, fue como si la borrachera se me pasase del todo. Mis ojos brillaban y los labios estaban ligeramente hinchados por los besos. ¿Por qué me había vuelto a liar con él? ¿Tan masoquista era? Sin decir nada, salí del baño.

Cuando llegué junto a mis amigos ninguno pareció haberme echado de menos. Había comenzado el baile y estaban pasándose bomba. Encontré mi bolso colgado del respaldo de la silla donde había cenado. Al final yo acabé por animarme y también me uní a ellos. Bailé mucho esa noche y lo hice con tanta gente que al día siguiente no podía recordar con exactitud con quién, aunque tuve varios fogonazos y lo que vi en mi mente no me divertía nada; Candela, su esposo, su hermana Rosa, Daniel, su primo... ¡Al parecer había bailado con todos los malditos González!

El dolor de cabeza no fue ningún problema para que no pudiese hacer la obra de Jesucristo Superstar, excepto que tenía en la frente una hinchazón del tamaño de una nuez. Me consoló que Daniel luciese el mismo chichón sentado en primera fila.

Al principio me puse nerviosa cuando salí al escenario, pero a los pocos segundos de estar en el tablado me dejé llevar por la música y me olvidé de todo. Fui toda una profesional y me sentí orgullosa de ello. Al final todo fue un rotundo éxito y regresé a casa con la sensación de haberlo hecho muy

bien.

Recién me había terminado de duchar y estaba envuelta en el albornoz cuando llamaron a la puerta. Me sorprendió que fuese Francisco, aun así, le dejé pasar. Era la primera vez que iba a mi apartamento y según él había pasado a felicitarme. No me hizo mucha gracia que viniese. Había pensado seriamente hablar con Daniel para saber qué podía esperar de nuestra relación en el caso de que yo quisiera volver de nuevo. Todavía no me terminaba de quedar claro si en verdad me amaba o no.

Francisco me dejó a cuadros. Apenas hablamos de nosotros. La principal protagonista de nuestra conversación fue Inma. Al parecer le había impactado con su forma de ser y, aunque él me lo negase, yo que soy un lince, sospeché que en el fondo se sentía atraído por ella y quería verla de nuevo.

Aquello fue un dilema para mí, pues si bien Inma en ese momento estaba con Mario, un tipo que a mi gusto era anodino, sin gracia, poco elegante... en fin, para qué me iba andar por las ramas, Francisco me parecía mucho más interesante para ella. ¿Pero y si a Inma le molestaba que le diese su dirección?

Lo hice, y no solo eso, sino que insistí en que debía pasar a saludarla.

Antes de que se marchase llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez era Daniel. Me puse nerviosa. Yo estaba en albornoz con la toalla enrollada en la cabeza y Francisco en el salón. Sentí angustia solo de saber lo que iba a pensar de aquella situación. Y con la suerte de mierda que tenía, dio la casualidad de que Francisco se acercó a ver quién era, colocándose tras de mí.

En seguida vi cómo Daniel se tensaba y clavaba una oscura mirada verde sobre su amigo. No me dio tiempo a decir nada. Daniel se disculpó y bajó las escaleras con velocidad. Estuve a punto de ir detrás, pero Francisco me detuvo, con el ceño fruncido:

—¿Vas a bajar así?

Pensaba hacerlo, sí. Sin embargo, escuché la puerta del portal cerrarse y

supe que por mucho que corriese, no iba alcanzarlo.

Capítulo 25

Un Lucas muy adormilado abrió la puerta de casa. Observó a Daniel ocultando un bostezo con la mano.

—¿Estás bien, amigo? —se apartó para dejarle entrar.

Daniel se abrió paso hasta la cocina y cogió una cerveza de la nevera. Sacudió la oscura cabellera.

—No me encuentro muy bien.

—No sé si una birra va a hacer que olvides los malos pensamientos. Me tomaré yo otra para acompañarte.

Daniel rechinó los dientes con frustración.

—Siento haber venido tan tarde.

—No pasa nada. Para eso estamos los amigos.

Daniel fue a la sala de estar y se sentó en un sofá al que le quedaban dos telediaros. Debajo de la televisión de plasma que colgaba de la pared había una *PlayStation* con dos mandos.

—¿Una partida? —Lucas dejó la cerveza sobre la mesa, encendió la televisión y la consola y le entregó un mando—. Hace mucho que no jugamos juntos, macho. Es el *Fortnite* ¿Lo has probado alguna vez?

Daniel lo miró sobre el hombro con el ceño fruncido.

—¿Tengo pinta de que me apetezca jugar a algo?

—No, tienes pinta de estar borracho. ¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Pues o duermes o juegas al *Fortnite*, tú mismo.

De mala gana, Daniel cogió el mando y clavó los ojos en la televisión.

—Estaba Francisco en su casa —dijo como si hablase del tiempo.

Sin dejar de pulsar los botones y mover el *joystick*, Lucas se encogió de hombros.

—Habrás ido a saludarla.

—Silvia acababa de salir de la ducha. Estaba en albornoz.

—¿Francisco estaba en pelotas?

Daniel soltó una risa sarcástica.

—Pues no me he fijado, la verdad. Me he puesto de tan mala hostia que no me he quedado a mirar. —Con rabia se bebió la lata de cerveza de un trago. La aplastó y se levantó para llevarla a la cocina. Cuando regresó se trajo cuatro más. Miró a Lucas—. ¿Trabajas mañana?

—¡Bah!, tengo turno de tarde. Puedo ser tu paño de lágrimas si quieres.

—No seas gilipollas. Vamos a ver —Cogió el mando de nuevo— a quién tengo que matar. —Ya que no iba a entrar en más detalles con su amigo, al menos no le quería fastidiar la noche con su mal humor.

Estuvieron jugando hasta que la bebida se agotó. Lucas estaba sorprendido con su exjefe de asalto. Nunca lo había visto así. Daniel no era abstemio, pero no solía beber como un cosaco. Sin embargo, esa noche iba ebrio perdido y lo peor de todo era que se empeñó en que quería irse a su casa y debía hacerlo en su coche.

Él se ofreció a llevarlo sin mucho éxito, por eso aprovechó un descuido de Daniel e hizo una llamada. Lo estuvo entreteniendo como pudo hasta que en menos de media hora alguien llamó a la puerta.

Daniel lo miró confuso.

—¿Quién es a estas horas? ¿Esperas visita?

Lucas asintió:

—Es tu taxi, macho. No podía dejar que te marchases así —respondió caminando a la entrada.

—¿No me escuchaste cuando te dije que puedo conducir perfectamente?

—Perfectamente como una cuba. —Abrió la puerta.

Silvia llevaba un largo abrigo abierto que dejaba ver unos tejanos ajustados y un jersey azul celeste de lana. Sujetaba a Sharisse en un lado de sus caderas con cada pierna hacia un costado. Se veía a la legua que no se había peinado, simplemente se había recogido la gloriosa melena con una pinza.

—¿He tardado mucho?

—No, pasa. —Lucas se hizo a un lado.

Los ojos verdes de Daniel se abrieron como platos de golpe y porrazo.

—¿Qué cojones hace ella aquí? —preguntó.

Silvia lo miró con la barbilla en alto.

—¡No digas palabrotas delante de mi hija! —Le advirtió con una mirada furiosa.

Daniel se fijó en la niña. Estaba medio dormida. Las hizo pasar a la sala.

—¿Cómo se te ha ocurrido sacarla con este frío?

—Me dijo tu amigo que pensabas marcharte a casa conduciendo tú. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que te abran expediente?

Daniel miró iracundo a Lucas.

—¡Estoy alucinando contigo, tío! ¿Por qué la has llamado a ella?

—Pues porque me estabas hablando tanto de Silvia que... no se me ha ocurrido otra cosa —respondió Lucas. Se frotó las manos y apagó la consola—. Y no sabes lo que me alegro de que hayan venido a buscarte, porque tengo un sueño que me muero.

Daniel pasó la vista a Silvia.

—¿Dónde has dejado a Francisco?

La joven cargó mejor a Sharisse.

—No he tenido que dejarle en ningún sitio. Él es mayorcito para valerse por sí mismo. Al parecer, tú no tanto.

Daniel se frotó los ojos con fuerza.

—Yo puedo... solo. ¡No me jodas, Silvia! ¿Él es mayorcito?

La joven lo miró con un suspiro. Él llevaba el cabello revuelto, tenía ojeras y se apoyaba con una mano en el sofá para equilibrarse.

—Deja de discutir, Daniel—le dijo con voz suave—. Venga, vámonos, te llevo a casa.

Daniel recogió su cazadora con obediencia, al tiempo que con orgullo. En lo último que habría pensado esa noche era que Silvia iba a ir a buscarle. Lucas le debía una. O dos. Ya había perdido la cuenta.

—¿A qué casa me vas a llevar?

Silvia lo contempló con sus preciosos ojos azules.

—A la tuya.

—No sabes dónde vivo. Tendrás que llevarme a la tuya.

—Hacerme el favor de cerrar cuando salgáis. —Lucas se marchó a su dormitorio dejando tras de él una tenue carcajada que ninguno de los ocupantes advirtió.

Silvia frunció los labios con disgusto.

—Me lo vas a poner difícil ¿eh?

—Es posible. —Se acercó a ella y cogió con dulzura a Sharisse. La acomodó entre sus fuertes brazos y le hizo una señal. —Vámonos. No voy a dejarla caer, te lo prometo. No estoy tan mal. Confía en mí.

Silvia le precedió, sin embargo, una vez que Daniel salió de la casa se volvió para cerrar la puerta.

—¿Por qué has bebido tanto? —le preguntó bajando las escaleras tras de él.

—Solo han sido unas cervezas.

—Lucas me ha dicho que cuando has llegado ya habías tomado algo.

—No sé por qué te ha tenido que llamar a ti —murmuró enfadado.

En la calle, Silvia caminaba hacia su coche, pero Daniel la llamó y le señaló el suyo.

—Lo tengo mal aparcado. Si no te importa, vamos en el mío.

Ella asintió:

—Voy a por la silla de la peque y vengo ahora.

Daniel abrigó más a Sharisse contra su cuerpo mientras la esperaba. Ligeramente tambaleante observó cómo Silvia se encargaba de colocar la silla y no puso ninguna objeción en que ella misma metiese a la niña en el coche. Él, como pudo, entró en el asiento del copiloto. Silvia se sentó frente al volante y con decisión empezó a situarse los espejos.

—Siento mucho que te hayan molestado por mi culpa —dijo con un nudo en la lengua. El sopor le hacía resoplar—. De haber sabido que Lucas haría eso no habría venido aquí.

Ella lo miró por el rabillo del ojo.

—Pues espero que no vuelva a suceder, de no ser que tengas una buena excusa. Joaquín era un alcohólico y cada dos por tres debía salir a buscarlo. Para un día que no lo hice se mató en la carretera. —Giró la cabeza hacia él, muy seria—. No quiero que a ti te pase lo mismo.

Daniel sintió que se le humedecían los ojos. Apoyó la mano sobre la de ella, que la acababa de poner en la palanca de cambios, y le apretó con afecto.

—Te prometo que jamás tendrás que hacerlo por esto. Yo no suelo beber.

—¿Y por qué lo hiciste hoy? —insistió con angustia.

—No lo sé. Supongo que estaba celoso. No me gustó ver a Francisco en tu casa.

Silvia agitó la cabeza.

—No tienes derecho a ponerte celoso.

—¿Por qué no?

—Tú y yo no estamos juntos.

—Sí que lo estamos, solo que tú aún no lo sabes.

Silvia accionó el motor.

—¿Por qué eres tan cabezón?

—¿Qué hacía Francisco en tu casa?

Ella se encogió de hombros, despreocupada.

—No pasó nada, Daniel. Solo vino a felicitarme por la actuación y a charlar un poco.

—Lo entiendo. —De todos modos, se negó a creerlo—. ¿No te pudo felicitar en el hotel?

—Mira, en primer lugar, no tengo porqué darte explicaciones de lo que hago con mi vida. Y ahora, dime ¿dónde te llevo?

Daniel se cruzó de brazos con una sonrisa maliciosa.

—A tu casa.

Me faltó el pelo de un calvo para dejarle dormido en el coche. ¿Quién se había creído que era para pedirme alguna clase de explicación? Cuando había ido a casa de Lucas a buscarlo estaba preocupada temiendo que él se fuese a marchar antes de llegar yo, sin embargo, después sentí alivio y, más tarde, al verlo durmiendo a pierna suelta en el asiento del coche, con la boca entreabierta y roncando suavemente, me dieron ganas de despertarlo a guantazos. Por suerte me contuve. Y si no lo hice fue porque me dio pena y, sobre todo, porque en el fondo me gustó que estuviera celoso.

Me costó un triunfo despertarlo y obligarle a que me siguiese por la calle. En cuanto llegamos a casa, él se fue directo a mi cama y, sin desnudarse siquiera, cayó como un tronco sobre el colchón.

Sharisse se había quedado dormida en el coche y seguía así cuando la metí en su cuna tras quitarle el abrigo.

Apagué las luces, cerré la puerta con todas las vueltas de llave y fui a mi habitación dispuesta a dormir lo que quedaba de noche.

Por un momento pensé en dejar a Daniel tal y como estaba. Pero como soy tan boba, volví a sentir compasión y comencé a desnudarlo. Le quité el calzado y los calcetines lo primero. El resto conseguí sacárselo casi a tirones hasta dejarle en bóxer. Vi cómo se le erizaba la piel al contacto con el frío y le cubrí con las sábanas y el edredón.

Estaba tan cansada que en cuanto me metí en la cama me abracé al cuerpo

de Daniel y me quedé dormida. Al día siguiente —no sabía lo hora que era cuando desperté— estaba sola en el dormitorio. Del salón llegaba con suavidad la voz de Daniel hablando con mi hija. La niña ya sabía decir algunas palabras sueltas entendibles para el oído humano, pero también chapurreaba mucho en su idioma alienígena, aunque Daniel parecía entenderla perfectamente.

Me puse el albornoz —lo solía usar también como bata— y me asomé por el pasillo para verlos. Ambos jugaban a las construcciones sobre la alfombra. Daniel había retirado la mesa pequeña contra el mueble para tener más espacio. Las cortinas se hallaban hacia los lados y la luz de la mañana los bañaba.

—Me tenías que haber despertado antes —le dije.

Levantó la cabeza hacia mí, serio.

—Quería dejarte descansar. He preparado una cafetera.

—Gracias, no tenías que hacerlo. —Volví al pasillo y me metí en el baño, nerviosa. Me miré unos segundos en el espejo con las manos apoyadas en el borde del lavabo. ¿Qué iba a pasar ahora?

Oí que Daniel me llamaba a través de la puerta.

Cogí el cepillo de dientes y me asomé al pasillo a ver que quería.

—Salgo ahora.

—Me voy a marchar.

Caímos en silencio por un rato. No tenía idea de qué hacer o qué decir. Terminé por asentir y me giré hacia el lavabo.

—Dame un segundo, no voy a tardar. —Cerré la puerta.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Me cepillé los dientes con velocidad y salí secándome la boca con la toalla. Daniel había metido a Sharisse en el tacatá y se estaba poniendo la chaqueta.

—¿Te vas a ir tan pronto?

Se giró hacia mí. Seguía estando muy serio y sabía que algo le pasaba.

—Supongo que es lo mejor, después de cómo me comporté ayer.

—No sé a qué te refieres.

—Sé que lo que hice fue rastrero y... he querido arreglarlo, pero entiendo que pasaste página y no te culpo si has decidido empezar de nuevo con Francisco. Es un buen tío y lo aprecio mucho. Solo me queda desearos que seáis muy felices.

Fui incapaz de decir nada.

Silvia María Piadosa Fernández se quedó muda por una vez en su vida y no pudo reaccionar.

Me moría por darle explicaciones, por sacarle de su error, por hablar con él de cualquier cosa, aunque fuese una insignificancia, sin embargo, las palabras se quedaron atascadas en mi garganta como una tubería obstruida. No podía respirar, me dolía el pecho, y aun así le seguí con la vista hasta la salida, completamente inmóvil.

Él se volvió a mí antes de salir y regresó en dos pasos. Tomó mi cara con ambas manos, obligándome a encontrar su mirada.

—Siento todo lo que te he hecho pasar desde que te conocí. Te prometo que ya no volveré a molestarte más. Adiós, princesa.

Llevó mi boca a la suya, besándome con suavidad. Después salió de la casa como una exhalación.

La puerta se cerró despacio, apenas con un imperceptible clic, pero ese pequeño sonido en mis oídos fue un estruendo horroroso. Se me agolparon las lágrimas en los ojos hasta que se desbordaron sobre mis mejillas. Traté de ahogar los sollozos con las manos. No quería que mi hija me viese en ese estado, pero sus últimas palabras habían sido un cruel sablazo que me desgarró por dentro.

Dudé qué hacer durante horas, mientras sentada en el sofá observaba jugar a Sharisse recorriéndose todo el salón con su tacatá. Las palabras de despedida de Daniel retumbaban en mi cabeza como disparos de cañones.

Mucho más tarde bajó Inma para contarme que Francisco la había visitado el día anterior. En realidad, no presté mucha atención a su conversación. En

cambio, Inma sí se fijó en mí. En todo el día no me había vestido porque no tenía necesidad y todavía seguía llevando puesto el albornoz. Además, en la calle había comenzado a nevar, o mejor dicho a caer *aguachirri*, que es lo que solía hacer en Madrid.

—¿Qué te ocurre? —terminó por preguntarme, preocupada—. ¿Estás enferma?

—No, creo que no, solo un poco cansada.

—Es lo que tienen las navidades.

—Sí, será eso.

Inma arqueó las cejas. Me cogió una mano con las dos suyas.

—¿Estás nostálgica? —Asentí con un nudo en la garganta—. Venga, Silvia, cuéntamelo.

—No es nada, es solo que estas fiestas me producen mucha pena. Tengo ganas de que todo acabe ya.

—¿Estás segura de que solo es eso? No ha pasado nada, ¿verdad?

—Nada en absoluto.

—¿Has vuelto a ver a Daniel o a saber algo de él?

Aunque no quería contárselo para no preocuparla, no podía remediarlo. Necesitaba desahogarme con ella.

—Él no está enamorado de mí. Ha dicho que no va a molestarme nunca más.

—¿Cuándo le has vuelto a ver?

—Anoche. Fui a buscarlo a casa de un amigo porque no se encontraba demasiado bien y ha pasado la noche aquí, sin embargo, cuando me he levantado se ha marchado. Cree que Francisco y yo tenemos algo.

Ella se puso en pie y me miró.

—¿Y tú no le has dicho que se confunde?

Sacudí la cabeza.

—No he sabido reaccionar. No... tenía ni idea de qué decirle. Anoche también me lo preguntó y yo le dije que no hay nada entre nosotros, pero él

no me cree.

—Pues a ver si se aclara de una vez por todas. Hoy estoy contigo y mañana no. ¿Qué le pasa a ese tipo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Es todo tan complicado con él... No sé si me compensa todo esto.

—Pues si cada vez que os vais a ver os vais a liar, tendréis que hacer algo para no encontraros.

Asentí con rapidez.

—Ya se acabó eso. Lo tengo decidido.

Inma frunció el ceño.

—Espero que por tú bien sea así. O si no...

—No voy a volver con él —la interrumpí, poniéndome en pie a su lado.

—Déjame acabar. Quería decir que si no, arregléis las cosas de una vez y no mareéis más la perdiz.

—¿No has quedado con Mario?

Me miró como si fuese una extraña.

—¿No recuerdas que te dije que se iba de viaje a Nueva York?

—¡Ah, claro! ¡Por eso fue por lo que vino ayer Francisco a casa! Él sabía que no estaba Mario.

—A ver, explícame eso —dijo Inma volviéndose a sentar de nuevo. La imité.

—Vino a felicitarme por la obra y estuvo todo el tiempo hablándome de ti, por eso le dije que subiese a saludarte, pero claro, no me acordaba de que Mario se había ido.

—¿Qué tiene que ver que él se fuera para que pasase Francisco a saludarme?

—Es que se le veía muy interesado en ti. Por lo menos esa fue la impresión que me dio.

—Ha dicho que quiere volver a verme.

La miré con los ojos muy abiertos.

—¿Francisco te ha dicho eso?

—Sí. —Inma se pasó la lengua sobre el labio superior, pensativa—. Me comentó que podíamos quedar alguna vez a tomar algo, que Mario y yo le habíamos caído fenomenal y sentía que tenía una conexión especial.

—Bueno, es posible que sea así.

—¿Tú crees? —preguntó arqueando las cejas con burla.

—No tengo ni idea y no pienso aventurar nada, además tú amas a Mario ¿no?

Se sonrojó y se levantó.

—Por supuesto —contestó, juiciosa.

No la creí y tampoco la quise hacer dudar.

Inma se marchó a su casa y decidí espabilarme dándome una ducha que me dejó como nueva. El calorcito del agua me hizo pensar en Daniel y me di cuenta de que quería hablar con él. No me importaba si luego acabábamos discutiendo, pero debía sacarme la espinita que se me había quedado clavada.

Capítulo 26

—No recuerdo que hayas venido a visitarme dos veces seguidas en una misma semana —dijo Lucas observando a Daniel—. ¿No te has cambiado de ropa todavía?

—No he pasado por casa —contestó abriéndose paso al interior del apartamento. Se giró a su amigo con rostro furioso—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué la llamaste a ella? Y no me digas que era por ayudarme.

—Entonces no te diré nada.

—¡Pues la he cagado bien! —Daniel agitó la cabeza y se sacó la cazadora—. Esta vez sí que se ha terminado para siempre.

—¿Qué ha pasado?

—Su marido era un alcohólico y ella se ha pasado un montón de tiempo yendo a recogerle en sus borracheras, y a ti no se te ocurre otra cosa que llamarle para una jodida vez que bebo.

—¿Está enfadada?

—¡Cómo no va a estarlo! En este momento me compara con Francisco y desde luego no hay punto de color. Él me gana por goleada.

Lucas frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué dices? Esa tía está loca por ti.

—No es así.

—¡Venga ya! ¿Crees que cualquiera saldría corriendo a esas horas de la madrugada, con un bebé a cuestas, si no te quisiera?

Daniel se quedó callado. No había tenido en cuenta ese detalle. Pareció relajarse de repente y se sentó en el sofá. Le dolía terriblemente la cabeza. Su amigo aún no había recogido el salón y seguían estando las latas de cerveza, vacías, sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? No me digas que has discutido con Silvia —preguntó Lucas.

—No sé lo que he hecho —respondió Daniel frotándose la cara con fuerza—. Creo que le he dicho que se vaya con Francisco. No con esas palabras, pero algo parecido.

—Eres un gilipollas, Daniel. Ayer la llamé porque pensé que era lo que faltaba para enmendar la metedura de pata que tuve. Es posible que como jefe seas excelente, pero te juro que como...

—¡No sigas, Lucas! No está hoy el horno para bollos. ¿Tienes una aspirina o ibuprofeno?

—Supongo que sí. —Abrió el armario que había junto a la televisión y sacó una bolsa de aseo. La volcó y las cajas de analgésicos se desparramaron sobre la mesa—. Mira a ver si no ha caducado ninguna.

Daniel cogió una cualquiera y la echó un vistazo.

—¿Por qué tienes tantas?

—Migrañas. Voy a traerte un vaso de agua.

Daniel sacó una pastilla del blíster y se la metió en la boca. En cuanto Lucas regresó con el agua se la tragó.

—¿Tú qué harías en mi lugar, Lucas?

—Me iría a casa, me daría una ducha, me afeitaría y reservaría mesa en un lugar exclusivo de esos a los que va tu familia. Cómprale un anillo y no la dejes escapar, macho. Si no me haces caso, entonces seré yo y no Francisco quien le tire los tejos.

Daniel entrelazó los dedos de una mano con los de la otra y los llevó atrás hasta que chascaron.

—Lo último no lo he oído muy bien.

Lucas medio sonrió. No le iba a dar a Daniel ningún motivo para que volviese a enfadarse con él.

—Anda, márchate. Se me ha hecho tarde y tengo que recoger antes de ir a currar.

—¿Quieres que te lleve a algún lado?

Lucas negó.

—Ya me apaño yo. —Vio cómo Daniel se levantaba y recogía su cazadora—. Sabes, a veces impones bastante. No estaría mal que hicieras un poco el ridículo delante de una mujer. Seguro que de esa forma le pareces más humano.

—Silvia no es una mujer que se intimide mucho.

—Bueno —Lucas agitó la cabeza con suavidad—. Anoche cuando la vi me recordó al día que entramos en su casa. Valiente pero miedosa.

—¡Éramos un ejército!

—Y allí estaba ella, enfrentado a los escudos para proteger a su niña. Silvia es de esas mujeres que daría la vida por los suyos, y tú eres un afortunado a pesar de haber sido un cabrón con ella. No lo estropees más.

A Daniel le escocieron los ojos. La forma de describir a Silvia le apretó el corazón. Valiente. No había nadie más valiente y fuerte que ella.

Una hora más tarde, cuando Lucas estaba a punto de salir, recibió una llamada de teléfono. Descolgó y respondió mientras cerraba la puerta con llave.

—Hola, Lucas ¿Te pillo bien?

—No mucho. Estaba saliendo. ¿Eres Silvia?

—Sí. Solo necesito un favor si puedes hacérmelo. Quisiera saber la dirección de Daniel. Me gustaría ir a verlo.

Lucas se llevó una mano a la cabeza sin saber qué contestar. ¿Y si le daba la dirección y Daniel se enfadaba con él de nuevo?

Ella debió leer en su silencio porque seguidamente dijo:

—Si no quieres no pasa nada. Cristina me lo dará, o Candela. Seguro que

ellas no se hacen de rogar.

Lucas sonrió, aunque ella no podía verlo.

—Apunta, Silvia.

Daniel salió de la ducha y se colocó unos pantalones negros de algodón bastante holgados. En su apartamento la calefacción estaba tan fuerte que no se molestó en ponerse camiseta.

Frotándose la cabeza descendió el escalón que accedía al salón y, apretando un solo botón, conectó el equipo de música. Las notas de una guitarra eléctrica flotaron por la casa con potencia.

Se asomó a la ventana. Hacía un rato había estado nevando, pero en ese momento la lluvia caía a raudales formando una espesa cortina. La nieve no había cuajado y las calles estaban llenas de barro.

Escuchó el timbre de la puerta por casualidad. Bajando el volumen caminó hacia la puerta. No esperaba a nadie, y por las horas solo podía ser su madre que estaría preocupada por no haberle contestado al teléfono. Se sorprendió al ver a Silvia. Estaba cubierta con una gabardina beige; llevaba el pelo recogido en la coronilla y los rizos estaban mojados, las mejillas sonrosadas del frío.

La hizo pasar en seguida.

—¿Ocurre algo? —Le dio la toalla que seguía teniendo en la mano—. ¿No has traído paraguas?

—Lo he dejado en el coche —respondió ella castañeando los dientes—. No he querido volver a por él. He tenido que dejarlo lejos, porque por toda esta zona no se puede aparcar. —Rechazó la toalla y dio una rápida ojeada a lo que veía del apartamento. Después volvió la vista hacía él. La visión de su espectacular torso hizo que se le secase la boca. El pantalón caía sobre las caderas de una manera muy sexi. Tragó saliva con dificultad—. Tenía que

verte. No podía dejar las cosas como estaban.

Él asintió y le ayudó a quitarse la gabardina. Se fue a colgarla en una percha de la entrada y le habló sobre el hombro:

—Pasa y siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Él regresó. Todos sus movimientos eran tan gráciles como los de un felino, incluso su mirada verde le recordó a los tigres del Zoo.

—¿Y Sharisse?

—La he dejado con Inma. —Ella caminó hasta la ventana. Daniel la notó nerviosa. Él mismo también lo estaba, aunque fingía todo lo contrario—. ¿Por qué lo has hecho? —le preguntó con los ojos clavados en el cristal como si fuese un espejo.

Él apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Ella se giró a mirarlo de frente. Vestía un jersey de lana suave y unos vaqueros.

—Hace unos días estás casi que acosándome y ahora de repente me vienes con que me deseas mucha suerte. ¿A qué estás jugando, Daniel?

—Te prometo que a nada, Silvia —suspiró hondo—. No entiendo por qué cuando estoy contigo me salen las cosas tan mal.

Ella lo miró fijamente esperando que dijese algo más, pero parecía que él no pensaba continuar. Asintió y se encogió de hombros.

—Había venido con la intención de enfadarme contigo. De gritarte, de decirte lo inmaduro que eres, pero es imposible discutir contigo porque siempre te callas. Nunca respondes. Es como si no te importase nada.

—No es así. —Se acercó hasta ella y tomó su mejilla en una mano. Estaba suave, y al mismo tiempo helada—. Me importas un montón. Es solo que no sé qué decirte porque no sé qué es lo que quieres escuchar.

—Quiero la verdad, Daniel. ¿De veras quieres estar conmigo o no? Si lo haces porque crees que voy a sufrir por eso de que eres poli, tendrías que

tener mi opinión en cuenta. O si no te sientes capaz de estar a mi lado por Sharisse o...

—No es eso, de verdad. —Con fuerza Daniel le rodeó el cuello y llevó su cara contra su pecho. Ella sintió la piel caliente y suave en sus labios. Se estremeció—. Tengo miedo de perderte, pero también tengo miedo de no ser lo que tú esperas de mí. No soy un tipo risueño, soy más bien serio y callado. No creo que me parezca nada a tu marido y...

Ella levantó la cara como pudo y achicó los ojos. Observó que la mirada verde estaba húmeda y brillante.

—¡Es que yo no quiero que seas como Joaquín! Yo no estaba enamorada de él. Me gustas tú. Me gusta cómo eres y lo que haces. Me siento bien contigo.

—¿De verdad sabes cómo soy?

—No quiero que mi vida sea un circo, lo que pretendo es que si tengo un problema pueda contar contigo, si tengo una broma que hacer pueda compartirla contigo. No hace falta que tú me hagas reír porque soy yo quien quiere hacerte reír a ti. —Sus serenos ojos azules lo miraron con adoración—. Tu madre me ha contado cosas tuyas y tu tía también, bueno, y Cristina. Supongo que algo te conozco ¿no crees? Y si no es así, déjame conocerte. Ayúdame a descubrirte. —Se apartó un poco más de él—. Puedes que estés pensando que te quiero por tu... casa en Ibiza o en la sierra. O por tu barco...

Daniel se echó a reír y rodeó su fina cintura.

—No. Sé que no eres de esas.

—Además, tampoco vamos a casarnos.

—¿No? ¿Me estás diciendo que quieres que lo nuestro sea una vez más, una aventura? —Esta vez fue él quien la miró con el ceño fruncido. Ella se sonrojó.

—No quiero casarme, Daniel. Yo... —Se pasó la lengua sobre los labios— ...para el matrimonio soy un desastre, de verdad. Además, no creo que una firma en un papel tenga mucho que ver ¿no?

Daniel no lo veía así.

—A mí me gustaría casarme. —De repente el rostro de Silvia estaba tan triste y apagado que la abrazó con fuerza y enterró los labios en su cuello. Olía a colonia infantil—. De acuerdo, viviremos en pecado.

Ella sonrió con pena.

—Eso me ya me gusta más. Hay que saltarse las normas de vez en cuando.

—Pero quiero tener hijos.

—Me lo estás poniendo muy difícil. —Bailoteó los ojos azules con burla, sacando de nuevo su carácter alegre. Ese que tanto adoraba él—. Tendrás que convencerme.

—Por supuesto. Y en lo del matrimonio también. —Ella abrió la boca, pero no la dejó hablar—. Te daré un tiempo, puede que unos años, pero voy a seguir insistiendo.

—A lo mejor sigues pidiéndomelo cuando seamos viejitos los dos.

—Pues lo haré. A terco no me gana nadie. Te juro que, pase lo que pase, nunca te arrepentirás de estar conmigo.

Sus bocas se buscaron ansiosamente con besos cargados de urgencia, aliento sobre aliento.

—Daniel, te amo. Nunca había conocido el amor hasta que echaste mi puerta abajo.

Él rio, aliviado de cómo estaban saliendo las cosas. No terminaba mucho de convencerle eso de no casarse, pero sabía ser constante y paciente y estaba seguro de lograrlo algún día. Por el momento iba hacer caso a Lucas y mostrar sus emociones a la mujer que amaba. Recordó a Francisco y se apartó ligeramente a mirarla.

—¿Seguirás trabajando?

—Sí. ¿Te parece mal?

—No. Es solo para que Francisco no se haga ilusiones...

—¡Que no va tras de mí, tonto! —Le enganchó el cuello con una mano y la otra empezó a deslizarla por el torso hasta introducir los dedos bajo la

cinturilla del pantalón—. Le gusta mi vecina.

Durante unos segundos se quedó muy pensativo. Francisco e Inma no hacían muy buena pareja; él, demasiado elegante y pomposo y ella un poco ordinaria, algo que jamás le diría a Silvia para no ofenderla.

—Me dejas mucho más tranquilo. —Ya no quiso seguir hablando más. Se apoderó de los labios de la mujer y le quitó el jersey.

Antes de darse cuenta, estaban los dos en la amplia cama y Daniel preguntaba:

—¿Lo quieres duro?

Epílogo

Era enero, un invierno muy seco y frío. Mi hijo debía nacer a primeros de febrero, pero por las contracciones que me daban supe que no iba aguantar mucho más.

En ese embarazo había engordado menos que con Sharisse, solo nueve kilos. Candela decía que parecía que me había tragado un gran hueso de aceituna, y Daniel decía que estaba estupenda, aunque de unos meses a esa parte me trataba con mucha dulzura. Yo le decía que no era de papel y que tampoco debía tener tanto cuidado, pero él era así, siempre tan caballeroso y tierno y... estaba loca por él.

Miré el reloj de pared que nos había regalado la tía Rosa. Daniel y yo no nos habíamos casado, pero todos en la familia nos habían hecho regalos como si lo estuviésemos. A veces me sentía un poco mal porque sabía que en el fondo todos esperaban la ceremonia. Y para que no se me olvidase, una vez por mes, Daniel me lo pedía románticamente. Siempre obtenía la misma respuesta de mí. Le amaba más que a mi vida, pero seguía sin estar preparada para volver a recitar los votos.

Eran las diez de la mañana.

Estaba muy feliz. Más de lo que nunca había imaginado. Me había trasladado a vivir al apartamento de Daniel y él, cabezón como siempre, había hecho no sé qué cosas con los papeles, por si algún día le pasaba algo, que no me quedase desamparada. Cuando hablaba de esas cosas yo pasaba

olímpicamente de él. Lo único que me interesaba era tenerlo a mi lado.

Noté que el vientre se me ponía tenso de nuevo. Últimamente estaba sintiendo contracciones. Los médicos decían que eran normales y que mi niño se estaba colocando. Yo más bien pensaba que el crío estaba jugando un partido de fútbol y el muy cabrito no hacía más que moverse de un lado a otro. Cuando pasaba eso toda la tripa se ponía tan dura que ni siquiera me dejaba respirar. Tenía miedo a partirme en dos si lo hacía. Me froté con una mano tratando de relajar la zona y cuando lo hube hecho me metí en el baño. Con cuidado de no hacer movimientos bruscos me di una ducha.

Los sábados íbamos a comer a casa de Candela. Daniel se llevaba a Sharisse antes de ir a comisaria y luego iba yo más tranquila. Él adoraba a la niña. La quería con locura y me lo había demostrado en muchas ocasiones. Ella lo llamaba papá y el orgullo no me cabía en el pecho.

Cuando me fui a vivir con Daniel pasé a preocuparme por mi hermano y mi madre y a saludarlos con la esperanza de que tal vez, algún día, pudiéramos arreglar lo nuestro, sin embargo, las cosas no pudieron ser, y una vez que vendí mi casa, no volví a saber nada más de ellos.

Otra vez sentí una nueva contracción. Cada vez eran más fuertes y más largas. Candela me había dicho que para cuando fuese a nacer el niño tenía que tener preparada la canastilla, pero no lo había hecho todavía, de modo que tuve que prepararla en aquel momento. Metí un par de arrullos, un pijama de terciopelo, un body interior de algodón y un osito de peluche que había elegido Sharisse exclusivamente para su hermano.

Se me doblaron las piernas y caí sobre el suelo con los brazos apoyados en el colchón donde estaba terminando de cerrar la bolsa. Un dolor intenso y fuerte me cruzó por la espalda impidiendo que me moviese. Grité y jadeé durante unos minutos. Algo no iba bien, no iba nada bien. Respiré hondo cuando cedió un poco la presión y, preocupada, cogí el teléfono. Lo último que recuerdo fue que estaba hablando con Daniel cuando perdí el sentido.

Saltándose todos los semáforos, cedas y stop que se encontraba —nunca se había dado cuenta de todos los que había de camino a su casa— Daniel llegó al apartamento con el uniforme de asalto. Dejó el coche mal aparcado en la puerta de la urbanización y corrió como loco hasta casa. Llevaba el corazón encogido en un puño. La comunicación con Silvia se había cortado tan de repente que sentía muy malas vibraciones desde entonces.

Se había dejado las llaves en la comisaria y el portero no estaba donde debía estar. Se apuntó mentalmente darle un toque de atención cuando lo volviese a ver.

Llegó a la puerta y llamó varias veces, pero Silvia no contestaba. Tampoco lo hacía al teléfono. Maldijo y golpeó varias veces la puerta blindada. O llamaba a los bomberos o a su equipo para que llevasen el ariete.

«Tranquilízate, Daniel» se dijo cubriéndose la boca con la mano al tiempo que trataba de pensar en alguna solución coherente.

—¡Silvia! —gritó. Aquello no era la solución, pero sí lo primero que le vino a la cabeza—. A la mierda. —Se lio a patadas con la cerradura.

Un vecino lo vio y trató de ayudarle intentando abrirla con una radiografía mientras la persona que lo acompañaba buscaba al portero por toda la urbanización. Daniel llamó a su equipo para que fuesen con las gonzúas.

Al final apareció el portero. Tardó una eternidad en conseguir la llave del apartamento, pero Daniel pudo entrar en el mismo momento en que llegaba la ambulancia.

Silvia fue trasladada al hospital de forma seminconsciente. Se encontraba muy asustada, pálida y con profundas ojeras bajos sus hermosos ojos azules. Daniel no se quiso apartar de ella. Aunque una cosa era que no quisiera y otra que le dejasen ir en la ambulancia. Tampoco cuando llegaron al hospital y le hicieron la primera exploración le permitieron estar presente. Nervioso, llamó a sus padres.

Un poco más tarde, unas enfermeras le entregaron una bata verde y le hicieron pasar al paritorio. Jamás olvidaría el bello rostro de Silvia, sus labios de fresa, sus ojos azules brillando en contraste con la piel pálida y marfileña.

—Daniel —lo llamó en un susurro muy suave, tendiéndole la mano. Él la cogió con amor y posó los labios en el dorso—. Tengo que decirte algo muy importante. —Contrajo de repente los músculos de su rostro y apretó los labios con dolor.

—Tranquila. Yo voy a estar aquí contigo.

Ella agitó la cabeza.

—No. Ellos no te van a dejar. —Señaló a los médicos que estaba preparando cosas. Una enfermera le estaba colocando una vía en el brazo.

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Escucha, amor, si salgo de esta...

—¡Claro que vas a salir! ¡Solo vas a tener un hijo y ya has tenido otro antes! —Silvia no apartó la vista de él ni un solo segundo, como si grabase en su memoria cada uno de sus gestos y rasgos. Daniel paseó la vista por las personas que iban asistir el parto, preocupado—: Está bien ¿verdad?

—No, no lo está —respondió un doctor, acomodándose en una banqueta entre las piernas de Silvia, que se hallaban colocadas en los estribos de la camilla—. Solo le hemos dejado pasar porque la señora precisa decirle algo importante, pero deberá salir. Hay complicaciones y tenemos que solucionarlo cuanto antes.

—Yo quiero estar presente.

Antes de que el doctor pudiese decir algo, Silvia volvió a llamarle, esta vez con una sonrisa tranquila y serena que captó su atención.

—Sí que quiero casarme contigo, si tú quieres.

Él asintió con un nudo en la garganta. Durante todo el tiempo que habían estado juntos, tres años ya, había soñado con el día en que ella le respondiera que sí. Sin embargo, en ese momento solo deseaba que todo saliese bien. Que

Silvia no sufriese ningún dolor. La besó en los labios y en la frente.

—Te tomo la palabra. Te voy a estar esperando fuera con alguien que nos case.

—No pienso arrepentirme, lo prometo.

El doctor le dijo que debía salir y él volvió a besar los labios de la mujer una vez más. Una enfermera lo acompañó hasta la sala de espera. Los primeros en llegar fueron sus padres y sus hermanas, después el resto de tíos y primos y compañeros. Pronto la sala de espera se llenó de gente.

Daniel no sabía quién le abrazaba ni le tocaba el hombro, tampoco quién le hablaba... Nunca había tenido tanto miedo en su vida. Deseaba llorar como un niño.

—Papi.

Bajó la mirada y encontró la cara de duende de la pequeña Sharisse. Ella, con sus cuatro añitos, estaba entusiasmada; iba a convertirse en la hermana mayor. La cogió en brazos y ella le rodeó el cuello con sus pequeños bracitos.

—Tengo muchas ganas de conocer a Sergio. ¿Y tú?

—Muchas —respondió él acunándola con suavidad.

—Todo va a salir estupendamente —dijo Candela llegando hasta ellos. Miró a Daniel regañándolo con la mirada—. Vas asustar a la niña —le dijo junto al oído.

Él besó a la pequeña y la dejó en el suelo. En ese momento llegó Francisco del brazo de Inma. La exvecina de Silvia estaba muy embarazada y le gustaba lucir barriga. Daniel no la quiso poner nerviosa y no le habló de las complicaciones del parto de Silvia.

Sergio soltó un berrido que llenó el paritorio. Bueno, sé que no debería decir berrido, pero aquel llanto fue lo más bonito que había escuchado en mucho tiempo y saber que él se encontraba bien me hizo por fin romper a

llorar. Los médicos decían que todo estaba perfecto, poco antes habían podido quitarle del cuello las vueltas de cordón y tanto él como yo nos hallábamos geniales.

—Ahora tiene que tranquilizarse y tomárselo todo con calma —dijo una enfermera poniendo una tela sobre mi pecho. Seguidamente puso a mi hijo encima para que lo viese. Sentí el suave peso de su diminuto cuerpo y la espesa mata de cabello negro. Sonreí. Era un Daniel en pequeño.

Una enfermera que no había visto antes entró en la sala para arreglar una pequeña cuna de metacrilato transparente. Venía alegre taconeando sus zuecos con gracia.

—¡Madre mía lo que hay ahí fuera! —dijo mirando a todas las mujeres de la sala—. Hay un equipo de los GEO con los uniformes. Están todos de toma pan y moja.

Yo reí y señalé:

—Ya, pero uno de esos GEO, es de mi body. —Entró Daniel, con una sonrisa en los labios y yo lo miré, feliz de verle—. Este, en concreto, es el mío.

Él se inclinó sobre mí y besó mis labios con ternura. Después echó un vistazo con orgullo al pequeño Sergio y me susurró al oído:

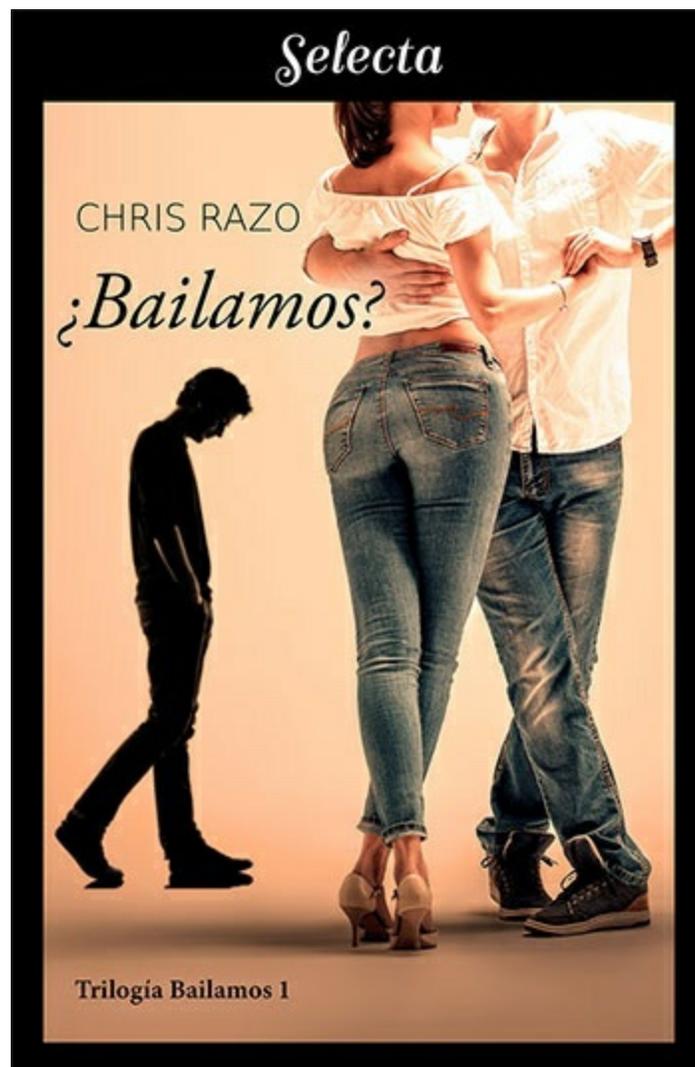
—Tengo al cura esperando.

Fin.

Nota de autora

Esta historia es totalmente ficción en cuanto a nombres, personajes y lugares. Lo que sí quisiera matizar, es que no es nada imposible que un grupo especial de operaciones se pueda equivocar y efectuar una redada en un sitio erróneo —lo cual ha pasado más de una vez—. Deseo dejar claro que no pretendo faltar el respeto, ni reírme de nadie y solo deseo hacer pasar un buen rato al lector.

Si te ha gustado
Un GEO para mi body
te recomendamos comenzar a leer
Bailamos
de *Chris Razo*



Capítulo 1. Mi vida

—**H**ermanita, ¿tienes algún plan para esta noche?

—Sí. Estudiar,

—¡Eres una aburrida! Deberías salir más. Te vas a apolillar si sigues así.

—Ya sales tú por los dos, hermanito, no pasa nada.

—Tendrías que aprender un poco de mí. Salir de vez en cuando es bueno.

—Sí. Pero no en época de exámenes.

—Está bien. Hoy vendrá Mario a cenar. No te importa, ¿verdad?

—No. Mientras que me dejéis estudiar, no hay ningún problema.

—Gracias, pequeñaja.

Odio cuando me llama así. Sí, soy la pequeña, y aunque sé que lo dice con cariño, no me gusta.

Tengo veintitrés años, y mi hermano y yo somos como la noche y el día. Él es extrovertido, le gusta salir, siempre está sonriendo y le encanta salir de fiesta. Yo estoy hecha de una pasta diferente. Soy muy tímida, me cuesta relacionarme con la gente que no conozco, sonrío solo cuando es necesario. No soy una persona que salga demasiado. Mi tiempo lo dedico a estudiar, a leer y al gimnasio. Son mis grandes pasiones.

Vivimos en Barcelona. Y prácticamente vivimos solos. Mis padres se pasan la vida viajando, no pasan demasiado tiempo en España. Nos han dado la mejor vida que han podido, pero en ocasiones me gustaría que pasaran más tiempo a mi lado.

Mi padre nació en Venezuela, pero vino a España cuando era un bebé. Tenemos familia allí. Mi padre los visita varias veces al año. Nosotros todavía no hemos ido. Mi abuela estuvo por aquí hace un par de años. Fue increíble verla en persona, después de tantos años hablando por teléfono, viéndonos por internet... tenerla cerca y poder tocarla fue algo maravilloso.

Se me ha olvidado decir el motivo de los viajes de mis padres: son bailarines profesionales. Van a congresos, dan clases. No es porque sea su hija, pero lo hacen increíblemente bien.

A mí me encanta bailar, y cuando siento que no puedo más, cojo mis zapatos y salgo a mover las caderas. Pero, es mi pequeño secreto.

Estudio filología inglesa. Me queda un año de carrera. Mi ilusión es irme a Londres, y después irme a vivir a Estados Unidos. Mis padres tienen buenos contactos, y podría encontrar un buen trabajo allí, aunque de momento, todo esto solo son ideas. Nada real, de momento.

—¡Laura! Ya estamos aquí. —Mi hermano ha venido con Mario. Su amigo inseparable. Van juntos a todas partes. Trabajan juntos desde hace cuatro años. Son mossos d' esquadra. Llevo años viendo a Mario, y no puedo negar que me gusta, pero él no es para mí. Voy al salón para saludarlos.

—Hola, Mario, ¿cómo estás?

—Hola, *Lauri*. Bien. Aguantando al pesado de tu hermano. ¿Y tú?

—¿Pesado mi hermano? ¡Eso no puede ser! Yo estudiando.

—¿Ya estás con los finales?

—Sí. Me quedan un par de semanas para acabar.

—¿Cenas con nosotros?

—Pues...

—¡Venga! ¡Tómate un respiro!

—Vale. Me quedaré un rato.

—¡Hermanita, que no todo son los libros!

—¡Qué pesado eres! Sabes que son semanas muy difíciles.

—Pues que pasen rápido. Por cierto, podrías invitar un día de estos a esa amiga tuya, para charlar con ella.

—¿A Andrea? ¿Charlar tú? Diego, por favor, tú no charlas con las mujeres.

—Con ella estoy dispuesto a hacer una excepción, hermanita.

—¡No eres su tipo!

—¡Tú que sabrás!

—Soy su amiga.

—¿Y por qué no soy su tipo?

—Porque...porque no.

—¡Ves! No tienes respuesta para eso.

—¡Déjame en paz, Diego! No pienso traer a mi amiga.

—Deja a tu hermana, Diego. Yo tampoco te querría para ninguna amiga mía —dice Mario.

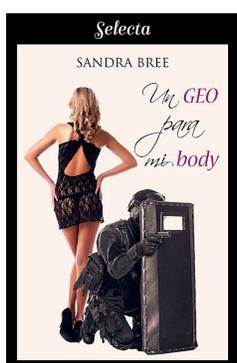
—¿En serio? ¿Te pones de su parte? ¡Vaya amigo!

—El mejor. Ya lo sabes.

—¿Cenamos? Tengo que estudiar.

Y eso hacemos. Cenar, reírnos, y pasar una noche agradable. Mario es tan diferente a mi hermano. Tiene conversación, es agradable, y muy atractivo. Es un hombre muy guapo, eso salta a la vista. Creo que, gracias a él, mi hermano no está tan perdido.

Sandra Bree nos deleita de nuevo con otra de sus historias llena de romance y diálogos chispeantes. Una comedia romántica muy entretenida, plagada de situaciones divertidas en las que, en muchas ocasiones, no podrás evitar reírte a carcajadas. Y, por supuesto, con un delicioso y romántico final.



Él entró en la vida de Silvia arrasando, pisando fuerte, y nunca mejor dicho, porque Daniel González, jefe del Grupo de Operaciones Especiales, le tiró abajo, literalmente, la puerta de su casa.

De acuerdo, él cometió un grave descuido e irrumpió en el domicilio equivocado. Por eso, debía intentar hacer algo para subsanar su error y que en su expediente intachable no apareciese este terrible incidente.

Pero tratar con la dueña de aquel piso no era nada fácil. Ella era diferente, terca, hermosa y muy, pero que muy divertida... ¡Y quería que le pagasen su puerta! La puerta que él le había destrozado.

Lo que para Daniel comenzó siendo un plan premeditado, se fue complicando.

Y aprendió, poco a poco, que las armas de una mujer sensual eran capaces de causar mayor destrucción que su fusil de asalto.

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Sandra Bee

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-77-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un geo para mi body

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos